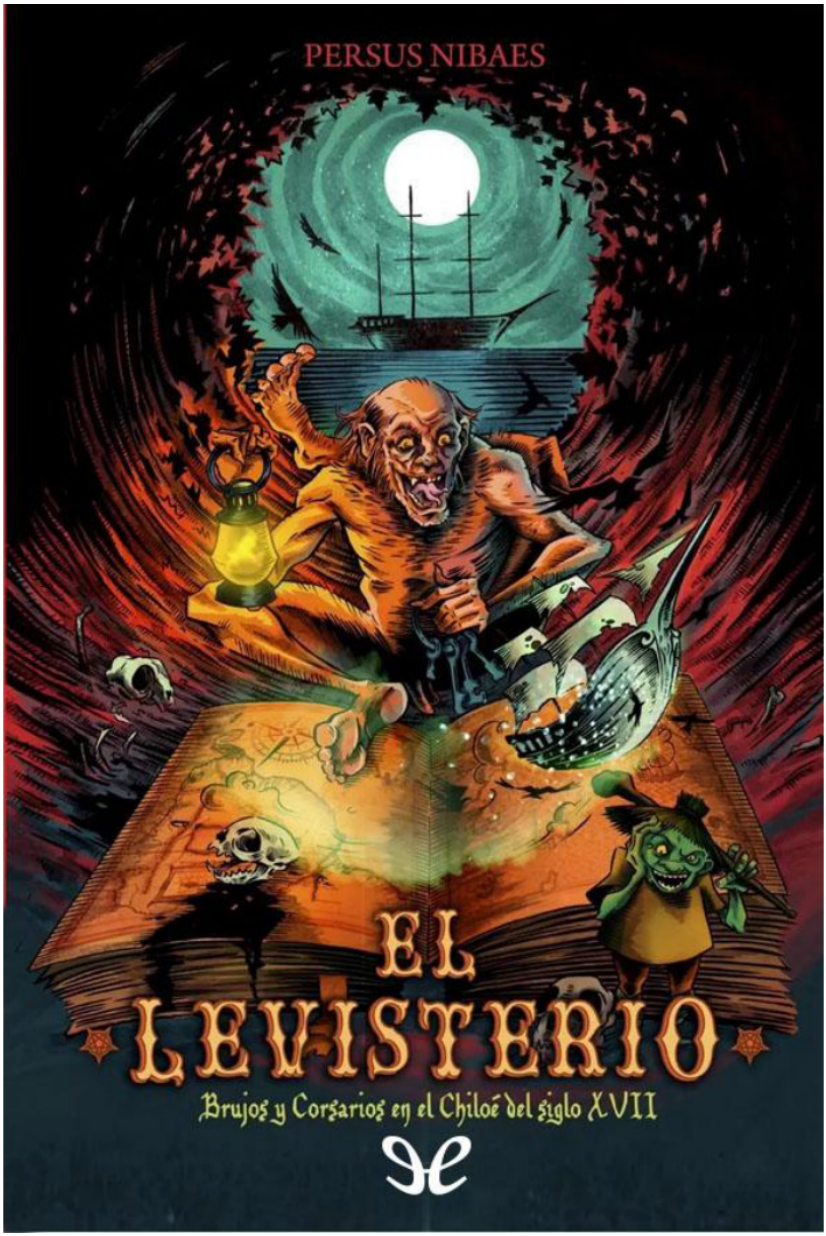
PERSUS NIBAES
EL
LEVISTERIO
Brujos y Corsarios en el Chiloé del siglo XVII

Novela histórica ambientada en el siglo XVII en el sur de Chile, narra la historia de los Brujos de la Cueva de Quicaví y del corsario holandés Hendrick Brouwer, que navegó por esas aguas y destruyó la ciudad de Castro en el año 1643. En ella, se narran las desventuras de una familia chilota, los Alvarado, asolada por el secuestro reciente de una de sus hijas, la más pequeña. Se sospecha que fueron los brujos de La Mayoría, los que secuestraron a la niña. Además se narran los secretos de la Cueva de Quicaví, donde se reúnen los brujos de la Recta Provincia. Conocedores de antiquísimas pócimas y secretos de brujería, como la confección del macuñ, prenda de ropa hecha de piel de muerto, que da la posibilidad de volar, junto con las pruebas y pasos para convertirse en un verdadero brujo chilote. Se narran las aventuras amorosas de los Traukos, y de otros seres mitológicos de Chiloé como el Invunche, cancerbero de la Cueva y el barco fantasma el Caleuche. La historia de los brujos se entrecruza con la de los corsarios holandeses que pretenden apoderarse del sur de Chile, al establecer un fuerte en Valdivia.

Persus Nibaes

El Levisterio, Brujos y Corsarios en el Chiloé del siglo XVII

ePub r1.0
Titivillus 24.03.2025

Título original: *El Levisterio, Brujos y Corsarios en el Chiloé del siglo XVII*
Persus Nibaes, 2017
Retoque de cubierta: Titivillus
Prólogo: Mario Contreras Vega
Portada: Luis Naranjo Rojas

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Prólogo

Persus Nibaes, joven poeta y narrador de estos lares, pasante en la prestigiosa Universidad alemana Friedrich Schiller Jena, me ha hecho llegar una de las últimas matrices de su novela mito-histórica denominada; *El Levisterio, Brujos y Corsarios en el Chiloé del siglo XVII*, que precisamente en estos días ha aparecido publicada.

El escritor, en su vida civil posee evidentes nexos con el territorio chilote, (sus apellidos Soto Cárdenas lo dicen) y es seguramente descendiente directo de algunas de aquellas 63 familias de este archipiélago, que por Decreto del Gobernador de Chile Ambrosio O'Higgins, se vieron obligadas a trasladarse hasta Osorno a refundar aquella ciudad en 1796, luego de la destrucción de ella, a mano de los aborígenes que se alzaron contra la corona española en 1598 y la pasaron a fuego junto a otras 6 ciudades del sur de Chile. Su cuasichilotidad es, posiblemente, la razón de mi afecto hacia su persona y el motivo que me llevó a dedicar dos largas noches para leer las páginas de su texto, tomando nota detallada de su evolución en cada una de sus primeras páginas. A partir de la mitad en adelante, me fui en volada simplemente, seducido por las artes malignas, pues a esa altura de la historia, reescrita desde dentro de otras muchas historias reales que aparecen en los documentos de los navegantes y los estudiosos de nuestro pasado, la imaginación desbocada del narrador se transforma en un molino de veloces movimientos de flujo y reflujo, aparición y desaparición de personajes reales e irreales, crímenes que se relacionan entre sí a través de las centurias y aparecen, como por encanto, reflejados en historias que sucederían 3 siglos más tarde.

Todo ello, imbricado de forma indisoluble con un supuesto libro de carácter mágico denominado *Levisterio*, que según narra el

hidrógrafo español José de Moraleda y Montero, (que recorrió las costas de Chiloé entre 1786-1788, y 1792-1793) él mismo habría obsequiado a una machi isleña, *La Chillpila*, maravillado por las capacidades sobrenaturales de ésta, que superaban todos los conocimientos que sobre este asunto él mismo poseía.

De aquella historia, registrada en el diario de viaje de Moraleda, nace la creencia de una organización de brujería en Chiloé, y a partir de tal historia, nace la novela de Persus Nibaes, en la que incorpora sucesos acaecidos ciento cincuenta años antes, todos ellos unidos por un singular personaje, el cura *Bruno Kulczewski*, decidido a descubrir el punto exacto en el que mora el enemigo de Cristo, Satanás, huido de Europa a causa del Tribunal de la Santa Inquisición, e instalado en medio del corazón de este pueblo confiado e ingenuo, constituido por chilotes.

Y aquí de nuevo, nos vemos obligados a retroceder en la historia, para saber por qué veredas nos aparece este cura, sobreviviente de la destrucción de Osorno, en 1604, pero que, como en un acto de fascinación atemporal, es capaz de sobrevivir casi trescientos años para cumplir con el único objetivo que lo mueve; enfrentar en una lucha final, a quien fue la causa del sufrimiento de Dios y por ende, de todos los hombres.

Novela, saga, historia, protohistoria, historia irracional del mito, escrito sino a todo galope, al menos con la suficiente velocidad como para mantener ilusionados y expectantes a sus lectores, en un lenguaje a ratos culto, a ratos pueblerino, que tiene como principal virtud, seguir acrecentando la duda en quienes desean creer en el poder mágico del horror y no terminan de descubrir que la magia está en las palabras, que el poder está en ellas, con toda su carga de sentidos posibles. Logro que alcanza sobradamente este texto y que está llamado a transformarse, en su versión escrita, al menos en este archipiélago que se despierta y duerme mecido por sus héroes y antihéroes, en un próximo superventas. Y ese será sólo su primer logro.

Mario Contreras Vega,
Archipiélago de Chiloé, agosto de 2017.

Presentación

Homenajeando a H.P. Lovecraft y su *Necronomicón* la novela; *El Levisterio, Brujos y Corsarios en el Chiloé del siglo XVII* comienza el relato con una advertencia. Esa advertencia es la chispa necesaria para incitar nuestra curiosidad y hacernos sentir que estamos entrando en un lugar prohibido, misterioso pero al mismo tiempo atrayente (como los ojos de los Traukos Pompón y Macuco) porque una vez comenzada la jornada, la Historia se disuelve con la fantasía, al igual que la memoria hace con nuestros recuerdos y nos dejará al final del recorrido más preguntas que respuestas.

Por una parte, la familia Alvarado sufre el ataque de los seres mitológicos que pueblan El Archipiélago de Chiloé. Por otro, el navegante Hendrick Brouwer llega a la Isla Grande al mando de una expedición militar con el objetivo de conquistar y usarla como base para las operaciones de expansión holandesa en el Pacífico. Por último, el cura Bruno Kulczewski y su intento por redimirse de su pasado infiltrándose en la peligrosa organización de brujos chilota conocida como la Recta Provincia.

Tres relatos que convergen en una línea narrativa y en donde el nexo que costura la trama son las leyendas y mitos de brujos, Invunches y Fiuras nacidos el calor de las hogueras en esas noches oscuras y frías del sur de Chile.

Esta novela puede ser vista como la continuación del libro de historia *La destrucción de Osorno: Rebelión indígena en el Chauracahuin, 1598-1604. Una aproximación histórica, cultural y territorial*, escrita por el mismo autor, porque nos cuenta los sucesos acontecidos en Chiloé cuarenta y tantos años después de la destrucción de Osorno y en donde varias familias osorninas huyeron para comenzar de nuevo. Pero aquí el ejercicio es otro, la Historia se mezcla con la Literatura y mantienen un diálogo constante y la línea entre ambas se hace difusa. ¿Acaso no es así la vida?

Nuestros recuerdos pueden contradecirse o cambiar con los años

y lo mismo pasa con los libros de Historia y con las fuentes históricas y en nuestra cotidianeidad, los grises predominan a los blancos y negros, todo se reinterpreta en nuestras mentes y al final del día nos queda el relato que hicimos de nosotros mismos como personajes principales.

Para Platón, toda forma de arte es una imitación de la realidad, y en este caso la literatura que nos propone Persus Nibaes es una mimesis de cómo los diferentes relatos afectan a la Historia y las historias.

Los relatos orales, pueden divergir de las fuentes históricas y ambas son igual de válidas porque ninguna es objetiva si no que son interpretaciones. Es en esta pugna donde la literatura consigue unir la oralidad y la Historia y crear una novela abierta, es decir, donde lo que se lee puede ser una verdad literaria, para conseguir verosimilitud en el relato, o ser parte de un juego cortazariano en donde se invita al lector a hacer un ejercicio intelectual más allá de la literatura, es decir, un ejercicio creativo buscando posibles interpretaciones a lo que acaba de leer.

La sensación que me deja esta novela al terminar su lectura, es la misma a la de escuchar una historia contada al lado del calor una estufa, tomando un mate en una cocina en el sur de Chile, después de la cena y repitiendo ese antiguo ritual tan humano de contar y recontar historias como una forma de dar sentido a nuestra existencia y a nuestra soledad, ante las cosas que no conocemos y que ahora creemos conocer, simplemente porque llenamos aquellos vacíos existenciales con tecnología, pero nuestros demonios siguen allí; la Voladora sigue volando por las noches oscuras, el Caleuche continúa su penitencia navegando por los fiordos chilotes, los Traukos esperan aún en los más oscuro de los bosques, solo hay que poner atención y escuchar atentamente nuestro interior porque esos mitos hablan de nosotros mismos, más de lo que creemos.

Luis Fernández,
Licenciatura en Letras en Lengua Española,
Universidad Federal da Paraíba,
João Pessoa,
Brasil.

Advertencia al Lector

Lo que el chilote Mateo Coñuecar Coñuecar en su declaración en la ciudad de Ancud, el veintiséis de marzo de mil ochocientos ochenta no cuenta a Ramón Espech, quien ejerció como juez en el célebre Proceso a los Brujos de Chiloé, es que el explorador y cartógrafo español José de Moraleda y Montero también recibió un libro de la bruja isleña Chillpila a cambio del libro de magia llamado Levisterio que él le entregó a ella. Esto, tras el legendario enfrentamiento de magia que hubo entre ambos en Tenaún, Isla Grande de Chiloé, a finales del siglo XVIII.

Obviamente Mateo Coñuecar no lo cuenta en su declaración, porque no sabía de su existencia y no es, sino hasta los días de hoy, que este Otro Levisterio ha sido en buena parte revelado y es el que usted, estimado lector, se dispone a conocer en las siguientes páginas.

Los secretos dejados al descubierto en el presente libro y las consecuencias de sus eventuales prácticas son de exclusiva responsabilidad de quien los lee y ejecuta, por lo que el autor de este libro, no se hace responsable de las cualidades que pueda el lector adquirir después de haber navegado en las profundas revelaciones que aquí se hacen.

Luego de esta advertencia, diremos que la atribución a la autoría de este Otro Levisterio está lejos de ser un asunto aclarado, pues algunos historiadores creen que es el propio navegante y conquistador neerlandés Elías Herkmann quien lo escribió durante la frustrada ocupación holandesa en Valdivia, ciudad fluvial del sur de Chile y bastión español junto al océano Pacífico, en los días en que los holandeses establecieron allí un fuerte, por época de agosto a diciembre de mil seiscientos cuarenta y tres.

Una segunda versión afirma que el autor de este libro es el español y antiguo habitante de la Isla Grande de Chiloé, Fernando Alvarado, hijo de Martín de Alvarado y Figueroa, este último más

conocido como Alvarado el Viejo. Fernando Alvarado entregó a los peninsulares noticias de la presencia de holandeses en Chiloé, gracias a lo cual se exhumó más tarde en Valdivia el cadáver del también navegante y conquistador neerlandés Hendrick Brouwer, para ser enseguida, quemados sus huesos en la hoguera por ser considerado hereje.

Todo esto ocurrió bajo las órdenes del capitán español Alonso de Mujica y Buitrón, en el año de mil seiscientos cuarenta y cinco. Alvarado se habría dado al trabajo de escribir este Otro Levisterio, luego de recorrer la Isla Grande tras una cacería de brujos.

Una tercera versión, especula que este libro sería una mezcla entre los escritos de Herkmann y los apuntes de Alvarado, hecha por un poeta chilote medio loco, cuyo nombre se desconoce, quien los encontró en la mismísima Cueva de los Brujos de Quicaví y de la cual se los robó. Razón por la cual los brujos lo encerraron y atormentaron en un desconocido lugar, tras lo que habría perdido en parte el sereno juicio y víctima de ese alterado estado mental, mezclaría posteriormente en su imaginario las historias de Herkmann y Alvarado, después de escaparse de las torturas.

Respecto del Levisterio conocido, se desconoce su paradero y los detalles de su contenido, más allá que fue un *Libro de Brujería de Tapas de Cartón Cubiertas de Cuero* que el español José de Moraleda y Montero entregó a la bruja Chillpila, en una fecha tampoco determinada con exactitud, y también se sabe que el misterioso libro permaneció por muchos años resguardado en la Cueva de los Brujos de Quicaví, en la Isla Grande de Chiloé.

Lo que se cree, es que el libro fue reunido, cosido y empastado en los tiempos de Moraleda, el destacado navegante español que sirvió en Chiloé bajo los intereses de la corona hispana haciendo los levantamientos cartográficos de aquellas desconocidas costas y relieves, lo que ocurrió entre mil setecientos ochenta y seis y mil setecientos ochenta y siete.

El legendario enfrentamiento entre el intrépido piloto español José de Moraleda y Montero y la bruja isleña Chillpila se llevó a cabo en la zona de Tenaún, donde el navegante estuvo de paso mientras realizaba su trabajo de reconocimiento entre canales y archipiélagos australes.

Moraleda se jactaba frecuentemente de sus conocimientos en

brujería y hechicería, ofreciendo elocuentes demostraciones de sus capacidades sobrenaturales a los mapuche o chono de cada lugar explorado. Se transformaba fácilmente, para el gran asombro de aquellos ingenuos, en perro o lobo de mar, según fuera el caso. El piloto hispano ejercía abiertamente estos poderes, siempre con la intención de convencer a los indígenas del archipiélago, de llevarlos a Europa y mostrarlos así ante los Reyes de España, como una especie de trofeo, a la rareza de la condición humana, encontrado precisamente en uno de los lugares más remotos de la Tierra al sur del frío Océano Pacífico.

Esto hizo que un buen día, en que Moraleda andaba cerca de Tenaún haciendo ostentación de su arte brujeril, los chilotes decidieran poner a prueba su real capacidad y recurrieran a convocar a la afamada bruja Chillpila, la que rara vez aparecía en público y quien llegó esta vez, diríamos de casualidad, desde Quetalco hasta Tenaún y se enfrentó al orgulloso navegante español, en uno de los más notables duelos de magia de los que se tenga memoria, en esta desolada y lluviosa parte del mundo.

Lo que el chilote Mateo Coñuecar Coñuecar no sabía, era que la bruja Chillpila también tenía un libro escrito cuando menos unos cien años antes, el cual contenía sendos secretos de magia y brujería que había estado oculto bajo su poder.

Este Otro Levisterio, conocido en Chiloé como El Revisorio, del cual como decíamos, existen diversas versiones sobre su autoría, estuvo por más de cien años en posesión de la Mayoría, en la Cueva de Quicaví. Lo que se ignora es cómo llegó a la cueva y por qué José de Moraleda y Montero nunca dio cuenta de que estaba en posesión de semejante texto.

Lo cierto, es que Moraleda al enfrentarse a la bruja Chillpila, un buen día junto a la bahía de Tenaún a fines del siglo dieciocho, se transformó hábilmente en diversos animales y creyó con esto sorprender y demostrar los suficientes recursos para vencer contundentemente a la afamada bruja chilota, esperando enseguida gozar de un prestigio que le permitiera convencer definitivamente a los naturales del archipiélago acerca de la importancia de su otra empresa.

Fuera de llevar a España los nuevos mapas de ignotas costas, el segundo y más personal objetivo de Moraleda era capturar

indígenas para el gozo de su Majestad, esperando inducirlos a acompañarle, utilizando sus propios métodos de persuasión.

Llevar «voluntarios» ante la presencia del Rey (quien nunca puso sus pies en América) no sólo tenía para Moraleda el objeto de satisfacer la idea del poder ejercido por el soberano en el Nuevo Mundo, sino que también obedecía al interés de una suculenta recompensa, pues desde la Corte se desprendían generosamente las monedas de oro y plata, cada vez que el Rey y su séquito observaban desde su alto trono a estos desdichados, llevados ante ellos y para su curiosidad y placer, ojalá desde los parajes más recónditos de donde fuese posible sacarlos.

El día del trascendental duelo brujeril, ante varias personas cercanas a la bruja Chillpila y ante su propia tripulación, Moraleda oyó algo escéptico la capacidad sobrenatural de ella, quien haciendo correcto uso del habla castellana, confesó a modo de presentación, sin arrogancia, ser descendiente de una larga casta de brujos en su pueblo original de Quetalco, junto al mar interior del archipiélago chilote, relacionados aquellos con la célebre agrupación de brujos llamada La Mayoría.

Lo que se viene a descubrir ahora, con la publicación de este Otro Levisterio, es que la organización de brujos de Chiloé o La Mayoría, conocida entre ellos como La Recta Provincia, es muy anterior a Chillpila, y data, según varios eruditos, desde los tiempos de los primeros conquistadores españoles, o probablemente desde mucho antes, cuando corrían los días de los tiempos naturales, y los secretos de las plantas e insectos, eran conocimientos guardados en la memoria ancestral de los pueblos, específicamente en la figura de la machi.

Esta guía espiritual, tenía el mismo poder que el Calcú, personaje poderoso en lo espiritual, pero que hacía el mal con sus talentos, y se parecería a lo que hoy llamamos brujo, mientras la machi no hacía el mal.

Ese radiante día y justo antes de que el sol alcanzara su cénit, José de Moraleda y Montero hubo de probar en público el sabor de la competencia. Ocurrió que después de demostrar con pasmosa habilidad sus actos de magia, que lo llevaron de la forma de perro a la forma de lobo marino, Moraleda quedó satisfecho con su cometido, sintiendo que ya nada lo podría superar.

«Qué más podría hacer esta vieja india. Ahora veremos si pertenecéis o no a La Mayoría, si es que aquella organización en realidad existe» pensó, tras verificar entre los presentes, todos chilotes, y su tripulación, cómo luego de sus actos cundió el asombro.

La anciana chilota, quien luego de presenciar inmutable, la demostración de su contrincante se alejó parsimoniosamente, y usando su bastón de una rama de arrayán, se encaramó ágil en la orilla de un acantilado cercano rodeado de matorrales, adquiriendo allí su figura un aura de majestuosidad ancestral.

Comenzó así a mover las manos de un lado a otro y a invocar mediante un lenguaje ininteligible, fuerzas desconocidas, levantando repentinamente un temporal de viento y lluvia, cosa no tan impresionante para Moraleda, quién también lo sabía hacer. Lo desgraciadamente novedoso para él, fue que el temporal de nubes oscuras y amenazantes creció desmesuradamente hasta eclipsar por completo los rayos del sol de aquel mediodía, y se transformó enseguida en un torbellino negro y rápido como los antiguos demonios sumerios. Remolino que tomó su buque como si fuera una cáscara de nuez y lo cambió completamente de posición.

No conforme con eso, Chillpila movió sus labios coincidiendo con el rugir del más potente de los truenos que se haya oído en aquellas tierras, y gesticulando con las manos y los brazos en un movimiento brusco, que calmó por un instante el torbellino de viento y lluvia, desplazó enseguida y en todas direcciones el agua que sostenía al buque español en la bahía de Tenaún, dejándolo suspendido por un momento en el aire, a lo que los aterrados marinos de Moraleda que estaban en el navío, debieron sujetarse desesperadamente para no caer al vacío y así, poseídos de semejante miedo, gritando, santiguándose, maldiciendo, atropellándose unos con otros y en todas direcciones, huyeron despavoridos del buque una vez que éste tocó pesadamente el fondo del mar. Justo donde tan sólo unos instantes antes había agua, ahora quedaban hilachas de algas colgando del barco, algunos peces saltando sobre el fondo vacío, y miles de pancoras escapando por debajo de las rocas.

Tras la incuestionable prueba de la capacidad de Chillpila, cuando el cielo se esclareció y el paisaje marino de antes quedó

transformado en una explanada de arena y rocas, tras retirarse las aguas de la bahía de Tenaún, los testigos de tan formidable acto de magia, comenzaron a recuperar en parte la serenidad. Moraleda afirmó también el temple y pensó inmediatamente que al menos debía demostrar ante su extraviada tripulación que de a poco se reagrupaba en torno a él, algo de valor e inteligencia que le permitiera seguir ejerciendo liderazgo sobre sus hombres.

Por lo mismo, con paso decidido y dispuesto a lo que fuese, se acercó enseguida hasta donde estaba la anciana, la que tras bajar del acantilado recuperó su sencillo y diminuto aspecto anterior. El español hubo de reconocer su derrota e inclinarse ante ella, demostrando con este gesto que la capacidad brujeríl de Chillpila era mayor que él, pidiéndole enseguida con la voz más firme que le fue posible, que por favor devolviera el agua a su buque para que éste no se dañara y pudiera completar su misión de exploración, encomendada por su Majestad el Rey, a lo cual la anciana aceptó, no sin antes ordenarle que desistiese de su idea de llevar a sus hermanos de sangre a Europa, invitándolo además a que se marchara lo antes posible de Chiloé, a lo que Moraleda, resignado y temeroso, hubo de aceptar inmediatamente.

Luego el español, ordenó traer sus objetos personales y entre aquellos, sacó y pasó de sus manos a las manos de la bruja Chillpila lo que resultó ser El Levisterio, un Viejo Libro con Tapas de Cartón y Forrado en Cuero.

Este es el texto escrito que el chilote Mateo Coñuecar Coñuecar menciona en su declaración durante el Proceso a los Brujos de Chiloé, donde dice que El Levisterio es conocido en la isla como el libro llamado Revisorio, y que, según él, Chillpila lo llevó a la Cueva de Quicaví y se mantuvo en poder de su familia Coñuecar, hasta los días de su declaración en el afamado juicio a los brujos de Chiloé, llevado a cabo a fines del siglo XVIII.

Se cree que en El Levisterio que entregó José de Moraleda y Montero de regalo a la bruja Chillpila, estaban detallados los secretos de numerosos actos de magia, que a su vez Moraleda había recopilado de diversos otros libros ocultos, heredados de las dos culturas que antiguamente habitaron España y que habían desarrollado estas artes, tales eran los Druidas pertenecientes a la cultura Celta del norte de la península Ibérica, de donde se cree

Moraleda habría adquirido sus capacidades de transformarse en alguna forma animal, tanto como de los Moros que invadieron España en el siglo VIII, quienes habrían heredado estos conocimientos de los Magush o Magis del remoto Imperio Persa, quienes eran los sacerdotes de Zoroastro y verdaderos inventores de la magia.

Esta habría sido la base cultural del Levisterio que antologó Moraleda. Este Levisterio, al igual que el Necronomicón de H.P. Lovecraft, tendría entonces un origen sincrético

Druida-Árabe

y una parte de él habría sido introducido por algún mago del Islam, que a su vez sería influenciado por el Imperio Persa y su religión del Zoroastro, veneradores del fuego y profundos conocedores de la alquimia.

Capítulo I

De cuando Alvarado narra su encuentro con el Caleuche

Fernando Alvarado llegó esa noche a la fogata encendida a orillas de la playa con una chuica o botellón de licor de papa, para saludar al Tosca y sus hermanos menores; Luisito y el Cholga, quienes a esa hora celebraban como todas las noches, cuando la jornada en el mar los había recompensado con buena pesca.

—¡Miren la aparición, a buena hora habéis llegado Jote Alvarado, y bien acompañado, me parece! —dijo alegre el Tosca, a la vez que clavaba sus ojos en la chuica, parándose para saludar al recién llegado. La luz de la fogata lo hacía ver como un hombre fornido y de buena estatura, aun cuando su poncho oscuro disimulara en parte aquella vigorosa humanidad, la que de pies a cabeza, cubría habitualmente con unas altas botas de cuero y un gorro isleño hecho de lana cruda de oveja negra.

Tras saludar en voz baja, Alvarado se unió al grupo, sentándose sobre un tronco junto a la fogata. A la luz de las llamas, se vio el rostro del recién llegado, curtido por el mar, con una expresión muy semejante a la que alguna vez tuviera cuando joven su padre, Alvarado el Viejo.

Mientras, más allá los botes de los pescadores estaban varados en la playa y tras la espesura de la noche chilota en la Patagonia occidental, todo era silencio. Parcialmente iluminada por luz de luna, los claros de cielo dejaban ver en aquella noche de primavera la casa de los Alvarado, encumbrada en medio de las faldas de los cerros cercanos, mientras que, al otro extremo de la bahía, que a esa hora estaba casi seca por la marea baja, habitaba solitario y en una sencilla vivienda el Tosca, amigo de los Alvarado y pescador igual que ellos, aunque procedente de lejanas tierras y con un pasado muy distinto.

El Tosca era un proscrito y aventurero, llegado hacía algunos años atrás desde el otro lado de los Andes y el que tras cruzar luego de mil peripecias la agreste pampa de la Patagonia Argentina y la Cordillera de los Andes, había encontrado en el laberinto de islas del Archipiélago de Chiloé un refugio y ciertos afectos que lo sedujeron para establecerse allí indefinidamente. Tras una existencia errante y azarosa, de la cual muy poco se conocía, tampoco nadie preguntaba.

Quizá descendiente de españoles, Rodríguez era al parecer su apellido, aunque entre los isleños que conocían su porte y rudos ademanes, que le facilitaron adaptarse diestramente al oficio de la pesca, le hicieron ganarse un apodo que él asumió muy bien y se transformó en su nueva identidad, el Tosca, que puede relacionarse a lo tosco de sus ademanes, como también a la voz popular con que los chilotes llamaban a las piedras que sirven para ser lanzadas con boleadora de cuerdas de cuero. Siempre simpático, sobre todo, si el licor abundaba tal como ocurría hoy, el Tosca narraba con acento forastero y elocuencia, alguna entretenida historia de marinos y barcos.

Aquel recio hombre vencido por la bondad de la Isla Grande, destapó enseguida la chuica de licor de papa y con buen ánimo siguió contando su relato, mientras servía a sus atentos oyentes el espeso caldo de licor amarillo.

—Y la Volaora, esa bruja que llegaba en secreto a la pensión de los palafitos en Castro, donde tu amigo, el viejo Gastón, ¿Era una mujer muy linda? —preguntó Luisito al Tosca, interesado en que éste continuara su narración interrumpida por la llegada de Alvarado.

—¡Que sí hombre!, yo la vi a la luz de la luna en esa noche tan clara, era flaca y de piel blanca, como de unos veinte años, que os digo yo, en la flor de la vida, entró volando por la ventana de la pieza vecina a la que yo ocupaba por ese tiempo, en el segundo piso del palafito donde don Gastón tiene su pensión.

—Estaba convertida en bauda, ese pájaro de la noche y de mal agüero. Allí y vuelta a la forma de este animal del diablo, se comió de una fuente de madera de alerce que tenía debajo de la cama unas tripas las que, seguramente mi amigo, eran sus propias tripas —dijo el Tosca e hizo una pausa para beber de una sola vez otro vaso de

licor de papa.

—Sí, se las tragó toditas, de un solo sorbo y de ahí se volvió esta preciosura de mujer de la que os hablaba. Tenía el pelo negro, muy largo y andaba desnuda. Yo la venía espiando desde antes, siempre cuando había noches de luna llena, la miraba por entre las ranuras de las tablas de la pared que dividía nuestros dormitorios. Es que esa mujer tan linda me tenía baboso, por eso es que a la siguiente noche ya no me aguanté las ganas y me quedé despierto, porque quería verla de nuevo.

—¡Ya! ¿y te atreviste a espiarla nuevamente? —preguntó Luisito, mientras alimentaba con un tronco seco de leña de tepa las brasas de la fogata.

—¡Pero claro hombre!, es que me puse como desesperado, porque de nuevo estaba allí ansioso en el segundo piso del palafito, con la cara pegada al hueco de la pared. En eso llegó ella, la Volaora ahí sí que se dio cuenta que yo la espiaba y como que me hipnotizó… ¡Uh! la calentura me dominó, no podía dejar de mirarla y no me di ni cuenta cuando estuve sin ropa en su pieza. Justo ahí el viejo Gastón, el dueño de casa, me llamó a gritos, medio borracho desde el piso de abajo para invitarme una caña de licor de oro, como se le antojaba que lo acompañe a veces por las noches. Cuando ella escuchó al viejo, me echó enseguida a empujones de la pieza. Más que rápido recogí mis pilchas y al salir miré de reojo para atrás y ya no había nadie, lo único que escuché fue el aleteo de un pájaro, junto con ese grito tan feo que hacen las baudas.

—Le conté ahí mismo al viejo Gastón lo que me había pasado con esta mujer y él me dijo que lo más probable era que ella fuese una bruja, que me podía comer el ánimo y que tenía que irme de su casa al día siguiente, porque si no, la bruja no me iba a dejar tranquilo y otros brujos me iban a empezar a molestar, porque la Volaora era una mensajera de los brujos de la Mayoría que se reúnen en la Cueva de Quicaví.

—El viejo Gastón me dijo también que la Volaora se presentaba como una mujer linda, pero que en realidad era una bauda, un pájaro endemoniado que servía de mensajero entre los brujos, y que estos calcús también se reconocían porque siempre andaban vestidos de negro —remató el Tosca su historia, bebiendo nuevamente.

—¡Ja ja, entonces el «Jote» es un brujo, por lo negro! —dijo sonriente Luisito mirando a su hermano mayor, y los demás pescadores se pusieron a reír.

Fernando Alvarado era conocido entre los pescadores chilotes como el Jote, pues vestía habitualmente con ropas oscuras y lo que completaba su similitud con el carroñero pájaro era su contextura alta y delgada, una piel morena y el pelo largo, siempre al parecer sucio. El Jote Alvarado, como muchos otros chilotes, había trabajado desde niño con su padre y hermanos en las faenas de pesca junto a su lancha artesanal al interior de la bahía de
Llau-Llao,
cerca de Castro.

Cuando el padre de Fernando Alvarado, Alvarado el Viejo, se instaló en Chiloé junto a su esposa de origen mapuche a la que él llamaba su Chola, por la costumbre española de llamar así cariñosamente a las mujeres de sangre mapuche, quechua o aymara, y comenzaron a vivir de los alimentos que le entregaba generosamente el mar y una buena huerta junto a su casa.

A la manera del antiguo pueblo costeño chono, los Alvarado, como otras familias chilotas, construyeron botes y pequeñas lanchas de madera y luego incluyeron una vela para navegar aguas adentro, reconociendo cada vez mejor los canales de aquella región de la Isla Grande de Chiloé. Así, cada uno de estos tres hermanos, el Jote Alvarado, el Luisito y el Cholga, habían trabajado desde chicos en la mar, como le llamaban en femenino los chilotes al océano, junto al padre Alvarado el Viejo, aprendiendo de éste y otros isleños los secretos del oficio de los pescadores.

—Pero entonces, si la Volaora se volvió bauda, ¿qué hicieron con las tripas? —preguntó inteligentemente Alvarado al Tosca, volviendo así al relato anterior. El Tosca lo miró a los ojos seriamente.

—Este Jote, las preguntas que hacéis, ¡con el viejo Gastón sin demora las hemos enterrado junto a la fuente de alerce, en el cerro de en frente! y eso lo hemos hecho para que la bruja no molestara más. Pero parece que eso no funcionó, porque igual la Volaora me molesta de vez en cuando —suspiró fuerte y sincero el Tosca y prosiguió—. Porque a veces, cuando hay noches de luna llena, esta maldita me viene a molestar a la casa poh. En forma de bauda

revolotea sobre el techo con un grito que parece como si se estuviera riendo la miércale, pero yo aseguro siempre puertas y ventanas, porque si no, ¡ahí mismo que esta condená me come el ánimo!

—¿Cómo es eso? —preguntó curioso Luisito, quien al igual que su hermano el Cholga era todavía un adolescente.

—El viejo Gastón me dijo que la Volaora os saca el ánimo, que es vuestro aliento de vida. Os lo come y al poco tiempo empezáis a secar, a poneros enfermo hasta que os mueres y ninguna médica, ni yerba alguna, ni la bendición de ningún cura os puede ayudar. Menos mal que esa noche, en el palafito del viejo Gastón no me acosté con ella, porque si no, ahí mismo que me hubiera comido el ánimo y a esta hora no estoy para contar la gracia. Le debo una, al amigo Gastón, viejo zorro. ¡Salud por eso cabros! —exclamó el Tosca.

—Mañana va a llover, el viento cambió y ahora está de norte —dijo el Cholga, como pensando en voz alta, quien quizá por su origen distinto permanecía más atento que los demás a los signos de la naturaleza.

El Cholga era en realidad, un auténtico descendiente de los chono, antiguo pueblo canoero nómade, cuyo territorio comprendía desde el sur del Archipiélago de Chiloé hasta el Golfo de Penas, en la Patagonia occidental, punto donde se iniciaba el dominio de otro pueblo, conocido como los Alacalufes.

Cuando el Cholga era apenas un niño pequeño, se perdió de su tribu. Embarcado solitariamente en un bote de madera, denominado dalca, se alejó mucho de la bahía donde navegaba habitualmente en compañía de sus padres, y se fue a la deriva por fiordos y canales hacia el norte, por aguas que él no conocía y donde los suyos raramente se aventuraban.

Tratando luego de volver, se vio envuelto en un temporal y estuvo extraviado durante varios días en medio del mar, donde perdió la conciencia por el frío y el hambre, quedando a su suerte, totalmente entregado a los elementos de la naturaleza. Cuando regresó en sí, había perdido todo recuerdo.

Su única certeza fue encontrarse tendido y malherido en una playa solitaria y sembrada de mariscos, junto a un hombre viejo y de piel clara, quien le habló en una lengua que él no conocía. Este

hombre lo llevó a su casa, así, medio inconsciente y moribundo, ocupándose de él con pocas esperanzas durante las siguientes semanas, hasta que milagrosamente su cuerpo, mas no su memoria, comenzó a demostrar signos de mejoría. En tales cuidados tuvo importante papel una mujer que cuando el Cholga vio por primera vez, le pareció vagamente un rostro algo más familiar. Aquella mujer era la cariñosa mamá Chola, esposa de Alvarado el Viejo.

Adoptado como un hijo más por los Alvarado, a partir de este fortuito hecho, con el paso del tiempo, el Cholga, bautizado así en honor a las circunstancias de su hallazgo, fue un verdadero hijo para Alvarado el Viejo y la mamá Chola, criándose junto a los otros cuatro hijos de éstos, el Jote y el Luisito, la Rosita y la María, todos quienes pactaron no revelar su origen al niño, sino hasta cuando éste fuera un hombre y pudiera comprender bien los designios de la providencia.

El muchacho creció fuerte, desarrolló una personalidad introvertida y una sensibilidad en armonía con la naturaleza más que con las gentes. A medida que pasaban los años, aumentaba en él la sospecha de que los Alvarado sólo le habían adoptado, y desde algún rincón de su mente, así como también de su corazón, regresaban poco a poco, de un especial modo los recuerdos de la primera infancia entre los Alacalufes o Kawésqar como se denominaban ellos mismos allá en el sur.

Tenía imágenes que persistentemente le hablaban en sueños acerca de su verdadero origen, de un pueblo del fin del mundo que con la llegada del hombre blanco estaba condenado a extinguirse. Tal vez, por eso mismo, cuando en algunos atardeceres isleños el viento soplaba con fuerza desde el sur, al Cholga lo invadía una indescriptible sensación de nostalgia, seguida de una arrebatadora curiosidad por navegar muy lejos en aquella dirección. El sur lo tenía enamorado. El joven chono, presentía así los días cuando el mismo mar que lo había arrancado del seno de su pueblo, habría de devolverlo a reconocer sus orígenes.

—¡Y bueno Jote Alvarado! —dijo el Tosca, interrumpiendo con un brusco puñetazo sobre la arena el reciente comentario del Cholga—. Cuenta bien, si podéis, sobre la noche de cuando os encontraste al barco fantasma ése, el Caleuche, cuando os trajo de regreso a vuestro padre perdido y se os fue el Viejo Catrutro.

Tras la petición del Tosca todos se quedaron en silencio, silbó una ráfaga de viento frío y a lo lejos pareció resonar con más fuerza el eco del mar. El Tosca insistió.

—¡Hombre, lo del Caleuche! ¿podéis contar lo del Caleuche?

—¡Silencio estimado Tosca, no digas tan fuerte ese maldito nombre! ¿o acaso quieres que se nos allegue aquí el Buque de Arte? —advirtió Alvarado.

—Está bien, después de todo, en mi familia con los años que te conocemos, ya tenemos suficiente confianza para que te cuente bien lo que pasó —Alvarado suspiró y se acomodó en su lugar junto a la fogata para empezar su narración.

—Eso sí Tosca, ponle más leña al fuego y sírvete otro trago, mira que no estás tomando solo —le ordenó el Jote mientras todos rieron.

—Esto ocurrió hace unos años atrás, en verano. La mar estuvo buena y la pesca abundante, pues parece que la Pincoya esos días había estado bailado y mirando hacia la mar.

Esa vez, salimos de noche en nuestra lancha con el Viejo Catrutro, que trabajaba conmigo en ese tiempo, y fuimos a tirar las redes. Cosa rara para ser verano, corría un viento demasiado helado y el agua repentinamente se puso inquieta.

El Catrutro era un pescador de los buenos, y conocía como la palma de su mano este lado de la isla, así que yo siempre lo acompañaba con confianza y le tenía harto respeto al viejo como navegante. Él también se dio cuenta de lo que pasaba con la mar, pero mantuvo la calma y me dijo que no me preocupara, que todo andaba bien.

—Y dice la gente que este Caleuche aparece así, como de la nada, ¿es cierto eso Alvarado? —preguntó el Tosca.

—Sí mi amigo, así es. De un rato para otro, el canal se llenó de una neblina tan espesa que no se alcanzaba a ver ni medio metro. El Catrutro estaba en el otro extremo de la lancha y yo sólo atiné a escuchar su voz que me gritó que tuviese cuidado. Solo veía una luz que brillaba en la oscuridad. Comencé a buscar a Catrutro por babor pero no lo encontré y cuando me di vuelta, el Caleuche estaba en estribor, justo al lado de nuestra lancha.

—Ahí me di cuenta que Catrutro ya no estaba en la lancha, lo llamé pues, a gritos, y los busqué en la oscuridad. Los segundos me

parecieron eternos y allí escuché una música como de fiesta, como si nuestra lancha hubiera estado junto a tierra firme. La música se oyó cada vez más fuerte y no tuve ninguna duda que estaba frente al Caleuche, el mismísimo barco de los brujos, el Buque de Arte, como le llaman ellos.

El rostro del Tosca manifestaba creciente asombro, mientras el fuego recién atizado por el Cholga crepitaba junto al círculo de oyentes en la fría noche chilota.

—Allí pude ver bien al Caleuche, era un navío alto y hecho de un material como si fuera de vidrio, o de hielo, como si estuviera congelado. En eso, estaba mirando hipnotizado, cuando desde uno de los costados del Caleuche alguien se asomó repentinamente y vi que se lanzó desde esa altura sobre la lancha.

No puedo negar que tuve miedo, pero atiné a mantener la calma y a enfrentar la situación. Al caer, la persona se quejó y desconfiado me acerqué un poco más.

Reconocí a un hombre de edad, quien para mi tremenda sorpresa era mi padre, Alvarado el Viejo, perdido hacía tanto tiempo en la mar.

—Sin dudar me acerqué a él, le dije ¡Viejo! y lo abracé, pero él no me habló y sólo me miraba con una expresión de dolor, pues la caída parece que le había quebrado la pierna.

Así estábamos, cuando el Caleuche desapareció, la espesa neblina se disipó, volviendo la noche a ser como antes y en su lugar sólo quedó un tronco flotando.

Alvarado hizo una pausa tras beber un trago, mientras sus hermanos asentían con la mirada y los gestos ante su increíble relato.

—¿Y el Viejo Catrutro? ¿qué pasó con el Catrutro? —interrogó el Tosca.

—Lo perdimos esa noche, probablemente se lo llevó el Caleuche, fue como que el Buque de Arte quiso llevárselo y regresarnos a mi viejo a cambio. De pronto el Catrutro ya no estaba.

—¿Y dónde estuvo Alvarado Viejo todo ese tiempo que anduvo perdido, supieron algo después? —Preguntó el Tosca.

—Del resto de la historia algo tú ya sabes —respondió Alvarado —. Mi viejo desde aquella vez perdió el habla y nunca más pudimos saber de boca de él o de ningún otro, lo que pasó todo el tiempo

que estuvo perdido.

Ante aquella pregunta que había quedado sin respuesta, el Cholga, quien se había mantenido en silencio y mirando el mar hacia el sur, durante todo el relato de su hermano, evocó en aquel momento en su pensamiento, uno de los más vívidos sueños que tuvo tras la noche del encuentro de Alvarado con el Caleuche. El Cholga había visto a Alvarado el Viejo tendido inconsciente en una playa solitaria, siendo ayudado por un grupo de hombres de tez oscura y vestidos con pieles, quienes subieron al Viejo a unos botes de madera y se lo llevaron a través de un laberinto de canales hasta una vivienda rústica a la entrada de una cueva, en donde permaneció postrado durante lo que parecía ser un sinfín de días.

La onírica visión del joven terminaba cuando él mismo se dirigía al lecho de su padre, caminaba entre aquellas gentes como uno más de ellos, entendía su idioma e incluso iba también vestido con pieles. Al llegar junto a Alvarado el Viejo, éste lo observaba con una expresión paternal en sus ojos y justo allí el sueño concluía, o parecía concluir, pues en los oídos del Cholga seguía resonando la música del mar austral que es como un trueno. Una nueva caña de licor circuló rebosante entre los pescadores.

Precedida por el grito alertador de los queltehues, apareció la María junto a la fogata. Ella era la mayor de las hijas de los Alvarado, una moza de 14 años, dueña de una belleza y sensualidad poco comunes para las mujeres de su edad. Vestida con un poncho largo y negro hecho por ella misma, aprendió el arte de tejer de su madre. Tenía varios modelos del mismo color, pero con diferentes bordados y motivos.

—Holas —dijo sencillamente, sentándose sobre la arena junto al Tosca, pellizcando al mismo tiempo y con disimulo al hombre por la espalda.

—¿Y cómo va el curanto? —le preguntó Luisito, sobándose las manos de gusto ante el festín que les esperaba.

—Está listo —dijo la joven, quitándole el vaso al Tosca y sirviéndose de él, junto con dirigirle una provocadora sonrisa—. Dijo la mamita que suban ahora para ayudar a destapar el curanto —comunicó, mientras observaba de reojo de nuevo al Tosca, quien le devolvió una mirada cómplice.

—Ya, vamos, habrá que ir festejar por esta buena pesca —dijo

Alvarado, tras lo cual el grupo apagó la fogata, quedándose Alvarado y el Tosca con un par de palos encendidos a modo de antorchas.

—Yo os alcanzo enseguida, voy a mi casa a buscar una botella de licor de oro —señaló el Tosca.

—Yo le ayudo, mire que con una botella se nos hace poco para celebrar —respondió de inmediato la María, siguiéndole en la misma dirección.

Luisito se quedó un momento más en la playa, para revisar las amarras de los botes, mientras el Cholga recogió todos los vasos y las chuicas, continuando ambos luego con paso ágil tras Alvarado, quien ya había iniciado el camino de regreso por la huella entre la vegetación, conducente a su casa familiar. Apenas se podía ver en la noche profunda y Alvarado llevaba delante de él una antorcha que encendió en la fogata y que lo iluminaba misteriosamente.

Por la otra senda, la María iba bien tomada del brazo del Tosca, susurrándole al oído y soltando a veces una risa juguetona. Cuando llegaron junto a su sencilla vivienda, él alimentó con un tronco el fogón situado al centro de la mediagua que usaba como cocina. La María lo siguió hasta allí, quitándose su poncho y arrojándolo sobre unas pieles que estaban cercanas al fuego. Su provocadora silueta, se adivinó a la luz de brasas recién avivadas y ella continuó desvistiéndose con gracia, tendiéndose enseguida desnuda sobre el lecho de pieles.

—Mi negro, venga para acá —susurró desde la semioscuridad, y el Tosca, saltando en un pie y luego en otro se sacó las botas, arrancándose enseguida el poncho y el resto de la ropa, mientras la joven lo aguardaba retorciéndose de ansiedad, cubierta sólo por el juego de sombras junto al fogón.

Capítulo II

De cuando en la Cueva de Quicaví tuvo lugar el rito de iniciación de un nuevo Invunche

La Cueva de los Brujos de Quicaví, era el centro ceremonial donde acudían a reunirse provenientes desde todos los rincones del Archipiélago de Chiloé los miembros de La Mayoría, también conocida como La Recta Provincia. Su localización en un inaccesible lugar de la Isla Grande, constituía uno de los más celosos secretos entre los brujos, y debido al poder de aquellos, ninguna persona común podía encontrar el camino para llegar a aquel fatídico lugar.

Siempre durante las noches y de acuerdo con una periodicidad misteriosa, los brujos celebraban allí sus aquelarres, iniciándolos habitualmente con un consejo, para pasar luego a un acto en el que, según la ocasión, se practicaban diversos homenajes, iniciaciones, maleficios, conjuros o sacrificios, continuando enseguida el aquelarre con un abundante banquete y concluyendo aquel en el frenesí de bailes y orgías.

Cuando se sucedían aquelarres de especial importancia, ocurría que hasta la Cueva de Quicaví, los brujos llevaban contra su voluntad a las más hermosas doncellas isleñas, quienes allí luego de ser inducidas a un largo trance, en donde entregadas completamente a la perversa voluntad de los brujos, eran sometidas por ellos a las peores vejaciones.

Cuando aquellas desgraciadas lograban salvar la vida, ello no significaba el fin de su calvario, pues por el poder de los brujos estas jóvenes eran esclavizadas para siempre, transformándolas en espías que debían servir como red de contacto, al servicio de los intereses de quienes formaban parte de La Mayoría. Cada doncella sometida se convertía así en una nueva Volaora.

En aquella asociación existía una rígida jerarquía, debiendo los brujos de menor rango obedecer ciegamente y a costa de su vida a

quienes formaban parte del Consejo, cuyos miembros tenían el más alto rango en la Cueva de Quicaví. El Consejo a su vez era liderado por aquel a quien todos denominaban Rey, encarnación de la autoridad absoluta entre los brujos y cuya voluntad estaba por encima de cualquier otra.

Los miembros de La Recta Provincia, eran chilotes que ante el resto de la sociedad isleña parecían ser personas comunes y corrientes, desarrollando como fachada las más diversas actividades. Así, quien en realidad era un brujo, podía ser en la vida cotidiana desde el más humilde isleño hasta el más alto miembro de aquella sociedad. El camuflaje social era una de las armas más poderosas entre los brujos y sólo unos pocos privilegiados de inteligencia y voluntad, no sin antes hacer un gran esfuerzo, podían llegar a ser capaces de reconocerlos y sólo eso, pues enfrentarse de cualquier modo a un brujo significaba un desafío prácticamente sobrehumano.

Por poderes ancestrales, los brujos chilotes dominaban a la perfección muchos de los secretos de la alquimia, así como de la magia, y entre sus cualidades más sobresalientes estaban la capacidad de transformarse en diferentes animales y volar. Aquellas cualidades se las debían en gran medida al macuñ, una especie de manta o chaleco confeccionado con la piel de un ser humano muerto. Someter a su arbitrio los elementos de la naturaleza, así como entre hombres y mujeres manipular sus voluntades, pero por encima de todo, provocar el mal por diversos medios y de acuerdo a sus intereses, era sin lugar a dudas la mayor fortaleza de los brujos pertenecientes a La Mayoría.

La Cueva de Quicaví estaba custodiada en su único acceso por el horrendo Invunche. Era éste una criatura deforme y pseudohumana, que en su origen había sido un niño. Un desafortunado infante arrancado de alguna familia chilota desde la más tierna edad por voluntad de La Mayoría, y quien en su inmediata transformación había sido sometido a las más espeluznantes deformaciones de cuerpo y espíritu, eliminando de él todo vestigio de inocencia y bondad.

Aquel ser atormentado, albergaba en sí un profundo miedo y un inmenso odio hacia todo ser viviente, estaba encadenado de por vida a la servidumbre de los brujos, y aquel mismo temor y

abominación era el alimento del gran recelo con que custodiaba la entrada de la Cueva de Quicaví.

El sólo aspecto del Invunche era repulsivo e intimidante, pues estaba completamente cubierto de sarna y tenía una pierna retorcida y pegada a la espalda tras la nuca, moviéndose así en tres extremidades, como una bestia reptante, de un lado a otro junto a la portería que resguardaba. Todo el resto de su cuerpo estaba deformado, le habían crecido por todos lados gruesas cerdas, y se comunicaba con una voz horrenda, utilizando unos sonidos guturales que resonaban horribles.

Cuando el Invunche se hacía viejo custodiando la Cueva de Quicaví, los brujos decidían entonces buscar un sustituto.

Acababa así su miserable ciclo y quizá llegaba el descanso para su atormentada alma, tal como ocurriría muy pronto, pues el destino fatal del viejo Invunche de Quicaví, sin él saberlo, se comenzaba a escribir con el rapto del desgraciado niño que le sucedería.

Por esos días, en alguna comarca cercana a la ciudad de Castro, una madre chilota junto a su bebé en brazos, regresaba sola a casa atravesando un bosque luego de haber visitado a unos parientes, que vivían en la explanada de un valle cercano. Aquella incauta, ignoró la advertencia de sus familiares sobre los peligros que la selva chilota ocultaba en las noches, emprendiendo el camino de vuelta por una huella entre la vegetación, justo cuando el sol se retiraba tras los cerros, hacia su lecho de aguas allá en el océano. Pronto comenzaron a palpitar las primeras estrellas de la noche y ella apresuró el paso. Más pronto le pareció que la senda conducente a su morada en medio del bosque se alargaba demasiado. Creyó entonces caminar en círculos en medio de un aire cada vez más frío y la criatura que llevaba se removió en sus brazos algo inquieta.

La madre agudizó los sentidos, como advirtiendo un peligro, caminó sintiendo como las hojas crujían bajo sus pies y sólo pudo dar un par de pasos más. En eso se le atravesó una criatura del monte, tan perversa que en cosa de segundos hizo que cayera por completo la noche, mientras los tiuques gritaron, las bandurrias se fueron y todos los demás pájaros se echaron a volar.

La Fiura se paró delante de la madre luego de salir detrás de un

árbol y la luz oscura de su mirada asustó al pequeño niño. Su madre, llegó a saltar de la impresión al ver a esta vieja de rostro horrible y pequeño tamaño. En un instante, aquella criatura echó su aliento nauseabundo sobre el rostro de la asaltada, inmovilizándole enseguida y aprovechando al mismo tiempo de arrebatarle al niño, emprendiendo luego la huida hacia el corazón del monte, no sin antes arrojar en los ojos de la desgraciada, un puñado de arena de la Playa Negra, la cual por el maleficio que contenía, la cegó de inmediato.

Aquella a quien la Fiura había cegado para siempre, era Hortensia Bahamonde, esposa de un leñador que entre los chilotes era conocido como el Vikingo y quien, tiempo antes había confrontado sin saberlo, al Rey de La Recta Provincia.

La angustia de esta mujer tras perder su hijo fue tan grande, que lanzó desde el fondo de su ser, el más desesperado de los gritos, y así, ciega, llorando enloquecida, inició desde la profundidad de aquel bosque, un deambular desesperanzador junto a un interminable lamento por perder a aquel que era el fruto de sus entrañas. Pasó mucho tiempo y aunque nunca nadie más le volvió a ver, la desdicha expresada en el llanto de aquella mujer, fue oído en adelante y para siempre entre los chilotes, asociándola al nombre de la Condená o la Llorona, según sea la comarca.

Por eso, cuando por las noches en la Isla Grande se oyen llantos desconsolados a lo lejos, en algunas partes dicen que es la Llorona, o en otros lugares le llaman la Condená, aquella que vaga siempre triste por haber perdido a su amado primogénito.

La malvada Fiura había cumplido con éxito su misión, como sirviente ocasional de los brujos de Chiloé. Con el hechizo echado sobre el niño que ahora dormía plácidamente entre sus deformes brazos, se dirigía con paso presuroso entre la oscuridad hacia su refugio en lo profundo del bosque. La Fiura iba feliz, pues odiaba a las mujeres por sobre todas las cosas, y se alegraba siempre cuando se le presentaba la oportunidad de hacerles el mal, pues creía con total convicción que sólo ella debía ser la única hembra, amada y deseada por todos los varones chilotes, pues a pesar de ser una criatura tremendamente horripilante y asquerosa, poseía el poder de seducir a los machos, atacándoles justo en su sensibilidad carnal, echándoles un hechizo cuando los encontraba desprevenidos en los

bosques, y allí, haciéndoles creer que era la más atractiva ninfa, se revolcaba luego con ellos a su placer, permitiendo que éstos en sueños lúcidos dieran rienda suelta a sus más básicos instintos masculinos.

Tras estos placenteros encuentros, aquel varón que había sido su víctima despertaba jadeando y sudoroso, tendido entre hojas y hierbas, semidesnudo y con las ropas rasgadas, sintiendo sólo un olor nauseabundo que desde su entrepierna lo invadía alrededor.

Llegó ella con el bebé hasta lo profundo de la selva chilota, entre alerces y tepúes, pompones y caracoles, ingresando luego a una pequeña cueva cubierta por abundantes ramas y hojas de quila. La Fiura habitaba en la base ahuecada del tronco de un añoso y gigantesco alerce, compartiendo siempre de mala gana este espacio con el Trauko, su esposo de los bosques, no menos malvado, horripilante y asqueroso que ella, aunque también provisto de formidables poderes mágicos de seducción, con un gusto especial por las niñas adolescentes.

La abominable pareja, se alimentaba con la carne de cualquier alimaña que habitara la selva chilota. Su predilección era el marsupial llamado Pompón del Monte o Monito del Monte, animalito diminuto que ambos cazaban todas las noches sin cesar. Los monitos del monte que caían en las garras de la Fiura y el Trauko eran para ellos un verdadero manjar, el cual requería una preparación especial, pues los aliñaban con hojas de laurel, para luego asarlos a las brasas dentro de su pequeña cueva, producto de lo cual aquella estaba siempre ennegrecida por el humo, efecto que también se reiteraba en sus dos diminutos habitantes, dándoles a ellos y a su habitáculo un aspecto tan siniestro, que rara vez ser viviente osaba acercarse por allí.

—Mira, Pompón —llamó con su grotesca voz la Fiura a su esposo, mostrándole el bebé que dormía plácidamente entre sus brazos. El Trauko rezongaba huraño como siempre y justo en esos momentos, puso aún vivo sobre las brasas aquel animalito recién cazado, que se llamaba igual que él.

—Pásame la guagua, que también la cocinaremos —respondió secamente a su mujer el Trauko, dándose cuenta que la criatura era varón, lo cual encendió aún más su ira, pues el Trauko odiaba a los hombres, así como la Fiura aborrecía a las mujeres.

—No Pompón, esto es un encargo para el Rey y se lo llevaré mañana —aulló iracunda la Fiura, ocultando al bebé de la odiosa vista y glotonería del Trauko, depositándolo en un rincón de la cueva y cubriéndolo enseguida con su poncho.

El Trauko continuó cocinando con renovado empeño el Monito del Monte que sería la cena, y aunque no podría probar la carne de ese tierno niño junto a él, lo consolaba la idea que al día siguiente, liberado de su esposa, podría salir nuevamente a hacer de las suyas, hipnotizando y preñando a las incautas mozas que se alejaban mucho de su hogar hacia la espesura del monte, pues así como su esposa la Fiura, el Trauko tenía en el maleficio de su mirada, los poderes de gozoso maestro de la perversión carnal sobre las jóvenes féminas, cualidades que eran justamente su más grande orgullo.

Al día siguiente, la Fiura esperó la hora del atardecer para partir con el bebé rumbo a la Cueva de los Brujos de Quicaví. Gracias a su maléfico poder, la Fiura caminó ágil envuelta entre las sombras cubriendo así grandes distancias, siempre con el niño oculto bajo su poncho.

Cuando llegó por fin al pie de una profunda quebrada, descendió hasta la entrada a la cueva, que era una gran abertura en la tierra, a los pies de un acantilado muy cercano a una ensenada en el mar, cercado todo por una espesa vegetación entre la que abundaban las hojas de pangue. La Fiura ingresó desenvueltamente allí y a medida que se internaba en la cueva, el camino se iba haciendo cada vez más estrecho y oscuro, terminando junto a una gran puerta negra de madera, la que tenía a su vez una pequeña puertecita abajo en el centro.

La Fiura tocó tres veces tres, la puerta de la Cueva y tras un largo momento en el que escuchaban llaves y rastrojos, el viejo Invunche abrió una pequeña puertecita que le permitía observar solamente con un ojo y al reconocerla, abrió la puerta pequeña sin abrir la grande y la dejó entrar, sin saber que ella llevaba su sentencia de muerte.

Ya en la antesala de la cueva, el sarnoso y viejo Invunche se subió sobre un tronco cubierto por sus propios excrementos secos y se inclinó para que la recién llegada pudiera realizar el santo y seña de rigor, el cual permitía el ingreso al secreto dominio de los brujos. El Invunche viejo estaba lleno de arrugas y sarna. Sus dientes ya no

existían y su cuerpo estaba cubierto de canas. Se subió sobre una mesa y se colocó de rodillas y la Fiura teniendo al bebé entre sus harapos realizó el santo y seña.

—Bien, ya puedes pasar —masculló el guardián tras cumplir la Fiura con el secreto rito, abriendo enseguida una segunda puerta con un manojo de llaves, que a pesar de sus años todavía manipulaba con gran habilidad, dejando así que la invitada continuara su entrada en la legendaria y secreta cueva.

La Fiura entró a lo que se asemejaba a un gran salón excavado en la tierra, desde cuyas paredes en la roca colgaban lámparas de aceite humano que iluminaban tenebrosamente el lugar. La atmósfera estaba enrarecida, pues flotaba allí una humareda provocada por la interminable quema de abundantes y estimulantes hierbas.

Proveniente desde los rincones más oscuros de la cueva, resonaba en aquel ambiente una melodía de percusiones áspera, monótona y por doquier desparramados en el suelo, objetos metálicos de esmerada hechura y gran valor, entremezclados con restos de comida o cántaros de licor semivacíos, y justo en el centro del salón una vieja alfombra roja, indicaba el camino hasta el fondo de la cueva, donde al final de una escalinata hecha con piedra cancagua había un rústico trono de madera.

El trono estaba ocupado por un hombre de edad mediana y moreno, contextura gruesa y baja estatura, quien ante los ojos de la gente común hubiera parecido un chilote más.

Aquel individuo estaba sentado con ambas piernas abiertas y a sus pies, sobre la alfombra roja, había dos hermosas jóvenes desnudas y dedicadas a su placer, las cuales interrumpían a ratos y brevemente su acto de felación, sólo para dirigir en derredor una mirada perdida entre la intensa hipnosis y el placer que las poseía.

—Mi Rey, mi Señor, le traje un presente —dijo la Fiura, y el Rey, sin interrumpir el lascivo acto de adoración del cual era objeto, la miró despectivamente.

—¿Qué me traes horrenda repugnancia, acaso ya cumpliste tu misión para con el Rey de las Españas? ¡más te vale que traigas algo que me deje satisfecho, pues justo interrumpes la parte final de nuestro aquelarre! —le contestó el brujo a la Fiura, mientras con sus brazos detuvo en el aire, el movimiento pélvico de los cuerpos

junto a él, cómo silenciando una orquesta, pues en la penumbra, a ambos lados del trono se develaban las siluetas de otros brujos miembros de La Mayoría revolcándose junto a las atractivas vírgenes, todos ellos sumidos en el éxtasis de la orgía.

El Rey de las Españas y amo de la Cueva de Quicaví, era aquel chilote que en la cotidianeidad de la Isla Grande era conocido como Chacho Cárdenas, o simplemente Chacho, habitante de la ciudad de Castro y uno de sus más prósperos comerciantes, enriquecido sobre todo gracias al negocio con maderas, uno de los pilares de la economía chilota.

—Le traje lo que me encargó su majestad, éste es el hijo del Vikingo —respondió la Fiura, sonriendo con su dentadura podrida, arrodillándose ante el brujo y ofrecerle al bebé, el cual descubrió debajo de su poncho. Desentendiéndose el Rey de sus amantes se subió los pantalones, incorporándose para recibir en sus brazos la inocente criatura.

—Así que éste es el hijo del Vikingo —dijo mirando al bebé con rabia—. Ahora aprovecharé de vengarme por la ofensa de ese malnacido.

El Rey evocaba así, aquel episodio cuando en su negocio ubicado junto al puerto del pueblo de Castro, acudió un día el Vikingo con su carreta tirada por bueyes y cargada de nobles maderas para comerciar. Como era su mala costumbre, Chacho tenía instruidos a sus ayudantes en el fraude, por lo que intentaron engañar al leñador en el negocio, descubriendo el Vikingo la estafa, enrostrándoselo de inmediato y en público a sus autores.

El tranquilo carácter del leñador fue desafiado por los sirvientes de Chacho, quienes se indignaron ante la franqueza del estafado y se le fueron todos encima a un tiempo, con tal de castigarle. Sin otra opción que defenderse, el Vikingo propinó entonces con facilidad una buena golpiza a los cinco empleados de Chacho, quienes armados de sendos garrotes ni rasguño pudieron hacerle, pues la fuerza física del Vikingo era legendaria en las comarcas de Chiloé, sobre la cual se contaban no pocas historias, algunas de ellas fabulosas. Su porte y la abundante cabellera rojiza que lo coronaba, hicieron del Vikingo un hombre de temer, aunque este leñador del bosque nunca buscó enemigos, sin embargo, el destino le tenía previsto uno que nadie en todo Chiloé habría deseado tener.

Tras la bien merecida paliza y luego de buscar sin éxito en su despacho al corrupto dueño del negocio, el Vikingo se marchó aquella vez de allí echando maldiciones, jurando que volvería la próxima vez a Castro, para arreglar cuentas a solas con Chacho, y su rabia aumentó cuando ya estando de vuelta en casa reparó en que, a lo largo de todo aquel tiempo de tratos con ese comerciante, había sido engañado en el negocio de maderas del modo más vil.

Fue así que en secreto, el Vikingo acudió un buen día hasta el despacho de Chacho en Castro y esperó encontrarlo solo para saldar cuentas. El leñador derribó la pesada puerta de un solo golpe y allí sorprendió al brujo, sentado junto a una mesa contando monedas de plata. Le enrostró enseguida la estafa y la ofensa de sus empleados, lo trató de sinvergüenza y lo conminó a devolverle sus ganancias, ya fuera en moneda o en especies. Chacho no se amilanó ante la presencia del alterado Vikingo y escupiendo a sus pies se negó a reconocer estafa, pues confiado en su poder como brujo, intentó manipular al Vikingo. Fue así como Chacho, se puso de pie y haciendo empleo de una antigua práctica brujeríl clavó, su mirada fija sobre la del leñador. Tras un instante, grande fue su sorpresa al comprobar que la voluntad de cuerpo y espíritu de aquel oponente era inquebrantable y que su poder no funcionaba del todo con el corpulento Vikingo, pues su mente era una fortaleza y en cuanto a su cuerpo sólo había conseguido inmovilizarlo parcialmente. No sin esfuerzo, el leñador se acercó enseguida al brujo y lo agarró por el cuello, suspendiéndolo en el aire como un monigote.

El Rey de La Recta Provincia, comprendió entonces que debía hacer uso de todo su poder, pues aquella lucha era a muerte. Tomó con sus dos brazos, la firme tenaza que lo ahogaba y concentró todo su ser en doblegar a través de su mirada la mente de su oponente. Fue una titánica lucha de voluntades, pero ante el poder ancestral del Rey nada se resistía. El Vikingo sintió como si el mismo fuego quemara sus brazos y cayó exhausto soltando al brujo, perdiendo el sentido por algunos segundos, momento que el Rey aprovechó para convertirse en una sombra y recuperar su fuerza, a la vez que convocaba mentalmente a alguna de las Volaoras que anduvieran cerca de allí.

Tras recobrar la conciencia luego de la lucha, el Vikingo se dio cuenta que aquel a quien todos llamaban Chacho no era alguien

común, e intuyó instintivamente que si se quedaba más tiempo en ese lugar, para él sería terrible, por lo que huyó lo más rápido posible. Se incorporó entonces como pudo, cogiendo parte de las monedas que estaban sobre la mesa, que consideró su justo pago. El leñador se marchó cansado como nunca, entre la espesa noche con dirección a su morada en medio del bosque.

Una bauda, sin embargo, siguió silenciosamente al Vikingo sin que éste se percatara. El honesto leñador había cometido de este modo una gravísima afrenta contra el más poderoso de los brujos de La Mayoría, siendo así que su suerte estaba sellada y la desgracia caería inexorablemente sobre él o su familia más temprano que tarde.

Culminó el Rey la evocación de aquel mal recuerdo, mientras repetidamente escupía y acariciaba la cabeza del hijo del Vikingo, murmurando a la vez un par de frases ininteligibles y finalizando el pequeño rito de preparación para la conversión del nuevo Invunche, con una carcajada que resonó siniestra en todo el lugar, ordenando enseguida a uno de los brujos que trajera ante su presencia al Invunche.

—Invunche, ven aquí —y el enfermo cancerbero caminó sobre sus brazos y la única pierna que tenía apoyada en la tierra, cruzando el salón y llegando hasta el púlpito que el Rey tenía frente a su trono.

Recibió de manos del Rey el bebé y al tomarlo, lo golpeó espantosamente contra el púlpito. El bebé no dejaba de llorar y el Invunche en un acto despiadado y enfermo, tomó la pierna derecha del bebé y la dobló sobre su espalda, fracturándola y dejándola firmemente sujeta en esa posición.

Exclamó en voz alta y ceremoniosa el Rey, mientras los demás brujos sonreían, siendo testigos de un espectáculo aterrador. Acercándose enseguida todos ellos junto a una gran roca saliente del suelo que estaba cerca del trono, lugar en donde aún se advertían algunos rastros de sangre fresca.

El viejo Invunche llevó al bebé aturdido, lo miró con odio, acercándose con él donde estaba la gran piedra. Tomó entonces nuevamente a la inocente criatura por los pies y la golpeó violentamente contra la roca por lo que sufrió una horrible deformación.

Al comprobar el fin del rito de iniciación, el Rey acudió a desenvainar una elegante espada que estaba junto a su trono y cuyo filo relució en la oscuridad. Se acercó al Invunche y cuando estuvo detrás de su espalda, de un solo movimiento con su arma le cortó limpiamente la cabeza, cayendo a tierra el cuerpo del viejo cancerbero, junto con el nuevo Invunche que antes sostenía en sus brazos. El Rey ordenó enseguida que el cuerpo del jubilado guardián fuera derretido en una enorme olla de hierro, que estaba permanentemente sobre el fuego en otro rincón del gran salón.

Un nuevo Invunche había sido transformado y yacía vivo junto a la gran roca sanguinolenta. Su iniciación ya se había completado y ahora debía ser alimentado con carne de niño recién nacido durante cuarenta días.

—Este es sólo el comienzo de tu trabajo fealdad, el cual será muy bien pagado —dijo el Rey volviéndose hacia donde estaba la Fiura y ordenó enseguida a todos los brujos y volaoras que se reunieran a los pies de su trono.

—Volaora Mayor, infiel y aborrecida, Visitadora General de La Recta Provincia, te ordeno a ti y a las demás volaoras que traigan aquí noticias de todos los niños menores de tres años que hayan nacido en el Archipiélago de Chiloé, para que mis sirvientes brujos los puedan raptar y así podamos dar de comer como corresponde al nuevo Invunche. Mientras tanto tú, Fiura, miseria de los bosques, sobarás el espinazo del nuevo Invunche con hojas y tallos de millahuilo, para que le crezcan cerdas en vez de pelo, y también alimentarás a este maldito con carne de chivo recién nacido, dándole además de beber leche de gata negra, pues con eso calmará su insaciable apetito mientras traen a las guaguas para alimentarlo durante cuarenta días con sus carnes.

Con las recientes órdenes del Rey, el aquelarre en la Cueva de Quicaví se daba por concluido y la hermosa Volaora Mayor vomitó en el acto sus tripas, en una fuente de madera de alerce, transformándose al instante en bauda, acto que imitaron todas las demás doncellas que habían participado en la orgía, para luego retirarse todas del lugar volando raudas como murciélagos en bandada y emitiendo escalofriantes graznidos.

Capítulo III

De cuando la Flota de Buques al mando del Corsario Holandés Hendrick Brouwer, es arrastrada por un temporal más al sur de la Tierra del Fuego y logra cruzar hacia el Océano Pacífico rumbo a Chiloé

El corsario holandés Hendrick Brouwer llamó a los comandantes de las otras naves de su flota a un consejo que se realizaría en el Ámsterdam, embarcación insignia en la cual él navegaba. Estaban todos los buques de la flota detenidos junto a la entrada occidental del Estrecho de Magallanes, provenientes desde el lejano puerto de Pernambuco, lugar donde Juan Mauricio de Nassau gobernaba las posesiones de la corona holandesa en Brasil. Habían zarpado desde aquel puerto en el Atlántico el día quince de enero del año mil seiscientos cuarenta y tres, en una empresa expedicionaria que el mismo Brouwer había organizado, conformando una escuadra de cuatro buques y un yate. El Ámsterdam era el buque almirante, seguido del Vlissingen a cargo de Elías Herkmann, el Eendracht o Concordia, comandado por Elbert Crispijnsen, además del
Orangie-boom
y el yate Dolphijn, o Delfín, en idioma castellano.

Aún a su avanzada edad y tras las innumerables aventuras que había vivido en Asia, al servicio de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, el almirante Brouwer no diezmaba en lo más mínimo su carácter fuerte, intrépido y obstinado. La leyenda viviente que representaba el veterano marino holandés era un ejemplo a seguir para los comandantes más jóvenes, e infundía asimismo temor y respeto entre sus no siempre fieles tripulantes.

—Pasen —dijo Brouwer atusándose el bigote, entrando enseguida al despacho dispuesto en su camarote el vicealmirante

Herkmann seguido en silencio por los demás comandantes.

—En estas costas hace un frío que puede ser peligroso —insinuó Herkmann, parándose junto a un brasero que el almirante tenía a un costado de su camarote. Desde lo alto del puente de mando del Ámsterdam, se podía ver a las otras embarcaciones de la escuadra que acompañaban a Brouwer en la expedición. La desolada costa frente a la cual estaban, mostraba a lo lejos entre la llovizna la retorcida silueta de peinados árboles y arbustos, símbolo de su resistencia contra los incesantes y gélidos vientos australes.

Hacía algunos días atrás y debido a una intensa tormenta, no pudiendo pasar por el Estrecho de Magallanes para alcanzar el océano Pacífico, por lo que Brouwer, en una demostración más de su temeridad, había ordenado a la expedición continuar navegando por el Atlántico hacia el sur, llegando así hasta el final de la Isla Grande de Tierra del Fuego, la cual se creía, era hasta ese momento la más austral del mundo.

Avanzaron luego por el estrecho de Le Maire, cuando un fuerte temporal los empujó incluso más al sur de lo que ellos pretendían ir, logrando apreciar allí el espectáculo de aguas ignotas, cubiertas de témpanos y peligrosos icebergs que flotaban a la deriva. Así descubrieron estos marinos holandeses, que las tierras que estaban más allá del estrecho de Le Maire hoy conocido como Canal Beagle, no formaban parte de un continente, como lo creyera Mercator en su Teoría de la Correspondencia de los Hemisferios, sino que eran sólo unas islas, un bastión de roca azotado por el oleaje y los vientos del Polo Sur, al decir del almirante Brouwer, hoy llamadas Islas de los Estados.

Ni en lo peor de la tempestad, su imaginación les pudo alcanzar siquiera a mostrar lo que había más al sur de esas solitarias islas. La monstruosidad hecha témpano, la eternidad convertida en nieve, el continente Antártico estaba unos cuantos grados más al sur, pero ellos no imaginaban esta mole de hielo, que se revelaría mucho tiempo después al mundo moderno, y que sería el infierno y la tumba para muchos exploradores, quizás más intrépidos y temerarios que ellos.

En este sur profundo de tempestades constantes, donde reina sin piedad el frío, Brouwer y sus tripulantes salvaron estoicamente la peor furia de la tormenta austral, y continuaron su viaje, virando

hacia el norte, rodeando así la Tierra del Fuego y saliendo finalmente hacia aguas del océano Pacífico, siempre en dirección del archipiélago de Chiloé y el puerto de Valdivia, situados más al norte. Pero antes era necesario dejar algunas cosas en claro.

—¡No voy a soportar más el amotinamiento de ningún baboso! —gritó Brouwer golpeando con el puño la mesa, cayendo así al piso los mapas que otros expedicionarios holandeses habían dibujado cuidadosamente cuarenta y tantos años atrás.

—Pero mi señor, si me permite, la tripulación está enfermando por el frío y algunos dudan de seguir con esta empresa —dijo Herkmann con voz calma y en actitud conciliadora, recogiendo a la vez los vasos y plumas que habían caído con el arrebato del almirante.

Brouwer los atravesó a todos con una mirada fulminante y altiva.

—¿Y qué quieren? ¿volver a Pernambuco y que yo sufra una humillante vergüenza por culpa de unos débiles que tienen frío? ¿piensan que voy a volver? ¡ni muerto vuelvo a Pernambuco, ni menos a Holanda! ¿me escuchaste poeta? ¡yo, Hendrick Brouwer, conquistador y gobernador de las Asias, no me voy a dejar ganar por un par de días helados! ¡qué se ocupen en algo estos holgazanes! ¡ya los quiero ver, luchando contra los araukoes, que dicen en todos los mares, son los guerreros más valientes que hay! ¡cómo no me voy a enojar, si aquellos a quienes hoy les gana el clima quieren mañana enfrentar a enemigos tan formidables! ¡qué venga uno y me diga a la cara que se quiere volver a Pernambuco, que aquí mismo lo revuelco por el piso! —respondió Brouwer iracundo, conteniendo el aire y procurando evitar una tos que comenzaba aquejarlo, señal de que a él también lo estaba afectando el rudo clima del fin del mundo conocido. La Patagonia es terrible con todos los hombres, no solo con los débiles.

—Señor, con su permiso, lo que sucede es que los marineros no están acostumbrados a tanto frío como el que hace aquí, la mayoría de ellos son gente que ha navegado en lugares más cálidos. Además, las provisiones ya están comenzando a escasear —intervino a su vez Crispijnsen, comandante del Buque Eendracht, en español traducido como Concordia.

—Pues que se aguanten, ya dejamos atrás el Atlántico y esos

mares de hielos y tormentas. Que todos se ocupen por ahora y tengan valentía, porque el Océano Pacífico, que es donde ahora estamos, tiene ese nombre para reírse de los hombres y de aquí en más ya irá pasando el frío, a medida que sigamos con rumbo norte y nos acerquemos a Chiloé, donde además tendremos provisiones de sobra. ¡Ahhhh, ya quiero llegar pronto allá y batirme con esos españoles católicos y cobardes, o con algún indio de esos de las leyendas, aquellos que les destruyeron siete ciudades a los españoles traidores! ¡sí, ya quiero conocer la descendencia de ese indio Pelantaru, a ver si son tan valientes como este viejo del mar! —exclamó emocionado Brouwer, con la mirada perdida y apretando los puños, como anticipando aquellos nuevos desafíos, aunque tosiendo nuevamente.

—Señor, su salud está cada día peor y creo, por su bien, que usted debería guardar cama y cuidarse de estas bajísimas temperaturas —le recomendó Herkmann, quien entre toda la tripulación de la flota, era el único que osaba dirigirse al almirante en tono de consejo.

Un silencio incómodo quedó flotando en el aire tras la última frase de Herkmann. Todos esperaban una nueva maldición, pero la risa del veterano almirante resonó entonces vigorosa en su camarote.

—Jajaja, no me hagas reír Herkmann ¿guardar cama?, yo no voy a guardar cama nunca, como lo hacen esos marinos afeminados de tu buque. Esto sólo es un insignificante resfrío y te repito poeta. ¡Yo no voy a abandonar esta misión, aunque lo pague con mi vida! ¡yo, Hendrick Brouwer, voy a destruir Chiloé hasta la última casa y luego de eso me voy a ocupar de Valdivia, en donde levantaré un fuerte, así lo tenga que levantar yo solo! ¡y si yo muero antes que tú, poeta, serás tú quien entierre mis huesos en Valdivia, aunque eso te cueste la vida! ¿me escuchaste? ¡ni muerto vuelvo a Holanda, porque soy un hombre de palabra y de valor, además yo no pertenezco a tierra firme, soy un caballero de los mares y deseo sobre todas las cosas que mis huesos descansen lo más lejos de donde nací, para que las historias me recuerden por mi honor, por mi voluntad nunca quebrantada, y no por mearme en los pantalones como esos españoles católicos que parecen señoritas! Ahora poeta, ¡júrame que vas a cumplir con lo que estoy demandando de ti!

—Pero, señor, lo que usted me demanda es muy temerario…

—¿Tienes miedo, poeta?

—No señor.

—Quieres que tu amigo el pintor ese…

—Rembrandt.

—Ese mismo. ¿Se sienta orgulloso de ti o se avergüence de tu cobardía?

—Se sienta orgulloso de mí, como se siente orgulloso que usted sea holandés, señor.

—Entonces si yo llegara a morir poeta, tú tomarás Valdivia y sepultarás mis huesos en frente del Océano Pacífico. Si he de morir en esta expedición, quiero estar por toda la eternidad delante del océano más grande del mundo y no cerca de una laguna de patos. ¿Entendiste? Quiero enfrentarme siempre con el más grande y temido, nunca con el más débil y cobarde.

—Sí señor, está bien, si nuestra Majestad en el reino de Holanda confía en mi persona y si acaso tuviéramos el infortunio de perderle en esta misión, juro por mi honor que seguiré al mando de esta expedición y emplearé todas mis fuerzas en destruir Chiloé y tomar Valdivia —respondió seguro y orgulloso Herkmann frente a su almirante, que aunque un poco enfermo, todavía mostraba la energía de sus mejores años de corsario.

—Bien, en este asunto está puesto su honor, vicealmirante Herkmann —respondió Brouwer con tono solemne, pareciendo nuevamente que la tormenta desatada por su carácter amainaba en intensidad.

La reunión de los comandantes, se interrumpió con un par de golpes secos en la puerta del camarote de Brouwer.

—Señor, con su permiso, aquí traemos al tripulante que se amotinó en el yate Delfín —dijo uno de los marinos que traían al puente de mando, amarrado a aquel infortunado que se había revelado.

—¿Así que éste es el gusano? —dijo Brouwer haciendo a un lado a los demás y parándose frente al marino que estaba amarrado en el suelo.

—¡Suéltenlo y denle un arma! ¡qué se pare como hombre frente a mí y que con la espada me diga lo que piensa! —y al momento que dijo esto, quienes traían al sujeto lo liberaron, cortando las

amarras que lo aprisionaban, poniendo a su alcance un arma blanca. Los demás se hicieron a un lado, formando un semicírculo en torno al Almirante y el amotinado que ahora estaba armado y libre. Éste apretó la empuñadura de su espada y durante unos segundos sus ojos llenos de rabia se enfrentaron con los del altivo Brouwer, quien desenvainó enseguida sonriendo. El desertor respiró fuerte y arqueó el cuerpo como fiera que se prepara para atacar, pero en el último instante su voluntad se desplomó, inclinando la cabeza ante el Almirante, lanzando al suelo su espada y dando por terminada una lucha, que la terrible fama de Brouwer había resuelto aún antes que ésta siquiera comenzase. Aquel desgraciado se resignaba así al escarnio que venía.

—Bien —le dijo Brouwer—. Ya que te has hecho en los pantalones y no quisiste hablar conmigo con la espada, te daré aún la posibilidad de hablar con el hocico, no sea que alguien diga alguna vez que yo, Hendrick Brouwer, no mostré alguna rara vez el don de la clemencia. ¿Así que tú eres el que está amotinando a mis marinos?

El sujeto parecía haber perdido toda voluntad, y siempre mirando al suelo no respondió.

—¡Habla ahora cobarde! ¿O ya no tienes lengua? Justo aquí te da miedo hablar en la cara de tu almirante, cuando quizás qué cosas decías allá en contra mía —rugió iracundo Brouwer.

—Nada he hablado en contra suya, mi señor —dijo por fin el marino.

—¿Entonces qué es lo que has dicho, que tu comandante Crispijnsen te ha acusado de querer armar una motín en mi flota? —le preguntó Brouwer, mientras miraba con ojo inquisidor al resto de los presentes.

—Lo único que quiero señor, es volver a Pernambuco para sanarme de este mal del frío que tengo, y que no me deja pensar bien. Tengo fiebre, dolor de cabeza y garganta, este Océano Pacífico me está matando. No terminaba de decir eso, cuando la tormenta colérica del Almirante parecía regresar inminente. Entonces blandió repentinamente su espada en el aire y la fue a colocar justo al cuello del marino desertor—.

—¿Ves esta espada, hijo?

—Sí señor.

—¿Sabes a cuantos valientes guerreros hindúes, chinos y japoneses vencí con ella?

—No señor, pero se cuenta que fueron muchos.

—¿Quién te ha contado eso, hijo?

—Los otros marinos señor, cuando hemos estado de juerga. Los que estuvieron con usted en Asia cuentan, que usted fue el más valiente de todos y que siempre era el primero en desembarcar y el primero en saltar al abordaje del enemigo.

—¿Y sabes que te puedo cortar la cabeza ahora mismo por tu cobardía, en un santiamén?

—Sí señor, pero le ruego que me deje vivir, se lo suplico.

—¿Quieres tu vida, más que nuestra empresa? Cómo se nota que no tienes idea de lo que estamos haciendo. ¿Y piensas que un gusano como tú, va a hacer que yo no cumpla mi objetivo? ¿piensas que con ese espíritu el gran reino de Holanda llegó a ser lo que es? ¿con esa hombría vas luchar contra los católicos, o contra los temibles araukoes? ¿crees acaso que así descubrí el paso en el Océano Índico, que ahora lleva mi nombre en todas las cartas náuticas, paso también conocido como las Rugientes Cuarentas? — dijo Brouwer, sin apartar el filo de su arma del cuello de aquel desgraciado, mientras éste miraba al suelo en silencio y unas gotas de sudor surcaban su rostro temeroso.

Brouwer envainó su arma mirando al desertor con odio y levantó su voz como viento huracanado.

—¡No quiero cobardes en mi flota! ¡matar ahora a este baboso sería hacerle un favor, no merece el honor de morir por mi espada, pues le espera una muerte menos gloriosa! ¡este gusano traidor se baja ya de mi buque y un bote lo deja ahora mismo en la costa de Tierra del Fuego, a ver si los indios se lo comen o les repugna por cobarde!

Los dos marinos lo ataron nuevamente y sacaron del camarote, para luego embarcarlo en un pequeño bote junto a una ración de vino y otra de pan, ante la atenta mirada de todos los tripulantes de la flota, quienes desde sus respectivas embarcaciones observaban el espectáculo, que les hablaba sobre el desenlace de la reunión de sus comandantes, mientras se escuchaba vitorear entre todos ellos.

—¡Larga vida y gloria al Almirante Brouwer! ¡muerte y deshonra a los traidores!

Los vítores se oían fuertes y claros en el camarote de Brouwer, mientras éste asentía con la cabeza y miraba altivo a sus comandantes, quienes permanecían clavados al suelo, pues el legendario almirante aún no les había ordenado retirarse.

—Señores, háganse cargo de ahora en adelante y como corresponde de sus buques, recojan los planos y ya olvídense de este episodio. Ese cobarde ya no pertenece a nuestra flota.

Que esto sirva de escarmiento para toda la tripulación. ¡Aquí el cobarde se va! y para terminar, les digo que los reuní en este consejo para dejar bien en claro los objetivos de nuestra misión, porque parece que en la cabeza de algunos no está totalmente claro qué es lo que vinimos a hacer al Pacífico.

Brouwer se paseó seguro por su camarote, haciendo crujir el entablado mientras el resto guardaba silencio.

—Primero señores, debemos tomarnos las ruinas de Valdivia y el reducto español de Chiloé, que es el último enclave hispano que los araukoes dejaron en pie en las tierras al sur del Reyno de Chile.

—Segundo, al llegar a estas tierras debemos simular hacer amistad con los naturales, haciéndole regalos y presentes, incluso obsequiándoles armas para que los indios crean que los estamos ayudando en su lucha contra los españoles —tosió un poco y siguió.

—Tercero, ya habiéndonos ganado la confianza de los naturales, debemos averiguar todo lo concerniente a los lavaderos de oro, pues hay grandes vetas en el Reyno de Chile.

Algunos cuentan con seguridad que en estas tierras salvajes incluso hay ciudades enteras que están hechas de oro, y al parecer los indios no toman el oro como algo de valor y prefieren regalárselo al español. Así que en Valdivia y sus alrededores debe haber oro en cantidades y debemos saber su posición exacta —Brouwer tosió otro poco y continuó.

—Cuarto, tras eliminar de las islas de Chiloé la presencia española, debemos construir un fuerte más al norte, en Valdivia, luego de haber hecho tratos con los indios del lugar y lograr que ellos nos suministren comida. Si desde un principio tenemos a los naturales de nuestro lado mucho mejor, y cuando ya esté asegurada nuestra fortaleza y dominio en todo el sur, esclavizaremos a estos salvajes igual como lo han hecho los españoles con ellos. Así, cumplida nuestra misión, la gloriosa bandera de la corona

holandesa flameará para siempre en estas tierras del fin del mundo. ¿Entendido señores?

—¡Sí mi almirante! —respondieron todos al unísono.

—Todo esto es algo que ustedes deben asegurar que se mantenga en secreto. Los indios no pueden saber nuestras verdaderas intenciones, pues las provisiones que llevamos no nos alcanzarán para mucho tiempo, por eso debemos hacernos amigos de ellos rápidamente, ofreciéndole nuestra alianza y ganándonos su voluntad, así sea con regalos, mientras ganemos tiempo y construyamos nuestro fuerte en Valdivia. ¿Preguntas al respecto?

—¡No mi almirante!

Los comandantes se retiraron en silencio a sus respectivas embarcaciones, mientras afuera el manto de nubarrones grises ya amenazaba con una nueva tormenta y las aguas del Pacífico se removían tempestuosas como siempre en el confín del mundo.

Capítulo IV

De cuando un inesperado invitado llega a la celebración del Curanto en casa de los Alvarado

Alvarado, seguido por sus hermanos Luisito y el Cholga, abrieron el portón de la huerta que antecedía la entrada de la casa familiar. Caminaban todos comentando satisfechos la buena pesca, caminando entre las altas varas de colihue que sostenían los brotes crecidos de habas y arvejas. Más allá, junto a unos arrayanes estaba la mamá Chola, sacando cuidadosamente las hojas de pangue con que se cubre el curanto. Debajo de las hojas de pangue, humeando las papas y los mariscos, la carne de cerdo jugosa y los milcaos con chicharrones, se cocinaban entre chapaleles y longanizas, al calor de las piedras que se habían colocado calientes al rojo vivo, al fondo del agujero en la misma tierra, incandescentes después de haber estado en el fuego, se cocinaba el curanto.

Recién abierto, el aroma de aquel generoso plato viajaba por todas partes, invitando a disfrutar de sus sabores.

—¿Cómo? ¿y acaso la María no se vino con ustedes? —les preguntó la mamá Chola a los recién llegados, al no ver a su hija.

—Viene enseguida mamá, anda con el Tosca, porque pasaron a buscar licor de oro —explicó Alvarado.

—¡Esa muchacha! ¡cómo si aquí no tuviéramos trabajo! —regañó—. Ya, bueno, ayuden ustedes entonces a terminar de destapar el curanto y llevarlo adentro, yo iré a ver a su hermanita —ordenó la mamá Chola a sus hijos, dirigiéndose enseguida al segundo piso del caserón, donde dormía plácidamente Rosita, un bebé de poco más de dos años, concebida por la mamá Chola con el último retoño de su fertilidad, justo antes que Alvarado Viejo desapareciera misteriosamente entre los canales.

Entre los hermanos llevaron el curanto a la casa en varias bandejas de alerce y a la luz de un gran velón que hacía brillar su canoso cabello, los aguardaba el padre de la familia, Alvarado Viejo. Estaba sentado a la cabecera de una gran y rústica mesa situada en el centro del comedor, mudo como siempre, con la mirada perdida y su brazo derecho temblándole ligeramente. En la pared tras él, colgaba la coraza de una antigua armadura española, junto a unos arcabuces y dos sables cruzados, testigos de un pasado de guerras y victorias, batallas y derrotas.

Martín de Alvarado y Figueroa, más conocido como Alvarado el Viejo, había formado parte de la hueste hispana que se asentó en la zona del Chauracahuin, fundando la ciudad de San Mateo de Osorno en el año mil quinientos cincuenta y ocho, por Don García Hurtado de Mendoza, en la confluencia de los ríos Damas y de las Canoas que los huilliche llamaban Cudileufú y Rahue respectivamente. Ciudad que después de años de guerras y asedios por parte de los mapuche en alianza con los huilliche, fue completamente destruida bajo las órdenes del toqui Pelantaru, originario de la comarca de Purén, hecho por el cual Alvarado Viejo y otros españoles se vieron obligados a huir de aquel lugar, tras ver quebrada su resistencia, que duró cuatro años.

Esto ocurrió al final de la gran sublevación mapuche, que destruyó las siete ciudades fundadas por los españoles en el Reyno de Chile al sur del río Biobío, en tiempos del Gobernador Alonso de Ribera, alrededor del año mil seiscientos.

Los sobrevivientes de la destruida ciudad de Osorno habían huido entonces hacia el sur, fundando la villa de San Antonio de Carelmapu, junto al Océano Pacífico y cerca del Canal de Chacao. Otros fundaron, no lejos de allí, la villa de San Miguel de Calbuco, en la rivera oeste del Golfo de Calbuco.

Luego, algunos de los que fueron a Carelmapu, siguieron hasta Chiloé, entre ellos Alvarado. Su hermano era el encomendero Alonso de Alvarado y Figueroa, en la ciudad destruida de Osorno, y luego en Carelmapu y Chiloé, pero Alvarado escapó desde Carelmapu raptando a la Chola que era una hermosa muchacha mapuche, por lo que su hermano se alejó de él. Ella era una niña adolescente huilliche mucho más joven. Cuando la raptó de la encomienda de indios, como decían los españoles, y que pertenecía

a su hermano mayor.

Se establecieron en la zona de Llau-Llao, en la costa oriental de la Isla Grande de Chiloé, cerca de la ciudad de Santiago de Castro, lejos de las tierras que la encomienda le dio al hermano en Chiloé y lejos de todo.

La muchacha huilliche, que por esos días había acompañado sumisa a Martín de Alvarado y Figueroa, era hoy en día transcurrido más de cuarenta años, conocida como la mamá Chola. Debido a este acto, que Alonso consideró como traición, el hermano mayor de Alvarado Viejo nunca más reconoció a su pariente, quebrándose así y para siempre los lazos de sangre que los unían.

Después del Cholga, la mamá Chola bajó del segundo piso y acomodó una fuente llena de mariscos y milcaos sobre la mesa. Aun en la plenitud de su vida, llevaba un trarihue [1] en la cintura y una trarilonco [2] sobre la frente. Vestida con el atuendo negro característico de su familia.

Luisito entró al comedor con una fuente de choritos y almejas y se sentó en el otro extremo de la mesa, y sirvió todos los vasos con licor de papa. Junto al Viejo, se sentó Alvarado, su hijo mayor y frente a él, se sentó el Cholga. La mamá Chola puso en el centro de la mesa una fuente llena de carne de cerdo, milcaos y chapaleles. El Viejo no se movía ni hablaba y Alvarado terminó de encender todas las velas y velones, y dijo:

—Familia, hay que dar las gracias a nuestro Señor Dios Padre, a su hijo Jesucristo y a la santa Virgen María por estos alimentos y por un día más de vida —levantando enseguida su vaso y brindando con todos a la luz de las velas.

El silencio después del brindis fue interrumpido por la repentina entrada de la María y el Tosca.

—¿Dónde andabas? —preguntó la mamá Chola a la joven, dirigiendo a la vez una inquisitiva mirada al hombre.

—Mamita, acompañé a nuestro vecino a buscar unas botellas de licor de oro.

—Tú sabes, que poco me gusta que andes de noche fuera de casa, mira que el Trauko te puede pillar sola por ahí y hacerte su gracia, niña —advirtió preocupada la madre.

—No se preocupe señora Milla —intervino seguro el Tosca—. Mire que conmigo nunca le ha de pasar nada malo a su hija.

—¡Y más le vale oiga! Mire que tanto trabajo nos costó criar a esta cabra.

La mamá Chola en el fondo intuía y aceptaba la relación de su hija con aquel pescador tan cercano a sus demás hijos, esperando de él la pronta confirmación de su compromiso.

—Ya, ya, siéntense los dos a comer, será mejor —sentenció la mamá Chola, asistiendo enseguida a su marido para que probara bocado.

—Le estábamos contando al Tosca, de aquella vez que el papá estuvo con los Alacalufes —dijo el Luisito, cambiando el tema y comiendo un milcao.

—Eso es lo que dice el Cholga, que se encontró con unos Alacalufes y le contaron que eran amigos de este viejo mudo —dijo la mamá Chola, mirando al Viejo que comía papas con la vista perdida.

—Sí, ese Alacalufe viejo me llevó a su tribu y me dieron de comer —dijo el Cholga.

—¿Ellos fueron los que te invitaron a comer carne de perro? —preguntó Luisito.

—No, esos fueron mis familiares Chono, de la isla Laitec, ellos cocinan sus perros con papas a las brasas. Son deliciosos, especialmente las piernas y con su cuero hacen ropa y su pelaje la hacen tejidos —contó el Cholga, que tenía familia tanto en el archipiélago de Chiloé, como en el de los Chonos, puesto que su pueblo ancestral eran aquellos canoeros nómades.

Hacía tiempo, que el Cholga había ido a recorrer los canales del sur para ver a su familia sanguínea. Cuando cumplió los quince años, decidió que era hora de volver a sus islas y en ese viaje, hizo un alto en las islas del sureste de Chiloé, donde vivían algunos de sus familiares.

Luego emprendió viaje rumbo más al sur, por los canales del archipiélago de los Chonos. Se encontró por fin, con la otra parte de su familia y estuvo con ellos un tiempo. Ayudó en el mar y en la búsqueda de mariscos, que los Chonos hacían tanto con buceo en apnea, como mariscando en las playas con la marea baja, hasta que después de un tiempo, decidió volver a Chiloé.

Siempre extrañó a su Mamá Chola y su Viejo Alvarado, que lo habían criado como a un hijo después que lo encontraron

moribundo. Volvió porque sintió que extrañaba a sus perros y a sus hermanos, en el fondo el Cholga ya no se sentía Chono, sino que ahora era un chilote.

Fue en ese viaje, cuando se encontró con los Alacalufes, merodeando los canales del sur del Golfo de Penas, y participó de sus ceremonias y sus fiestas, pero ya hacía tiempo que ese viaje había terminado y ahora era feliz en la Isla Grande de Chiloé con la familia Alvarado.

Estaban todos comiendo entre la luz de los velones, cuando se escuchó alguien golpear la puerta. El Viejo se puso intranquilo, todos se dieron cuenta que alguien venía a la casa, pero ¿quién sería a esa hora? Todos se miraron y Alvarado dijo:

—¿Quién será a estas horas de la noche? —y en el momento, se sintió que alguien tocaba nuevamente la puerta.

Alvarado tomó un trapo y se limpió las manos y la boca.

Salió a ver quién era el recién llegado. Los perros estaban callados, más que de costumbre, no le ladraban al extraño que desde la puerta de la casa no se podía reconocer.

—¿Quién es? —preguntó Alvarado desde la entrada.

—Tranquilos hijos míos, soy yo, el padre Bruno, vengo de paso desde Dalcahue!

—¡Si es nuestro buen padre, el curita Bruno! ¡hombre de Dios! qué calladito que llegó, pase, pase, buenas noches.

¿Cómo está padrecito? Llegó a buena hora, justo estábamos comenzando la cena —dijo Alvarado abriendo la puerta.

El sacerdote entró y saludó a todos, bendiciendo a la vez la mesa con la señal de la cruz y sacándose el poncho que traía sobre la sotana.

—Es que he llegado justo antes de quedar debajo de la mesa, ni que el olor me hubiese traído —dijo graciosamente y sentó su rechoncho cuerpo al festín. Aquel inesperado invitado, se hacía pasar por Fray Bruno de Aguirre y Bascuñán, jesuita español que había llegado hacía años atrás desde Europa, habiendo recorrido gran parte del Nuevo Mundo, aunque en realidad, tenía otro nombre.

Hombre joven aún, inclinado rigurosamente en el estudio y el conocimiento, su dotada capacidad intelectual le había valido incluso llegar a ser tutor de la más alta nobleza. La Corte española y

el Vaticano habían sido su escuela, más él consideraba que sólo en América alcanzaría la más grande comprensión de las obras de Dios. Desde su periplo iniciado en México, pudo conocer de primera fuente, la realidad que había inspirado en el Nuevo Mundo a religiosos y otros eruditos. Había estudiado a Sahagún, Las Casas, Poma de Ayala, Díaz del Castillo, entre otros y en todas aquellas lecturas, buscaba principalmente la existencia del demonio. Estaba convencido que su lucha debía ser contra el mismísimo satanás y que si este andaba suelto en algún lugar, debía ser en América y no en otro sitio.

El mundo era complejo entonces para Bruno de Aguirre y Bascuñán, quien después de haber vivido tantos años en tierras americanas, sintió sencillamente y en resumen que, para comprender y expandir la gracia del Señor sobre esta tierra, había que comprender también los fundamentos del mal, pues aquel que conociera a fondo el mal, sería el más poderoso defensor del bien.

A partir de aquella autorrevelación, lo poseyó la idea de hallar el origen mismo del mal, el cual debía encontrarse indudablemente aquí en la Tierra, porque en su interpretación, el mal era de origen terrenal y la bondad de origen celestial. Lo que comenzó en él hacía años atrás, como una noble inspiración leyendo las obras de San Agustín, se transformó luego en una cruda obsesión, y de pronto, el padre Bruno no encontró nada mejor, que seguir el rastro de la brujería en América, como el camino más directo para hallar el origen del mal.

Se sumió entonces en una desesperada búsqueda, estudió con ahínco la práctica de la brujería, leyó y experimentó lo prohibido y lo que no. Se acercó al Tribunal de la Santa Inquisición, leyó el *Malleus Maleficarum*, en fin, indagó donde más pudo. Aun así, no se sentía satisfecho, y tras todos estos años de búsqueda incansable, su apariencia exterior, demostrada como la más amable y pacífica, escondía en realidad el interior de un ser humano profundamente perturbado.

Recorriendo durante toda su juventud y madurez a lo largo y ancho este Nuevo Mundo, el padre Bruno, ya en el otoño de sus días, creía a fin de cuentas haber reconocido casi toda manifestación del mal expresada a través de la brujería. Aún le faltaba una pieza fundamental y definitiva en su rompecabezas.

Se había establecido en Chiloé, el archipiélago de los brujos, el confín del mundo, la puerta de entrada a la Patagonia occidental.

El cura Bruno sintió la total convicción, que allí iba a completar su santa tarea. En los brujos de Chiloé encontraría el origen del mal, conocería los más íntimos secretos de lo brujeríl y se transformaría en el mejor soldado de Dios.

Para eso, había llegado como fraile a la isla, después de todo este tiempo, ya se había ganado la confianza de los chilotes, todo era parte de un cuidadoso plan, en el cual nada estaba echado al azar. Ahora, y por fin había llegado el momento de desentrañar los secretos de la brujería practicada en Chiloé.

Luego de sentarse a la mesa, el padre Bruno disfrutaba de la hospitalidad chilota, sirviéndose el apetitoso curanto, reponiendo así sus fuerzas.

—Hijos míos, gracias por recibirme, vengo a caballo desde Dalcahue, donde acudí a hace unos días a prestar mis servicios religiosos, pensé que era una buena idea pasar de vuelta y visitarles, hacía varias semanas que no veía a ninguno de ustedes.

—¿Y cómo están las cosas en Castro, padrecito? —preguntó Alvarado, acercándole nuevamente la fuente de carne y milcaos, mientras Luisito le llenaba amablemente un vaso de chicha.

—Más o menos no más hijo, han pasado algunas cosas raras últimamente —respondió el sacerdote, haciendo una pausa, como midiendo el impacto de sus palabras.

—¿Cosas raras? ¿qué cosas han pasado Padre? cuéntenos por favor —solicitó la mamá Chola, mientras en los rostros de los demás se advertía un interés creciente.

—Cosas raras hija, pero yo no debo echarles a perder vuestra cena, que por lo demás esta exquisita, con historias vulgares que cuenta la gente acerca de invunches y brujos.

Vosotros sabéis que yo no creo en esas cosas, yo sólo creo en Dios y si le tengo miedo a algo en esta tierra es a los Purenenses de Pelantaru, a nada más —respondió el cura.

—¿Y al demonio, no le tiene miedo al demonio padre Bruno? —preguntó Luisito.

—No hijo, no tengo por qué tener miedo al demonio, ni a los brujos. Yo represento la palabra de nuestro Señor Jesucristo, que murió en la cruz por todos nosotros, y ella es más poderosa que

Satanás y sus huestes —sentenció convencido el sacerdote.

—Pero Padre —intervino Alvarado—. ¿Por qué le teme tanto usted a los Purenenses? ¿es acaso por esas historias que circulan entre la gente que vino del norte huyendo de los mapuche? Nuestro padre no nos contaba mucho acerca de eso, menos ahora, así mudo como está.

El padre Bruno miró a Alvarado con gesto paternal, suspiró mirando hacia a Alvarado Viejo y respondió:

—Hijo, lo que pasó en la ciudad perdida de San Mateo de Osorno, fue muy cruel y terrorífico, mejor conversemos de otras cosas y no le hagan recordar a un cura ya medio viejo, cosas que no le dejan dormir —dijo, masticando un chapalele.

—Pero Padre, si usted no nos cuenta ¿quién va a hacerlo? Nuestro papá ya no habla y nuestro tío Alonso, no nos ha visitado nunca —dijo Luisito, muy interesado en el relato del sacerdote.

—Pero entonces. ¿Por qué le teme tanto a los Purenenses? Esas cosas son leyendas del pasado, que el Viejo nos contaba cuando éramos niños. Ahora somos hombres y sólo respetamos la mar —dijo Alvarado, dejándose llevar por la emoción de los recuerdos de su padre, cuando salían a pescar y les contaba las historias de los españoles que murieron en América en nombre del Rey de España.

—Este viejo ya no habla, porque no quiere, yo lo he escuchado hablando con los perros y los pájaros, y se hace el leso no más, así que mejor será que cuente no más padre, porque si no, nadie va a saber que pasó en esa ciudad perdida que nombra usted —dijo la mamá Chola limpiando los restos caídos del plato de Alvarado Viejo.

—Bueno —dijo el cura—. Ya que insisten, les voy a contar, pero no me hagan entrar en detalles. Su tío, el Capitán de su Majestad, don Alonso de Alvarado, hermano mayor de su padre, era encomendero de ochocientos indios en su merced de tierras en el territorio llamado por los huilliche como Chauracahuin, ubicado entre el río Damas y el río de las Canoas, donde se encuentran las ruinas de la destruida ciudad de Osorno. En esa encomienda vivían los padres de su madre. ¿Verdad doña Milla?

—Así es Padre, mi familia trabajaba para la encomienda de los Alvarado que quedaba entre los ríos Rahue y Cudileufú, y nos fuimos con ellos de la ciudad cuando ésta fue arrasada. Al llegar a

Calbuco, después de muchas penurias y hambres, este viejo mudo me raptó y me trajo a Chiloé —respondió la mamá Chola—, pero yo vivía fuera de la ciudad de Osorno, así que nunca vi lo que pasó ahí dentro y era muy niña.

—Bueno, lo ocurrido mis queridos amigos, fue que los mapuche del norte del Chauracahuin, se alzaron en las tierras al sur del río Biobío y destruyeron entre mil quinientos noventa y ocho, y mil seiscientos cuatro, todas las ciudades españolas que eran siete, incluyendo Valdivia y Osorno —dijo con la boca llena y continuó—. Cuando vinieron los ejércitos mapuche a asediar a la ciudad de Osorno, donde yo me encontraba trabajando para el Señor, todos los habitantes de la ciudad teníamos el temor de morir atravesados por una lanza. Esta era la última ciudad que quedaba en pie y debíamos aguantar o íbamos a ser completamente expulsados del territorio, que con tanto esfuerzo habíamos arrebatado al mapuche y huilliche para el Señor —dijo comiendo un gran trozo de carne de cerdo.

—Entonces vosotros sabréis, que no nos podían tomar con la guardia baja, así que reformamos las empalizadas que fortificaban la ciudad y nos preparamos para el largo asedio.

Se sabía de antemano que no nos íbamos a entregar tan rápido y sin luchar, a las flechas de los bravos mocetones araucanos. De hecho, pensábamos que, si la defensa de la ciudad se hacía en forma ordenada, podríamos resistir, pero nunca contamos con la valentía y la maldad de los de Pelantaru —dijo hablando y comiendo.

—¿Y quiénes eran estos Purenenses de los que os tanto habla, Padre? —dijo el Tosca, que no sabía de esta historia, porque él llegó a Chiloé en años posteriores.

—¡Esos naturales eran los más aventajados guerreros que se han visto sobre la faz de la tierra, pues hombre! Superiores en el arte de la guerra a cualquier español y hombre de cualquier país. Eran de un lugar llamado Purén y obedecían las órdenes del cacique Curibeli y el cacique Anganamon, que a su vez obedecían las órdenes del gran Toqui Pelantaru.

Él había participado con Lautaro en sus campañas, quién a su vez, introdujo el uso del caballo español en las huestes mapuche, porque de niño fue apresado por don Pedro de Valdivia y había sido caballerizo de él. Entonces Lautaro aprendió el castellano y así

conoció bien los movimientos de las huestes hispanas, y de esta manera le traspasó todo ese conocimiento a Pelantaru, quien, con sus caciques y mocetones, conformaron el ejército más temido que haya asolado ciudad española alguna. Incluso se cree que, durante años, usó el cráneo del Gobernador Martín García Oñez de Loyola como recipiente para tomar su chicha, en las fiestas que celebraban después de una victoria —diciendo esto, el Viejo Alvarado comenzó a ponerse nervioso y a botar sus mariscos fuera del plato.

—¡Vean ustedes! ¡todavía se aterra Alvarado Viejo, al recordar a esos Purenenses! —dijo el cura bebiendo un nuevo vaso de licor.

Todos se quedaron en silencio y llenaron nuevamente los vasos. La Mamá Chola tomó del brazo al Viejo y lo llevó al dormitorio, mientras el Cura siguió con su historia.

—¿Pero? ¿Cómo nadie le pudo haceros frente a ese indio Pelantaru? —dijo el Tosca.

—Nadie hijo, si incluso algunos huilliches del Chauracahuin, comandados por el cacique Cholchol, se negaron a que fuera Pelantaru, quien comande el alzamiento en tierras huilliche —respondió, tomando unos mariscos de la fuente que estaba nuevamente llena.

—¿Y por qué ellos no querían que fuera él? —preguntó Luisito.

—Porque no querían que fuera un mapuche quien comande, en territorios huilliche —interrumpió la mamá Chola volviendo del dormitorio.

—Claro, es que vosotros debéis pensar que no es fácil, que un guerrero, acepte que otro guerrero foráneo, mande un alzamiento en sus tierras —respondió el cura.

—¿Y qué pasó? —preguntó Alvarado.

—Pelantaru envió al cacique Curibeli, quien era un hábil guerrero, con un grupo de sus mejores jinetes, a negociar los caballos y mocetones, que los huilliche entregarían, para contribuir al asedio de la ciudad. Entonces Cholchol se opuso y aseguró, que sólo sobre su cadáver un Purenense comandaría las huestes huilliche en los territorios del Chauracahuin, así que Curibeli lo retó a duelo. Un duelo a caballo, con arco y flecha, con la condición que, si Cholchol ganaba, él comandaría los ataques a la ciudad, pero si él moría, seria Pelantaru el único Toqui del Chauracahuin —terminó de decir, empinando el vaso de licor. Con el calor del relato, ya

todos estaban interesados en conocer el desenlace, así que llenaron nuevamente las fuentes de mariscos, milcaos, chapaleles y carnes.

—¿Y quién ganó? —preguntó Luisito.

—Espera pequeño Luís, vamos por partes, respondió el Cura, sudando al calor de la comida…

Capítulo V

De cuando los Traukos avistaron unos extraños barcos en Cucao

Pompón del Monte y Macuco, salieron aterrorizados desde Cucao en dirección del bosque. Habían visto barcos extraños que navegaban rápidamente en el océano en dirección del norte y estos no eran barcos españoles, y si no eran barcos españoles, entonces no eran buenos barcos, porque a pesar que los huilliche de Chiloé no les gustaba trabajar en las encomiendas españolas y desempeñarse como indios amigos, todos sabían que un barco que no sea español, era un muy mal presagio.

Macuco y Pompón se cansaron de correr entre el monte húmedo de Chiloé y se tiraron al suelo a descansar debajo de un gran alerce, que tenía una pequeña abertura y simulaba una buena cueva. Dejaron sus Pahueldunes en un costado y se tiraron al suelo transpirando y tratando de calmar sus agitados y pequeños corazones.

—¡Jue guacho la cagó! ¿qué eran esas hueás que vimos? —dijo Macuco.

—No sé guacho, esas leseras deben ser el Caleuche.

—Guacho ¿tú no dijiste que habías visto una vez el Buque de Arte?

—Guacho ¿cuándo dije esa hueá? —dijo Pompón.

—Guacho que eres mentiroso, una vez dijiste que viste el Buque de Arte. Estábamos tomando chicha cerca de Quetalmahue y saliste con una historia de esas, que te había llevado el Buque de Arte —dijo Macuco.

—Si guacho era mentira esa, ahora sí que lo vimos de verdad. Guacho, ¿no habremos tomado mucho trago a lo mejor? —dijo Pompón.

—No Guacho, si yo no estoy borracho, lo que vimos eran Buques

de Arte —dijo Macuco.

—¿Y qué vamos a hacer ahora Guacho? ¿le decimos a nuestras Fiuras lo que vimos? —dijo Pompón.

—Guacho, pero mi Fiura Rakel, está en Quicaví en la Casa Grande con los brujos, yo no sé cómo ir para allá, no cacho la entrada de la Cueva, ni la contraseña. ¿Y si no nos dejan salir más? —dijo Macuco.

—Guacho, no creo que los brujos nos hagan algo.

—Guacho, pero nuestros poderes no funcionan con los brujos, solo funcionan con las niñas —dijo Macuco.

—Si sé guacho, pero hay que decirles a la Mayoría que vimos Buques de Arte cerca de Cucao, y que se dirigían al norte, no vaya a ser que quede la cagá —agregó Pompón.

—Guacho mira, hagamos una cosa, vamos donde tu Fiura que debe estar ya de vuelta de Quicaví en tu cueva, o si no la esperamos y preguntémosle si ella sabe algo, si el Buque de los Brujos anda por ahí. Si no es español entonces deben ser Buques de Arte —dijo Macuco.

—Ya guacho, tienes razón, vamos a buscar a mi Fiura y preguntémosle qué sabe ella de esto —dijo Pompón y se pusieron en marcha nuevamente en dirección de su cueva, a buscar a su Fiura.

Avanzaron a través del monte, serpenteando quebradas y bosques espesos, no dejándose ver por los veliche del lugar, ya que estos vivían en los montes buscando alimentos, siempre alejados de las ciudades españolas, para no ser esclavizados por los encomenderos.

Macuco y Pompón, no tenían idea de qué era lo que habían visto y de puro miedo abandonaron la Fiesta de la Luna en Cucao, donde siempre habían hecho sus mejores travesuras y enamorado las más lindas doncellas, pero esta vez, caminando interminables lunas y soles llegaron cerca de Dalcahue hacia el interior. Pompón se subió a un árbol de tique y agudizó su vista y su olfato para detectar donde estaba su Fiura.

—Vamos guacho la Fiura está por allá, cerca de los conchales, ya volvió de su viaje a Quicaví.

Caminaron varias horas más y llegaron por fin hasta la Fiura, que era mujer de Pompón y media hermana de Macuco y que se llamaba Macuca. Ella estaba haciendo muday en un metawe, junto

a un saco de trigo, que los brujos de Quicaví le habían dado en recompensa por su trabajo en raptar al hijo del Vikingo.

—¡Pompón, qué bueno que vienes, mira te estoy haciendo Muday! —dijo la Fiura y saludó a su hermanastro—. ¡Hola Macuco, que gusto verte! ¿y cómo está tu esposa Fiura?

—Bien, gracias ¿y tú, cómo estás? —dijo Macuco y se tiró en el suelo, junto a la cueva del árbol en que vivían la Fiura y Pompón. Este también se tiró al suelo extenuado y asustado todavía.

—¿Qué les pasa? Parece que han visto al diablo. Vengan para acá que les tengo un vaso de muday.

—No Fiura —dijo Pompón—. Ven tú que estamos cansados, llevamos días corriendo desde Cucao, es que tenemos que contarte algo que vimos, no sabemos qué chucha es.

—Si hermana, ven acá, siéntate y trae unos metawes con muday que estamos rendíos. ¡Tenemos que contarte una cosa muy importante!

—¿Pero qué les pasó que están tan asustados? —dijo la Fiura y volvió con los vasos de Muday, que es un refresco hecho de trigo molido con la boca, que los traucos habían aprendido de los antiguos veliche.

—Nosotros estábamos en Cucao y nos íbamos a quedar unos días allá en la Fiesta de la Luna, pero estábamos en lo mejor de nuestra conversa y de pronto, desde el sur, vimos uno barco muy hermoso, que se dirigía a gran velocidad hacia el norte y nos asustamos mucho, porque después vimos tres barcos más, que venían detrás del primero y no sabemos quiénes andan por aquí, si esos barcos son Buques de Arte de los Brujos o son españoles.

—¿Pero por qué se asustan tanto? Si deben ser barcos españoles —dijo la Fiura sirviendo los metawes con más muday.

—No, definitivamente no eran Barcos Españoles. Eran más rápidos que los que tienen los católicos y tenían otra bandera —respondió Macuco.

—Sí, tenían otra bandera, con huesos y una calavera. Nos asustamos porque andaban a gran velocidad, como si estuvieran embrujados, pero lo raro es que no parecían Barcos de Arte, porque los Barcos de Arte nunca andan de a cuatro, siempre andan de a uno y nunca andan de día —dijo Pompón.

—El Caleuche siempre sale de noche. ¿O no?

—Sí, tienen razón, qué raro fue lo que dicen que vieron, pero… ¿no sería que estaban ebrios los condenaos?

—No Fiura, si no estábamos tan borrachos y no tenían bandera española. ¡Estos no eran barcos españoles!

—Yo creo, que lo mejor que podemos hacer, es que vayamos con los de la Mayoría. En la Casa Grande van a saber qué hacer y cómo descubrir qué fue lo que vieron, voy a pedir una audiencia con el Rey, ustedes espérenme aquí que voy a buscar a la Volaora.

La Fiura dejó atrás rápidamente a los dos pequeños Traukos, entre sus sacos de trigo que trajo de Quicaví, y se dirigió por un sendero entre ramas y helechos en el monte, a la casa de la Volaora. Esta quedaba en una quebrada arriba en lo alto de un río. Llegó a la pequeña choza en que vivía la visitadora de los brujos y le tocó la puerta, al momento salió una hermosa mujer pálida vestida completamente de negro y cabellos largos y finos color azabache.

—¿Qué quieres Fiura? —dijo ésta—. ¿No te conformas con los sacos de trigo que te regalaron en Quicaví? ¿ahora por qué vienes a mi casa? —dijo la Volaora recelosa.

—Déjame entrar que tengo que contarte algo y hacerte algunas preguntas —dijo la pequeña Fiura metiéndose en la casa de la Volaora, que era una choza muy humilde y precaria, en medio del monte, por lo que estaba llena de musgos.

Se sentó cerca de la puerta entreabierta y contó:

—Pompón y Macuco vieron en Cucao cuatro barcos que andaban hacia el norte con gran rapidez y que eran muy hermosos y tenían mucha magia en sus velas. Creemos que no eran barcos de los españoles porque tienen otra bandera, que los Traukos no reconocieron y que era muy rara, con huesos y una calavera. ¿Qué sabes tú de esto?

—No tengo la más mínima idea de lo que me estás hablando fealdad, recién llegué de mi visita a

Llau-Llao

donde fui a ver; a quién voy a llevar a nuestro nuevo Invunche, y no he escuchado nada al respecto de cuatro barcos que anden por esas aguas occidentales.

—Pero pensé que sabías algo, ya que la Mayoría envió a todos a buscar bebés para alimentar al nuevo Invunche, pensé que podrían haber salido a buscar en barcos.

—No fealdad, nadie ha salido en Caleuches, pues todos los brujos tienen sus macuñ para volar y nosotras podemos ir donde queramos vestidas de bauda. Yo que sepa, no anda nadie en barcos buscando los niños. Es muy raro lo que me estás diciendo, lo que Macuco y Pompón vieron, esos dos deben haber estado bien borrachos en Cucao, que vieron eso; de cuatro barcos que no son españoles.

—Pero si no son barcos españoles, ellos no navegan por esas aguas, transitan por las aguas interiores pero casi nunca viniendo del sur de Cucao.

—Sí, tienes razón fealdad, esos barcos mágicos que vieron Pompón y Macuco no son barcos españoles y no son Barcos de Arte. Voy inmediatamente con la noticia donde nuestro Rey —dijo la hermosa Volaora. Sacó una fuente de alerce debajo de su cama, vomitó sus tripas y se transformó en bauda. Luego de eso, salió rápidamente volando por la puerta y la Fiura cerró tras de sí la choza y se dirigió de vuelta a la cueva donde la esperaban Macuco y Pompón.

La Volaora llegó rápidamente a Castro donde vivía el Rey de las Españas. Este era un mestizo comerciante que trabajaba y vivía en Castro, una ciudad española al centro de la Gran Isla de Chiloé. Tenía un almacén y un fundo donde trabajaban muchos veliche en calidad de encomendados, según las leyes de España, aunque en la realidad estos eran sus esclavos.

El Rey estaba de juerga esa noche y la bauda lo encontró en su bar que quedaba en una corta calle muy empinada que llegaba al mar. Chacho estaba con otros comensales bebiendo y jugando al naipe, apostando y divirtiéndose, después de haber hecho siempre buenos negocios.

Era un verdadero cafiche, que en realidad había llegado a ser Rey de las Españas o Brujo Jefe de la Mayoría, siempre por la trampa y los engaños, haciendo fraudes en los juegos y los negocios.

Había obtenido su riqueza gracias al robo de un Entierro, que era una gran paila de cobre, que trabajadores de su negocio habían encontrado con joyas y monedas de oro. Dominaba el comercio de mujeres mapuche que eran vendidas a los españoles, que vivían en Castro y otras ciudades del reino. Aventajado en el arte de la brujería, hacía muchos años que había pagado sus votos y se había

quitado el bautismo, para ser uno más de la Recta Provincia y con el tiempo y mucha astucia y engaños, llegó a ser el Rey, quien comandaba en la Cueva de Quicaví, y también aquí en su bar, donde se juntaban con sus amigos, bar que también era de él y se llamaba «El Caleuche».

La Volaora llegó en forma de bauda y se paró enfrente de la ventana del salón en que estaban jugando y se dejó ver por Chacho. La Volaora se mostró en la forma de un pájaro negro y feo, muy distinto de la hermosa mujer que era cuando tenía sus tripas adentro, golpeteando con su pico el vidrio.

Chacho vio el pájaro, abrió la ventana y este rápidamente entró al salón y voló hasta un cuarto contiguo que Chacho tenía junto al bar.

—Discúlpenme un momento —dijo Chacho a sus comensales, entre los que se encontraban algunas autoridades del pueblo, como el fiscal, el párroco y el alcalde.

Se dirigió al salón contiguo, donde se paró delante de un gran espejo llamado Chayanco. El reflejo de la bauda era la Volaora misma, tan bella que Chacho la tenía como una de sus favoritas. Alta y de cabellos muy negros, en su reflejo en el Chayanco podía mostrarse tersa tal cual era y así podía comunicarse en su forma de pájaro con su Rey.

—¿Qué te ha traído esta fría noche mi hermosa Lina? ¿qué acaso no te saciaste de mí, el sábado último en nuestro aquelarre de celebración de la llegada de nuestro nuevo Invunche?

—No es eso mi adorado Rey, lo que quiero contarte es otra cosa —dijo la hermosa Volaora en su reflejo en el espejo—. Es algo que ocurrió en Cucao y tus fieles sirvientes te hacemos llegar la noticia lo antes posible para que sepas qué hacer.

—Habla ya entonces hermosa mía. ¿Qué ha ocurrido para estropear mi mejor juego de esta noche?

—Lo que ocurre mi Señor, es que unos Traukos han visto algo muy raro en su último viaje a la Fiesta de la Luna en Cucao.

—¿Y qué han visto esos pobres seres en aquella fiesta, más que hermosas doncellas para hacerles su gracia?

—Lo que han visto, es algo que tú primero que nadie debes saber mi Señor, como Rey de la Recta Provincia.

Macuco y Pompón, hace dos días vieron venir desde el sur por el

Océano Pacífico, cuatro Barcos de Arte a la altura de Cucao, que desaparecieron rápidamente por el horizonte en el norte, no sé quiénes eran, ni de dónde venían, sólo que eran cuatro barcos que no tenían bandera española y que cargados de magia, viajaron tan rápido que ya deben estar pronto a llegar al Canal de Chacao, mi majestad. Por eso he venido a contarte esta nueva.

—Mmm, eso que me estás diciendo es algo muy grave mi querida Lina. Si esos barcos no son españoles y de hecho no lo son, son muy malas noticias las que me traes.

El pájaro se movió inquieto y la hermosa mujer en el reflejo del Chayanco se sorprendió mucho al ver que la noticia alteraba al Rey de la Recta Provincia.

—¿Entonces quiénes son los que vienen en ese barco mi querido Rey?

—No lo sé Lina. Lleva este mensaje a Castro y ordena a todos los Virreyes de todas las Españas que nos debemos reunir urgente en la Casa Grande a una sesión extraordinaria de la Recta Provincia. Yo vuelo inmediatamente a Quicaví a consultar el Chayanco Mayor, para saber qué es lo que está pasando. Ordena a todas las Volaoras que estén cerca de Castro, que deben llevar esta noticia a todos los lugares del Reino y que me avisen lo antes posible, cuál es la actual ubicación de los extranjeros. Mi red de mensajeras debe ser lo más eficiente en esta labor Lina. Esto que me dices, si es lo que yo creo, es una muy mala noticia para todos nosotros. Vuela inmediatamente y quiero que todos los integrantes de la Mayoría, se junten esta noche en la Cueva de Quicaví. Si mis sueños son verdaderos, es una muy mala noticia lo que me acabas de decir. Vete inmediatamente —dijo y en el acto la bauda salió volando por la ventana del salón de juegos y Chacho entró a conversar con sus parroquianos.

—La Volaora me ha traído muy malas noticias —dijo Chacho en el momento en que todos se divertían con los naipes y una botella de agua ardiente.

—¿Qué ocurre? —dijo el Cura Párroco llamado Alonso de Vásquez mirando desde la ventana como se alejaba la bauda en la noche, entre la fina lluvia.

—Esta Volaora dice que cuatro Barcos de Arte fueron vistos en Cucao con dirección hacia el norte.

—¿Barcos de Arte? —dijo el Fiscal llamado José Mansilla Cárdenas, más conocido como el Brujo Mancho—. Eso no es posible, no tenemos ningún barco que esté navegando por esas aguas.

—No. No son barcos españoles —dijo Chacho— dicen los que los vieron, que tenían otra bandera, que no conocen, pero tenían huesos y una calavera.

—Mmm eso es muy raro —dijo el Cura Párroco, también conocido como el Brujo Cochihua—. No hemos enviado ningún Caleuche por esas aguas y si usted dice que no son barcos de su armada, entonces… ¿quién cresta anda en Chiloé sin el permiso de alguno de nosotros tres?

—Eso es lo que debemos averiguar mis señores. Llamé a una reunión extraordinaria en la Casa Grande inmediatamente, vamos a tener que dejar hasta aquí nuestro juego, porque debemos volar inmediatamente a Quicaví. Mientras no sepamos quién está merodeando en Chiloé, no podemos estar tranquilos —dijo Chacho dando órdenes.

—Cochigua, tú vuela a Quemchi a traer a tus brujos, y tú José que esto no se transforme en escándalo, corre la voz que se vio el Caleuche en Cucao y nada más, y me mantienes informado de todo lo que ocurra aquí en Castro.

—Si mi señor —respondió el Brujo Mancho, que aunque tenía el cargo de Rey Bajo la Tierra, no era más poderoso que el Rey de la Recta Provincia, en la jerarquía de los brujos.

—Yo voy a Quicaví a ver qué es lo que pasa, voy a consultar el Chayanco Mayor —dijo Chacho y se retiraron del salón.

El Cura Cochigua salió volando, ya que traía consigo su macuñ debajo de su sotana, la que destapó y luego se fue por la ventana. El Fiscal, que era el único mestizo que pertenecía al círculo cercano del Rey de la Recta Provincia se retiró a su casa, para mañana repartir desde su oficina los rumores que se había visto el Caleuche en Cucao.

Chacho fue a su habitación en otra ala de la casa, y voló inmediatamente hacia Quicaví alumbrándose en la oscura noche con su macuñ hecho de piel de muerto, un muerto que él mismo había matado y descuerado. El alcalde llamado Juan Peralta se retiró del lugar a pensar en todo lo que estaba ocurriendo, pero sin

convicción de lo que debía hacer, pues él no tenía rango dentro de la agrupación de brujos, y no sabía los secretos de la magia, pero en su condición de alcalde, era más bien un monigote del brujo mayor y de la Mayoría.

Capítulo VI

De cuando la flota de Hendrick Brouwer ataca el Fuerte español de Carelmapu en el mar interior de Chiloé

Los buques de Brouwer llegaron al extremo norte de Chiloé y vieron el canal de Chacao. Estaba amaneciendo cuando se internaron en él y buscaron en sus mapas el famoso Puerto Inglés.

—Debemos estar cerca del Puerto Inglés camaradas —dijo Brouwer en el Consejo con los almirantes Herkmann y Crispijnsen.

—Según lo mapas, el Puerto Inglés debe estar bordeando este canal que hoy hemos encontrado —dijo Crispijnsen, señalando el Estrecho de Osorno, hoy llamado Canal de Chacao.

—Avise a toda la flota que vamos a girar a estribor, que estén en sus puertos de combate por si nos encontramos con barcos españoles y que hemos llegado a la primera ciudad en Chiloé. Estamos cerca del Puerto Inglés —dijo Brouwer a sus subalternos, que rápidamente llevaron la noticia a los otros buques.

El Puerto Inglés era una pequeña caleta al norte de Chiloé en la bahía que hoy se ubica contigua a la ciudad de San Carlos de Ancud, pero en esa época no era más que un puñado de casas, aunque antes de eso debían pasar por Carelmapu.

En seguida se formaron todos los marineros que venían en las embarcaciones. Brouwer pasó revista y arengó a sus subalternos.

—Señores, sé muy bien que han estado soportando frío y tempestades en las aguas más frías y australes del mundo.

Nunca fue una vida fácil la de ser marinero —decía caminando entre la tripulación de cubierta—. Nosotros vamos a lograr lo que Baltasar de Cordes, ese intrépido navegante holandés no pudo lograr, que es tomar posesión de Chiloé y sus territorios cercanos.

Para esta gran empresa en nombre de la corona holandesa,

hemos soportado un largo viaje a los confines de la Tierra, de frío y soledades hasta alcanzar el Océano Pacífico. Aquí hemos llegado al destino de nuestro viaje. Este gran canal que ven en frente es el Estrecho de Osorno, puerta de entrada a la ciudad española de Castro, la cual queda hacia el sur bordeando el canal. Las órdenes son claras, hay que hacerse amigo de los naturales y convencerlos que nos ayuden en nuestra guerra contra el español. Muy pronto estaremos cerca del Puerto Inglés y debemos buscar el Fuerte de Calbuco por el norte y la ciudad de Castro por el sur. Nuestra misión aquí es destruirlas con fuego. Demostrarles a los naturales que somos sus aliados contra la esclavitud que el católico les impone.

Háganles saber que somos sus salvadores en esta guerra contra los españoles, denles regalos, gánense su confianza y pregunten, pregunten dónde están esos lavaderos de oro de la más alta ley. Después de destruir Chiloé, nos dirigiremos a Valdivia. Vamos a lograr la confianza de una buena cantidad de naturales y los vamos a llevar a Valdivia para que trabajen con nosotros. Allá vamos a levantar un Fuerte y vamos a inspeccionar las zonas adyacentes buscando los famosos lavaderos. Dicen que en estas tierras australes existen ciudades de oro, y que para descubrirlas, debemos convencer a los naturales que nos ayuden, así que no quiero motines, no quiero traidores. Al que ose transgredir los objetivos de esta empresa lo mato o lo dejo olvidado en Chiloé, a su suerte.

¿Prometen ser fiel en esta última parte de nuestra empresa? —dijo Brouwer y tosió fuertemente.

—Sí señor —se escuchó al unísono.

La tripulación escuchaba atenta las órdenes que ya sabían.

Esta no era la primera arenga, pero si era necesaria para mantener la unidad y la motivación dentro de la tripulación.

El día estaba despertando y pudieron ver la belleza del Canal de Chacao al amanecer. Allá en el extremo occidente, sobre el Océano Pacífico lejos se iba la noche, mientras en el oriente sobre unas rojizas nubes y el plateado canal, se veían dorados los primeros rayos del día.

Pequeñas gaviotas cruzaban la tranquilidad del alba, mientras las olas acariciaban las costas con su refrescante canto.

Rápidamente los buques se internaron en el canal y avanzaron

hacia el oriente. De pronto vieron humo, a los lejos en la costa norte y se atrevieron avanzar hasta una bahía que resguarde la flota. Ordenó Brouwer que el yate Delfín vaya en expedición, debido a su menor altura en la quilla, este se pudo introducir al borde el canal. De pronto encontraron unas casas y unos botes. Anclaron el yate y bajaron algunos marinos a inspeccionar a pie. Más allá, aparecieron algunas personas a caballo y a pesar que el yate holandés tenía bandera blanca en señal de paz, las personas de la tierra gritaban en un idioma que ellos no entendían.

Los capitanes Osterman y Flory, descendieron del yate con algunos hombres y mientras se acercaban a las casas sobre una playa con pequeños botes de madera, los hombres a caballo se alejaban del lugar escondidos entre el bosque cercano. Registraron las pobres casas y no encontraron a nadie, pero sí tuvieron la certeza que eran españoles y no mapuche, por lo que se dio aviso en el yate y se izó la bandera de guerra.

Los capitanes, se animaron a seguir a pie a los españoles de los caballos sin internarse mucho en el bosque y así atraparon a una anciana, un hombre y un niño como prisioneros, pero estos eran sirvientes de los españoles y no pudieron entender bien su idioma llamado mapudungun. Sólo el hombre hablaba un poco de español.

De vuelta hacia el yate, un sorpresivo ataque desde lo profundo del bosque, lanzó a los españoles a caballo sobre la expedición holandesa, capturando a uno de los marineros.

Los españoles a caballo no escaparon, sino fueron a informar más allá al caserío de Puerto Inglés que venían corsarios holandeses a asolar Chiloé.

Inmediatamente el yate continuó acercándose hacia el caserío para colaborar en la batalla que se avecinaba con sus cañones. Desembarcaron dieciséis soldados y por el extremo más lejano de la playa, aparecieron cerca de noventa españoles tanto a caballo como a pie, los cuales de no haber sido intimidados por los cañonazos del yate Delfín, habrían ganado en combate frente a los soldados holandeses por su número.

Al escapar los españoles, fueron abatidos dieciséis de sus soldados católicos, cayendo herido su general Andrés Muñoz Herrera quien fue capturado.

Teniendo el camino libre los holandeses, avanzaron hacia una

empalizada que estaba abandonada, la cual resultó ser el Fuerte de Carelmapu, reducto militar levantado por los últimos habitantes de la destruida ciudad de Osorno hacía cuarenta y tres años. Después de revisar el Fuerte, resolvieron los soldados volver a la flota a avisar al almirante Brouwer respecto de unos documentos encontrados.

Fueron y volvieron, ahora con el almirante en persona acompañado de los capitanes Vosterman y Flory. Brouwer inspeccionó el Fuerte de Carelmapu, hecho de madera y subió a la oficina principal donde había cartas y mapas.

—Así que los católicos saben de nuestra presencia en Chiloé y nos temen —dijo a sus capitanes que escuchaban sin saber leer las cartas en español—. Fechada en Lima el veintiocho de febrero de mil seiscientos cuarenta y dos, y advierte nuestra intención de apoderarnos de Chile con dos escuadra de doce buques en total.

—¿Cómo pueden saber de nuestro viaje? —preguntó el capitán Flory temeroso de la respuesta de su almirante.

—Tienen espías estos católicos, así como nosotros tenemos espías en su reino y virreinos —dijo el almirante tosiendo—. Pues bien, si ya saben que estamos aquí y nos temen tanto, démosles una lección de nuestra voluntad. Quemen todo este Fuerte y vámonos de aquí. En este lugar no vamos a encontrar naturales amigos que nos ayuden en nuestra causa. Quemen los cuerpos y salven las dos piezas de artillería y las municiones. A los caballos mátenlos a balazos y luego de esto nos vamos camino a Calbuco, que es el otro Fuerte que debemos destruir antes de dirigirnos a destruir Castro y luego tomar Valdivia. Rápido señores tienen largo trabajo que hacer —dijo Brouwer.

En seguida los hombres se pusieron a trabajar en la destrucción del Fuerte de Carelmapu y dando muerte a caballos y a los heridos, cumplieron las órdenes de su almirante general.

Era un día veinticinco de Mayo y Brouwer dejó en llamas el Fuerte, volviendo a reunirse con la flota que reparaba los buques en una bahía cerca del Puerto Inglés. Era la primera incursión de este corsario en tierras chilenas y no sería la última. Mientras se alejaban cruzando en el Canal de Chacao, a lo lejos se veía el humo sobre el atardecer de este nefasto día para los españoles, pronto sería el turno de Castro.

Capítulo VII

De cuando en la casa de la familia Alvarado, el Cura Bruno cuenta los pormenores de la Destrucción de Osorno y solicita información para conocer a doña Chifla

—Bueno —dijo el Cura Bruno mientras hablaba con la boca llena—. Lo que ocurrió en Osorno, fue que el cacique Cholchol y el toqui Curibeli, se enfrentaron a duelo para ver qué Toqui, de qué pueblo iba a comandar el ejército de la alianza
mapuche-huilliche
que debía asediar y destruir la ciudad de San Mateo de Osorno. Fue un duelo a caballo con arco y flecha —dijo, mientras la familia Alvarado seguía comiendo y escuchando atentos en la mesa.

En la habitación contigua, descansaba el Viejo Alvarado y en el segundo piso dormía la niña Rosita que no tenía más de tres años.

—¿Usted vio el duelo padrecito? —preguntó el Cholga.

—No hijo, el duelo entre estos fieros indios no lo vi en persona. Lo supe, porque los empleados de la parroquia de Osorno y algunos indios encomendados, llegaron a contarnos que se estaba efectuando un duelo entre el cacique Cholchol, líder Huilliche del Chauracahuin y el toqui Curibeli, lugarteniente del Toqui General Pelantaru, para ver qué ejército llevaba a cabo la destrucción de la ciudad de San Mateo de Osorno.

—El pueblo Huilliche, en realidad no tenía un ejército organizado como el imponente ejército mapuche liderado por Pelantaru, que con más de cinco mil soldados venía del norte de Osorno a destruir la última ciudad española que quedaba en pie al sur del río Biobío —contaba el Cura Bruno—. El duelo fue a caballo en una pampa cercana a Osorno, dicen que el jinete Curibeli era el más intrépido en todo el Reino de Chile. Cuando comenzó la justa, a

cierta distancia corrieron uno frente al otro para encontrarse en la mitad de la pampa, el otro jinete, Cholchol iba pasando frente suyo, cuando Curibeli se agachó a un costado de su caballo en movimiento, sujetándose con las puras piernas, con el caballo al galope y luego que el otro pasó a su lado, le ensartó una flecha con inmensa puntería en el cuello, cayendo al suelo muerto desde su cabalgadura —terminó de decir mientras se zampaba un buen trozo de carne ahumada.

—¡Qué buena historia! —dijo Luisito.

—Pero eso no es nada —dijo la mamá Chola—. Lo bueno viene ahora.

—Claro —dijo el Cura Bruno—, con este duelo el ejército de Pelantaru se ganó el derecho a llevar a cabo el asedio a la última ciudad de los españoles en el continente americano.

A partir de ahora, San Mateo de Osorno fue asediada por los cuatro costados y vigilada desde unas lomas llamadas Pilauco, donde Pelantaru y sus generales, Anganamon y Curibeli, podían ver todo lo que ocurría en la ciudad.

—Debe haber sido muy valiente e inteligente este Toqui Pelantaru para poder comandar tamaño ejército —dijo el Tosca llenando los vasos con licor de oro.

—Y muy inteligente sí, fíjate que tenía una enorme red de espías. Nosotros caímos en la cuenta que su red de espías también tenía gente dentro de nuestras encomiendas, incluso en nuestra misma Iglesia —dijo el cura Bruno.

—Sí, eso es verdad —dijo la mamá Chola—. En mi familia había gente que traicionó a sus patrones españoles y entregaba información a los espías de Pelantaru.

—Claro, de esta forma, esté poderoso ejército destruyó todas las ciudades españolas al norte de Osorno, hasta el río Biobío. Además, este viejo Toqui General era muy inteligente, se manejaba excelente con el español y las diversas lenguas araucanas, además sabía manejar muy bien el caballo y el arcabuz. Era un guerrero completo —dijo el Cura Bruno mientras engullía unos mariscos recién sacados de las conchas, aún humeantes.

—¿Y cuánto tiempo duró el asedio? —preguntó el Cholga, mientras se servía una nueva bandeja de milcaos y chapaleles.

—Duró cuatro años mijo, fueron los peores años de mi vida,

primero nos cortaron el agua, dejaron una dotación permanente de soldados en la puerta del convento que tenía acceso al río de las Damas, que era como nosotros conocíamos al rio Cudileufú, y con esto, no teníamos más remedio que arriesgar la vida por obtener un poco de líquido, para beber y cocinar.

—Luego quemaron nuestras siembras y raptaron nuestro ganado alrededor de la ciudad, con lo que hicieron grandes fiestas con mucha bulla en las Lomas de Pilauco, que se escuchaban desde la ciudad con enorme rabia y envidia —dijo el cura Bruno notoriamente afectado por sus recuerdos—. En esa época su padre era un joven al servicio de la Corona y de la Iglesia. Era un hombre valiente este Alvarado Viejo, pero los recuerdos de la guerra le fueron afectando la salud con los años.

—Una noche, el quince de enero del año mil seiscientos de nuestro señor, escuchamos bajar un griterío como de chivato hambriento, desde las Lomas de Pilauco y cruzar el río de las Damas, que lo llamábamos así porque pasaba justo por el costado del convento de monjas Clarisas y los indios se ocultaban detrás de los árboles a verlas desnudas mientras las monjas se bañaban. De pronto el terror se propagó por la ciudad, me levanté aterrado con el griterío y vi cómo se estaba quemando el convento. La silvadera era ensordecedora. A caballo, cinco mil soldados mapuches, weichafe les llaman ellos, con antorchas iban quemando todo a su paso, le prendieron fuego al convento de las monjas Clarisas y a las que escapaban con vida las raptaban al anca de sus caballos.

La noche transcurría sin sobresaltos en la casa de los Alvarado, mientras estaban en la mesa, el Cura se entretenía contándole a la familia estas viejas historias vividas en su juventud, mientras que afuera otra cosa estaba sucediendo.

La Volaora llegó volando en forma de bauda y se paró en la ventana del segundo piso que daba a la habitación de la pequeña Rosita, la cual estaba segura de no ser raptada mientras la Volaora no pudiera entrar en la casa. Sobrevoló el lugar y observó todas las ventanas, mientras en su interior se veía a los comensales escuchar atentamente las historias del cura. Observó a la familia comer el curanto a la luz de las velas. Era una tranquila noche de invierno. Afuera el viento mecía los árboles y producía suaves olas en la bahía de

Llau-Llao.
Mientras la bauda registraba todo con su mirada, el Cholga preguntó:

—Disculpe don Bruno que lo interrumpa en su interesante historia, pero al llegar nos dijo que traía malas nuevas desde Castro —dijo y el cura se volteó mirándolo a los ojos sin decir nada.

—No seas imprudente hijo —dijo la mamá Chola—, deja que el Padre termine de contarnos la historia de la destrucción de Osorno, después habrá tiempo para las malas noticias.

Mientras tanto, la bauda se cambiaba de ventana y seguía vigilando lo que ocurría al interior de la casa.

—Ya que estás tan interesado en las malas nuevas, más que en la historia de cómo tu familia llegó a Chiloé, les contaré…

—¡No padrecito! —dijo Alvarado, siga contando, tome, sírvase más licor de oro que trajo mi buen amigo el Tosca y dejemos las malas nuevas para después, quiero saber que pasó en Osorno — Alvarado miró al Cholga con un gesto de incomodidad como diciendo que no sea impertinente.

—La historia de la destrucción de Osorno es bastante larga, pero se las voy a resumir un poco para luego contar qué me trae por estos lados —continuó el Cura—. Los naturales comandados por el Toqui General Pelantaru, incendiaron la ciudad y los cristianos nos encerramos en un fuerte contiguo a la Plaza de Armas. El Fuerte estaba construido por una gran empalizada y era el único lugar donde no nos podían atacar. De pronto, los jefes del ejército mapuche entraron a la Iglesia Mayor en la cabecera de la Plaza y sacaron las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen y comenzaron a burlase de ellas.

Se vistieron con las ropas del sacerdote y amarraron la imagen de Cristo a uno de los pilares exteriores de la Iglesia, y comenzaron a escupirle y gritarle grandes improperios. En eso, decidí salir del Fuerte con un grupo de soldados que defendían la ciudad a rescatar las imágenes que estaban siendo profanadas. Vi toda la ciudad en llamas, en las calles mujeres y niños muertos. Nos enfrentamos en una dura lucha con los más grandes guerreros de la Araucanía, para salvar el honor de nuestras imágenes sagradas. Al momento que uno de los naturales tomó el cáliz de oro de nuestro señor, este estalló en sus brazos con grande fuego y los toquis se asustaron del poder

de nuestro señor, y se alejaron de la iglesia y le prendieron fuego. Fue inútil tratar de salvarla y en su retirada fueron quemando todo lo que se había salvado, la destrucción de la ciudad fue total.

—¡Qué terribles recuerdos Padre! Tómese un sorbo de licor de oro y descanse —dijo el Tosca sirviéndole nuevamente un vaso lleno.

—Voy a hablar mejor respecto de lo que vine —dijo él—.

El joven Cholga tiene razón, me he extendido más de la cuenta para hablar de lo que es mi visita.

Afuera la bauda escuchaba atentamente las palabras dichas por el Cura.

—Sucede queridos hermanos, que en Castro están sucediendo cosas extrañas, como les dije a mi llegada, ocurren cosas más allá de mi comprensión, cosas horribles.

—¿Qué más horrible que las cosas que nos está contando Padre? —dijo el Cholga nuevamente interrumpiendo.

—Sucede hermanos, que en Castro están desapareciendo niños menores de tres años. Hay rumores que es la Mayoría que los están secuestrando para sus funestos rituales satánicos.

—¡La Mayoría no es satánica Padre! Con todo respeto no creo que lo que haga la Mayoría le importe a Satán —dijo el Cholga presumiendo de sus conocimientos.

—¿No crees que es satánico entonces raptar niños para alimentar Invunches? —dijo el cura Bruno increpando la ignorancia del Cholga con el ánimo ya un poco enojado—.

¿Qué sabes tú de la Mayoría? Yo vengo en mi mejor voluntad a pedirle que tengan cuidado, que cuiden a la pequeña Rosita y se conviertan todos a la fe del señor Jesucristo. Que lo acepten como su legítimo salvador.

—Nuestra familia acepta con gusto las invitaciones de su persona a formar parte de la Iglesia padre Bruno —dijo Alvarado—. Esa es la voluntad de nuestro padre antes de perder la voz y la razón —terminó de decir y sirvió nuevamente una gran fuente de chapaleles y milcaos, mariscos y carne ahumada—. ¿Qué debemos hacer?

—Debemos tener fe en nuestro señor Jesucristo, hijos míos. La Mayoría es una organización poderosísima y si están ocurriendo estos hechos lamentables me espero lo peor —dijo el cura.

—¿Qué es lo que están tramando estos brujos? —dijo la mamá Chola.

—Según lo que se dice en el pueblo, están criando un nuevo Invunche. Esas son malas noticias para los que tienen hijos pequeños, porque para alimentarlo necesitan carne de niño pequeño o recién nacido —terminó de decir él cura y se escuchó el grito de una bauda en la tranquila oscuridad.

—¿Qué fue eso? —dijeron todos, con gran susto. Se levantaron de sus asientos y miraron para afuera por las ventanas sin ver nada.

—Es un mal presagio —dijo la mamá Chola—. El grito de la bauda trae malos augurios.

—Por eso necesito de sus servicios señora Millaray —dijo el Cura algo afligido, mientras retornaban todos lentamente a la mesa.

—Necesito que me diga cómo llegar donde la doña Chifla.

—¿Y para qué quiere ir donde la doña Chifla usted padre, que esas cosas no son del Diablo?, ¿qué tiene que ver un sacerdote de Dios con una machi a la que ustedes mismos equivocadamente llaman bruja? —contestó la mamá Chola algo ofuscada.

—Necesito cierta información señora Milla, necesito visitar a la señora Chifla y usted sabe cómo llegar allá.

—¡No sé na' yo! Hace años que no sé na' de esa señora y no me gusta involucrarme en esas historias padrecito, yo le he convidao a mi casa, con mucho respeto, lo he escuchao cada vez que viene y me he convertido a la religión católica como usted nos ha recomendao, pero después que Alvarao Viejo sobrevivió a la destrucción de Osorno y me raptó en Carelmapu, nos vinimos a trabajar arrancando de la Encomienda de su hermano en Castro y después de eso nos instalamos aquí en
Llau-Llao
a vivir tranquilos. Hace años que no practico nuestra religión huilliche, no ve que el Viejo me lo tenía prohibido, si ustedes los españoles dicen que esas cosas del nguillatún y el wetripantru son cosas del diablo. Yo no sé si serán ciertas, pero con esa machi yo no quiero tener na' que ver —dijo la mamá Chola, se levantó y salió de la habitación dirigiéndose a la cocina a mirar el fogón. El cura Bruno se fue detrás a insistir.

—Señora Millaray, necesito que me diga dónde encontrar a la vieja Chifla, solo ella me puede ayudar.

—En lo que se está metiendo usted padrecito es muy delicado, mejor vuélvase a su Iglesia y récele a su Dios no más, olvídese de esa vieja mañosa, esa ya debe estar muerta —dijo mirando y acomodando las brasas. Los demás se asustaron con el grito de la bauda y se quedaron en silencio.

El Cholga se acercó al Cura mientras le decía:

—Padre, si usted quiere yo lo llevo donde la vieja Chifla, yo sé dónde vive —y al decirle esto la mamá Chola dijo:

—Mejor volvamos a la mesa, aquí llevo otro plato de mariscos, sírvanse —y colocó un nuevo plato de mariscos, chapaleles y milcaos en la mesa y se sirvieron nuevos vasos de licor de oro y de papa mientras retomaban la conversación.

—Entonces Padre, ¿usted vio con sus propios ojos al Toqui Pelantaru? —continuó el Tosca, volviendo al tema anterior.

—Si hijo, lo vi frente a frente cuando entré a la Iglesia Mayor a rescatar nuestras imágenes sagradas. De pronto, crucé el umbral de la puerta y vi a ese enorme guerrero mapuche, alto y corpulento de penetrantes ojos negros, él me miró y me mostró su macana, que debe haber pesado unos cincuenta kilos, con la que podía matar de un solo golpe a un cristiano. Tenía un cinto rojo en la frente y varias plumas entre sus cabellos, no era tan joven como yo creía por su jovialidad, aunque debe haber andado por los cincuenta años era fuerte y ágil, rápido e inteligente.

—No sé cómo aguantaban el frío del invierno así descalzos y mal vestidos, eran unas verdaderas fieras. Comenzó a dar golpes a los pilares de la Iglesia, yo me hice para atrás y traté de disparar con mi arcabuz, pero esas armas de fuego siempre han sido tan lentas y la pólvora siempre estaba mojada. Pelantaru cerró la puerta de la Iglesia para que no pudiéramos entrar y llamó más refuerzos con unos silbidos en código.

—De pronto, fuera de la Iglesia nos vimos rodeados y tuvimos que emprender la retirada al Fuerte, cosa que era muy difícil porque ellos eran superiores en número y nos rodeaban. Salió Pelantaru y se paró delante de mí. Detrás de él la Iglesia comenzó a arder y me dijo: «Hoy morirán todos los cristianos de Osorno, ríndanse mejor, vamos a destruir su Fuerte y los vamos a matar uno por uno».

—Mientras decía esto sus soldados prendieron fuego al Cristo que tenían colgado y que escupían diciendo: «Ruéguenle a su Dios y

veamos si él los puede salvar de la muerte».

—Mientras me retiraba alcancé a disparar mi arcabuz y maté a uno de sus soldados. Esto enfureció más a Pelantaru y corrió hacia nosotros, que no éramos más de veinte mientras ellos eran miles. Me defendí con mi espada y antes de entrar al Fuerte, la lucha fue encarnizada. Estaba cansado pero el miedo le da a uno nuevas fuerzas, sentía rabia y temor hacia estos guerreros. Como pudimos, nos metimos en el Fuerte al otro lado de la cuadra y lo cerramos. Estábamos rodeados, por todos lados nos llovían flechas, era imposible estar afuera de las barracas. Ese día fue el último que vio la ciudad de Osorno, quemaron todo y nos envenenaron el agua y a pesar de eso pudimos soportar el asedio durante cuatro años.

—Que increíble que el Papá no nos haya contado nada de esto —dijo Alvarado.

—Su Padre nunca habló de esto —dijo la mamá Chola—.

Yo sabía partes de esta historia, pero no así como la cuenta el Padre Bruno.

—¿Y cómo aguantaron cuatro años? —volvió a preguntar Alvarado.

—Lo que ocurrió hijo, es de suma vergüenza, haber hecho eso me motiva a continuar mi lucha contra Satanás. A los araucanos y huilliches no los culpo, porque ellos luchaban por su tierra. Es Satanás el que se apodera de las almas de los débiles y por haber hecho lo que hice durante el asedio de la ciudad me he ganado las penas del infierno. Trabajar para el Señor contra los ángeles de la oscuridad, es lo único que me mantiene con fe y esperanza de que el Señor me perdone, les pido disculpas, les agradezco su hospitalidad, pero lo que pasó en ese Fuerte durante esos cuatro años es algo que no les puedo contar.

Capítulo VIII

De cuando el Cholga lleva al Cura Bruno a visitar a doña Chifla

El Cura Bruno y el Cholga se dirigieron al sur hacia Queilén, donde se creía que aún vivía la vieja Chifla. Se fueron a caballo y demoraron varios días sorteando ríos, quebradas y bordeando bahías.

—¿Ha escuchado usted joven Cholga, la leyenda de los niños decapitados de Queilén? —dijo el Bruno mientras su caballo, delante del caballo en que iba el Cholga, descendía por una pequeña quebrada entre helechos, pangues y moras por la espesura del monte chilote cercano al canal interior.

—Algo he escuchado Padre. Dicen que encontraron unos cráneos —dijo el Cholga, mientras rodeaban un enorme alerce que sacaba al pequeño río y a la quebrada, de su camino.

—Mire Padre, en esa choza vive la Vieja Chifla.

En la espesura del monte, entre alerces y cipreses, rodeada de quilas y helechos, gallinas y gatos, estaba la choza de la vieja Chifla. Al doblar la esquina de su casa, los viajeros la vieron sentada fumando recostada en una silla. La Vieja Chifla, al verlos aparecer, se levantó de un salto y los miró con cara inquisidora.

—¿Qué es lo que quiere un católico con una vieja solitaria y pobre? Les he escuchado toda su conversación, ¿qué los trae por aquí?

—Buenas tardes señora Chifla, la hemos venido a visitar en son de paz —dijo el Cura Bruno.

—Tía Chifla, mire, le he traído al padrecito Bruno que necesita hablar cosas muy importantes con usted. Él me pidió por favor que le mostrara dónde vive.

—Necesito hablar seriamente con su persona —agregó nuevamente él Cura, bajándose y amarrando su caballo, mientras la

vieja Chifla lo miraba de reojo con la pipa humeando en su boca. Están ocurriendo cosas graves en Castro y necesito consultarle su consejo señora Chifla.

—¿Y qué es lo que puedo enseñarle yo, señor curita que su biblia y su religión no le hayan enseñado?

—Le he traído estos tenedores de oro que es lo único con que puedo comprar su consejo señora Chifla —dijo él, y el asombro de doña Chifla hizo que con un sólo gesto la siguieran al interior de la rancha.

La verdad es que a doña Chifla más que le haya gustado vivir en la pobreza, era una especie de elección necesaria para no llamar la atención de la sociedad, y en especial de la Recta Provincia de los cuales era enemiga. Hacía años que se había peleado con los brujos de la Mayoría y se había refugiado en los bosques del sur de Chiloé en territorio de los chono, familiares del Cholga, quien conocía muy bien esos lares. Por respeto, el Cholga le decía tía a la vieja Chifla, quien era una avezada machi en las artes ocultas a las personas comunes. Lo que el Cura Bruno quería, tenía un alto valor espiritual.

—Tomen asiento, les serviré una agüita de llantén para reponer el viaje.

—Los sentí hace tres horas y escuché gran parte de su conversación. Supe que le interesa la magia, el chamanismo y la brujería señor…

—Bruno, Bruno Kulczewski, me llamo. ¿Y usted?

—Yo me llamo Chifla —dijo apurada y restándole valor a su nombre. Se acomodó frente al Cura, quien untó su té con miel y se la entregó al Cholga.

—Señora Chifla, le he traído estos tenedores de oro para pagar y demostrar la gratitud de atenderme —dijo y le acercó los tres tenedores de oro.

Doña Chifla los guardó y se sentó siempre apurada. Con su baja estatura, tenía una enigmática belleza. Su rostro, presentaba claros rasgos chono de tez morena, y sus ojos eran de un negro penetrante que mostraban las huellas de su raza ancestral.

—Señora Chifla, lo que necesito de usted es que me ayude a averiguar qué pasa con los niños de Castro de este último tiempo, que han desaparecido en circunstancias extrañas.

Nadie sabe qué pasó y me temo que también en otras localidades de Chiloé esté ocurriendo lo mismo.

—Eso no es ninguna novedad curita, lo que ocurre es que deben estar alimentando un nuevo Invunche. Los brujos de la Cueva de Quicaví tienen la costumbre, que cuando forman un nuevo Invunche, envían a sus Volaoras a ubicar niños menores de tres años, en todos los rincones más cercanos y lejanos de la isla. Luego las Fiuras se dedican a secuestrar los niños, para llevarlos a la Cueva de la Mayoría y los sacrifican.

—Claro, ¿eso explica que el grito de la bauda anuncie malas nuevas verdad?

—Sí, puede ser por eso y por otras cosas claro, la bauda es la Volaora, persona que es capaz de volar cuando está como pájaro, siendo humana solamente es una mujer flaca y alta.

—Nosotros escuchamos esa noche del curanto, el grito de la bauda en nuestra casa —dijo el Cholga—. No vaya ser que la Volaora esté espiando a mi hermanita Rosa para después secuestrarla.

—Hijo, lo mejor es que regreses a tu casa y cuides de tu hermana y cuentes esta información. Que cierren todas las ventanas —dijo ella, y el Cholga en el acto, se volvió rápidamente a su casa por el mismo camino por el que habían llegado.

—Ahora que nos hemos deshecho del niño, cuénteme ¿qué lo trae por acá señor Bruno? Esa información me imagino usted la maneja. ¿Lo que quiere saber es otra cosa verdad?

—La verdad señora Chifla, es que necesito que usted me ayude a entrar a la Cueva de los Brujos de Quicaví —cuando dijo eso, la vieja Chifla botó todo su té de llantén que tenía en la boca y se puso a reír.

—Jajá ¿usted quiere que le enseñe como entrar a la cueva?

—Ni yo sé cómo entrar allí pues tonto. ¿Cómo quiere que le enseñe eso?

—Pienso que hay que encontrar con las manos en la masa a esos brujos mientras sacrifican a los niños que secuestran —dijo el afligido Cura.

—Mire, para eso hay que saberse la contraseña y tiene que reconocerle el Invunche, si no, no hay manera de entrar.

—Pero usted estuvo ahí, me imagino que debe saber la

contraseña —dijo él presionando a la vieja.

—¿Y cómo sabe que estuve allí? Eso fue hace mucho tiempo, no quiero recordar esa época.

—Usted fue una gran bruja señora Chifla, usted me debe ayudar.

—Fui una machi señor, una machi es distinto de bruja.

Una machi no hace daño, sino usa el conocimiento para hacer el bien, para sanar, no para volverse rico y hacerle el mal a los demás, las malas vibras se devuelven señor, eso es algo que su mesías el señor Jesucristo les quiso enseñar y ustedes no quisieron comprender. Ahora andan cazando brujas y hechiceros, y eliminando todo lo que es diferente a ustedes. ¿Cómo sé yo que usted no me va a entregar al tribunal de la Inquisición?

—Entonces si usted sabe esos secretos, debe ayudarme, no hacer nada, igual es hacer daño, y algo hay que hacer contra esos malvados brujos. Le juro por la Virgen Santísima que no la voy a entregar al Santo Tribunal de la Inquisición.

Yo no soy un cazador de brujas, señora Chifla, yo quiero cazar al demonio.

—Pues para eso hay que consultar a un brujo. Para entrar a la Cueva, señor, hay que pasar por un proceso primero, hay que hacer algo que usted no está dispuesto a hacer.

—Dígame, yo estoy dispuesto.

—¿Está dispuesto así?, ¿sin saber lo que es?

—Estoy dispuesto. Quiero entrar en esa Cueva y desenmascarar a esos brujos de la Recta Provincia, por eso me vine desde Polonia, a buscar al demonio en persona y derrotarlo en nombre de Jesús. Se ha comentado allá en las Europas, que en el fin del mundo habita el demonio, que se ha escapado producto de la persecución inquisidora que se lleva a cabo en el mundo y que le han visto aquí en Chiloé.

—Pero para entrar a la Cueva señor, hay que transformarse en brujo y usted no está dispuesto a hacer eso.

—¿Cómo sabe usted? Yo estoy dispuesto a hacer lo que deba con tal de vencer a Satanás. En Europa se tejían muchas historias del Nuevo Mundo, incluso escuché historias que en el fin del mundo vivían pueblos que se comunicaban con Lucifer.

—Eso es un mal entendido solamente. ¿O usted cree que los brujos se comunican con su demonio cristiano?

—Hay cosas que usted tampoco comprende señora Chifla. Hay fuerzas superiores a nosotros, y una de esas fuerzas es el Demonio, usted no sabe lo que yo he visto, soy experto en exorcismos.

—¿Y usted cree que entrando a la Cueva va a ganar algo? ¿no será que lo que usted tiene es curiosidad más bien?

—Lo que quiero es desenmascarar a los brujos de la Mayoría. Hacerlos pagar por sus crímenes. En Chiloé están desapareciendo niños inocentes, ¿no le parece a usted eso un crimen?

—¿Qué sabe usted lo que a mí me parece? Por algo dejé a esos enfermos mentales, el poder los corrompe, cada Presidente de las Españas termina volviéndose loco y todo el mal que hacen se les devuelve después.

—Ese tal Chacho no lo hace nada de mal señora Chifla.

—No me hable de ese, no diga ese nombre aquí en mi casa.

—Cuénteme señora Chifla. ¿Por qué se salió usted de la Recta Provincia?

—¿Y por qué le tengo que contar mi vida a un desconocido? No sea imprudente y mejor váyase.

—Si me voy por esa puerta, usted vivirá con la culpa de no hacer nada por esos niños y sus madres. Que le ocurra de nuevo consumirse en la culpa señora Chifla —dijo el Cura y la vieja se largó a llorar. Hubo un largo silencio y ella golpeó la mesa de rabia.

—Me pone entre la espada y la pared —el cura le acercó tres tenedores más de oro, sin decirle una palabra. La vista de ella no se alejó del oro que veía. Pensó que si lo aceptaba, le alcanzaba para vivir tranquila varios años más. Recordó su pobreza, sus largas caminatas en el bosque buscando hongos de que alimentarse y astillas para hacer fuego. Pensó que con este oro, quizás podría comprar un poco de vino.

—Lo voy a ayudar sólo porque no puedo con mi culpa —dijo sin levantar la mirada de vergüenza.

—¿Qué fue lo que le hicieron señora Chifla? Si vamos a hacer esto juntos, debo saber que le hicieron esos malditos pelapechos.

—Yo siempre confié en ellos. Era una aprendiz de bruja y compartí muchos secretos de mi abuela machi con ellos.

La Cueva de los Brujos de Quicaví es una perfecta escuela de brujería, todo lo que se sabe se les enseña a los otros elegidos. Pero nunca pensé que iban a atentar contra mí —dijo la vieja secándose

las lágrimas—. Participé de sus aquelarres y sus orgías. En ese tiempo Chacho no era el Brujo mayor, era de menor rango. Yo era su amante, era una joven mujer todavía. En esas orgías me embaracé de él, yo sé que era de él.

Se lo dije en secreto para que me ayudara, pero me dijo que no, que él no era el padre y que ese niño debía morir. Se lo contó al jefe de la Mayoría en esa época, el viejo Pedro y se ganó su confianza con eso, nos traicionó a mí y a nuestro hijo. Cuando nació, me lo arrebataron y lo mataron para alimentar a su nuevo Invunche. Nunca creí que serían capaces de hacerme una cosa así, tuvimos una lucha, nos hicimos mucho daño, yo le quemé la casa y él casi me mata con un trabajo que me hizo. Me dio a beber unas raíces y estuve loca por mucho tiempo, anduve vagando por bosques y ríos, la gente se atemorizaba de mí, decían que mi llanto era mal augurio, con el tiempo y las lluvias me recuperé de mi locura, pero nunca me he recuperado de mi tristeza. Me refugié en estos bosques del sur, aquí cerca de esta caleta de Queilén, lejos de Castro y de esos Pelapechos. Si no fuera por mi talento, me hubiera matado ese maldito.

—Yo le voy a ayudar a hacer justicia señora Chifla.

—Pero para eso, debe hacer algo que no va a querer hacer, señor Cura.

—¿Y qué es eso que tanto teme decir, cómo sabe que yo no voy a querer?

—Porque debe sacarse el bautizo. Para entrar a la Cueva debe convertirte en brujo y para hacerse brujo debe sacarse el bautizo cristiano, es decir, debes renunciar a tu Dios, a tu religión, a tu Iglesia y a tus privilegios.

—¿Y no hay otra forma de entrar a la Cueva?

—Es muy difícil.

—Pero debe haber otra forma.

—¿Hace cuánto tiempo están matando niños de nuevo?

—Harán unos meses. ¿Cuánto tiempo va a durar esto?

—Esto puede durar años, curita. La razón por la que matan niños es que están alimentando a su nuevo Invunche.

Seguramente su antiguo Invunche estaba viejo, así que lo mataron y lo hicieron aceite para sus lámparas. Este nuevo Invunche debe ser un niño, al que lo alimentan con leche de gata

negra, carne de chivato del monte y de bebé. Por eso secuestran niños y los matan en su Cueva.

—¿Y usted me puede ayudar a convertirme en brujo?

—¿Está dispuesto a sacarse el bautizo cristiano? Eso le puede costar caro curita.

—Estoy dispuesto a lo que sea, con tal de hacer justicia contra esos mal nacidos.

—La Recta Provincia es poderosa curita, usted no podrá enfrentarse solo.

—Por eso mismo hay que destruirlos desde dentro, ganarse sus confianzas.

—Pero quitarse el bautismo no es lo único que debe hacer señor, hay algo más terrorífico.

—La escucho señora Chifla.

—Usted debe hacer pacto con el diablo —él se sonrió, en el fondo, esto fue siempre lo que quiso saber. En Europa, la Inquisición había eliminado a todas las personas con estos conocimientos, quizás él en alguna parte de su mente, se había hecho religioso para conocer estos secretos.

—Lo hago —dijo él, con determinación.

—Mire curita, hacerse brujo no es fácil. Es un proceso largo y caro. Nadie le va enseñar gratis tamaños secretos.

—¿A usted ya le pagué en oro? ¿qué más quiere?

—Hay cosas que no dependen de mí, señor. Hay cosas, terribles cosas que dependen de usted y del destino. Si tiene éxito, va tener un poder inmenso, si sale mal, el diablo le cobrará su alma y su Dios nunca lo va a perdonar por eso.

—Dios ya no me perdonó muchas cosas malas que he hecho señora Chifla. Yo estuve en el asedio de Osorno y en esa ciudad pasaron cosas por las que Dios ya no me va a perdonar.

—¿Entonces usted es un hombre sin fe?

—Mi fe es más grande que todo señora Chifla, y creo que de la única manera que Dios me perdone las cosas que he hecho, es trayendo justicia a Chiloé.

—Pero usted solo no puede, ni siquiera con mi ayuda.

Debemos buscar poderes más grandes que nosotros dos. Si acaso usted lograra hacerse brujo es uno más, contra cientos de brujos de la Mayoría. Chiloé está lleno de brujos, señor Cura, algunos que ni

usted ni yo sabemos que lo son, es más, hasta el más pobre pescador conoce secretos. Debemos buscar ayuda si queremos avanzar.

—¿Y cuánto tiempo me puedo demorar en volverme brujo?

—Eso va a depender de usted, pero de todas maneras son cuarenta días debajo de una cascada de agua cristalina, luego de eso el tiempo en completar el pacto va a depender de usted.

—Entonces no perdamos más tiempo —dijo él.

Capítulo IX

De cuando el Vikingo va donde la familia Alvarado a pedir ayuda para rescatar a su hijo secuestrado por los brujos

—¿Qué fue eso? —dijeron todos, con gran susto. Se levantaron de sus asientos y miraron para afuera por las ventanas sin ver nada.

—Es un mal presagio —dijo la mamá Chola—. El grito de la bauda trae malos augurios.

La bauda miraba a los Alvarado y al Cura comer el curanto, y los escuchaba conversar y en el momento en que dio su grito aterrador, emprendió el vuelo en plena noche, alejándose de la casa de la familia apenas iluminada por la luz de las velas. Llegó volando a su propia casa y comió sus tripas que estaban en una fuente de alerce. Inmediatamente se transformó en la hermosa bruja Lina, mensajera de los brujos conocida como la Volaora. Toda vestida de negro volvió volando gracias a su macuñ a la casa de los Alvarado cuando ya terminaba la noche.

Escondida detrás de la huerta, vio al Cura Bruno y al Cholga montar los caballos y dirigirse hacia el sur. Dentro de la casa seguían durmiendo durante esa mañana la mamá Chola, Alvarado Viejo, Luisito, Alvarado, la María y la pequeña Rosa.

La Volaora entró a la casa con artimañas de brujería y subió las escaleras hasta la habitación donde dormían la mamá Chola, Alvarado Viejo y la pequeña Rosa en su cuna. En silencio, tomó a la niña menor de tres años y se la llevó.

En la mañana, grande fue la tribulación de la familia al no encontrar a la niña.

—Fueron los brujos los que se la llevaron —dijo la mamá, llorando—. Anoche escuchamos el grito de la bauda, esa anda buscando donde puede hacer un daño.

—¿Y qué diantres vamos a hacer ahora? —dijo la María.

—Salgamos a buscar, la niña no debe estar muy lejos —dijo Luisito y salieron a buscarla infructuosamente.

La Volaora voló hasta su casa durante la mañana a través del monte. Acomodó a la niña en un chal y levantó su vuelo en dirección a Quicaví, a cumplir lo prometido al Rey de la Recta Provincia.

—Que la María no se vaya muy lejos —dijo la mamá, mientras buscaban a los alrededores de la casa sin resultados.

Miraron en el pozo de agua, en el baño de pozo negro, en el chiquero de los chanchos, en el gallinero, en la pesebrera de vacas y caballos, en la huerta, entre los botes y nada, la niña no estaba por ningún lado.

Alvarado acordó llamar al Tosca, su vecino y amigo a una reunión en la casa. El Tosca llegó todo mojado por la fuerte lluvia de invierno. Había un ambiente sepulcral, ya había pasado todo el día y la niña no aparecía por ningún lado.

—Si ese Cura no se hubiera ido con el Cholga donde esa vieja, podría habernos ayudado a encontrar a la niña —dijo Alvarado.

—El Cura sabe lo que hace —dijo la mamá Chola.

—Ahora lo importante, es saber qué vamos a hacer para encontrar a la niña —dijo Alvarado.

—Primero debemos saber dónde buscar, para encontrarla —dijo el Tosca.

—Lo que más me temo, es que se la haya raptado la Volaora para llevársela a los brujos. Eso fue lo que contó el Padre anoche, que era lo que estaba ocurriendo en otras partes —dijo la mamá Chola—. Que los brujos andaban raptando niños para alimentar su Invunche.

—¿Y dónde pueden hacer eso? —dijo la María.

—En su Cueva de los Brujos —dijo la mamá Chola—.

En la Cueva de los Brujos de Quicaví.

—Dios mío, pobre mi hermanita —dijo la María y se largó a llorar.

—No lloréis —dijo el Tosca—. Yo voy a ayudar a buscarla.

—Yo también voy —dijo Alvarado.

—¡Qué van ir ustedes! —dijo la mamá Chola—, si esos brujos son poderosos, además no se puede entrar en esa cueva, así como

así. No ven que está encantada. Los que la buscan se pierden y no la encuentran, pues terminan dando vueltas en círculo en esa playa donde se supone está y nunca la encuentran.

—Pero tenemos que pedir ayuda —dijo Alvarado—, algo tenemos que hacer.

—No podemos hacer nada, no podemos hacer nada —dijo el Viejo Alvarado sentado con la vista perdida.

—¡Habló! —dijeron todos.

—¿Papá, hablaste? dijo la María llorando.

—No les dije que hablaba, si este viejo se hace el leso no más —dijo la mamá Chola y en el momento el Viejo se quedó en silencio nuevamente y se puso nervioso.

De pronto se escuchó ladrar los perros, alguien tocó el portón y salieron todos a mirar. El Vikingo entró cansado y se desplomó sobre un sillón.

—He venido desde lejos buscando a mi amigo Tosca, y al no encontrarlo en su casa pasé a preguntar por él a los Alvarado —dijo el Vikingo cansado y evidentemente apesadumbrado.

—¿Qué te trae por aquí viejo amigo, buscándome con tanta vehemencia? —dijo el Tosca sirviéndole un vaso de agua.

—Los brujos han raptado a mi hijo —dijo este enorme hombre de cabellos y barba roja—. La Fiura ha vuelto loca a mi mujer, que vaga por los bosques buscando a nuestro hijo llorando muerta de pena. Yo andaba en las Guaitecas, trabajando la madera y cuando llegué a casa no encontré a nadie.

Me informaron los vecinos lo que le ha pasado a mi mujer, y no logro hacerla entrar en razón, se ha vuelto loca —dijo el hombre entre lastimeros sollozos—. Vine a pedirte ayuda viejo amigo —le dijo al Tosca mirándolo a los ojos.

—Te ayudaré en lo que necesites.

—Nosotros igual estamos en problemas —interrumpió la mamá —. Nuestra hija, la Rosita, una niña de tres años ha desaparecido.

—Fueron ellos —dijo el Vikingo—. Fueron los brujos, esos malditos. Ellos fueron los que se robaron a mi hijo de los brazos de mi esposa, mientras ella volvía a casa de noche.

Yo le he dicho que no ande tarde por el monte, pero ella no me hizo caso y ahora está completamente trastornada.

Tosca necesito tu ayuda. Necesito que me acompañes a buscar

esos brujos y matarlos.

El Vikingo, el Tosca y Alvarado partieron a toda prisa a caballo hacia Quicaví a buscar a los brujos de la Mayoría para hacerles justicia. Antes de eso la mamá Chola, conocedora de algunos secretos de brujería como todos los chilotes, los compuso, haciéndoles llevar la ropa al revés, poniéndole sal tostada en los bolsillos y rociándoles agua bendita en la ropa.

El camino era largo, por lo que debían pasar a Castro primero para buscar provisiones para el viaje. La ciudad española no quedaba muy lejos. El plan era sencillo, tratar de encontrar a los brujos y ajusticiarlos.

—Estos no saben lo que están haciendo —le dijo la mamá a sus hijos adolescentes, que se quedaron con ella. Luisito se quedó acompañándola y la María se fue a su habitación a llorar, temiendo lo que pudiera pasar con su hermano Alvarado y su enamorado el Tosca, quien a pesar de ser años mayor que ella, sabía mantener encendido el fuego del amor, en secreto.

—Debemos pasar a Castro a comprar charqui y harina tostada para el camino —dijo el Vikingo resuelto de hacer justicia por sus propias manos, mientras cruzaban las pampas y los montes en sus caballos debajo de un fuerte aguacero.

La Volaora llegó hasta la Cueva de Quicaví en la noche, y llamó a la puerta en la oscuridad del interior de la tierra. En la Cueva, los brujos estaban en reunión, y la Fiura estaba a cargo de la puerta mientras el nuevo Invunche crecía para hacerse cargo, pues todavía era un Chivato.

Este nuevo cancerbero crecía rápido, gracias a las artimañas de la magia con que era alimentado. La Fiura, era también la encargada de frotarlo con la hierba Picochihuin, que le hacía crecer cerdas gruesas en la piel. Al llegar la Volaora mencionó el santo y seña para entrar a la Cueva y la acción secreta que todo brujo debía conocer. Una vez adentro, debió esperar a que se desocupen las autoridades de la Mayoría.

—Mi señor no te puede atender Lina, pero puedes entregarme al bebé —dijo la Fiura que se hacía cargo de recoger los bebés que los distintos brujos traían a la Cueva, desde diversas partes del archipiélago.

Cuidadosamente planificada, la Cueva de Quicaví quedaba

ubicada en el centro del territorio chilote, que comprendía el archipiélago y todos los territorios adyacentes, incluidos las costas continentales, fiordos y canales. Debido a su posición estratégica, la Cueva principal de los brujos se ubicaba en el corazón de este inmenso territorio patagónico, el cual era gobernado por esta secreta organización. En cada zona, el Rey de las Españas, como se conocía al brujo mayor de la Recta Provincia, nombraba un Virrey que lo representara.

Y todos, Virreyes y mensajeros, Fiuras y Volaoras le debían respeto por temor y jerarquía al brujo Chacho, Rey de turno de las Españas y señor de la Recta Provincia.

—Señores de la Mayoría, Virreyes de las Españas y queridos camaradas, los he convocado a este Consejo extraordinario, para informar y planificar las acciones a llevar a cabo en estos tiempos que debemos enfrentar —dijo el brujo Chacho presidiendo el Consejo en la cámara de reuniones de la Cueva.

Los brujos escuchaban en silencio el comienzo del aquelarre, sumidos en una tenue luminosidad producida por las antorchas, que se alimentaban con aceite humano y formaban largas sombras en las paredes, cavadas en la tierra.

—Como ustedes ya saben, y tal cual hace algunos años, Chiloé está siendo visitado por corsarios extranjeros procedentes desde el sur. El sagrado Chayanco, nos ha mostrado el poderío con que estos señores del océano vienen armados.

Hablan una lengua que no es el español, por lo que sabemos no son católicos y me imagino, que si son los mismos que hace años visitaron Chiloé o sus descendientes, sus intenciones no son buenas. Quizás nos dirán que son nuestros amigos, que vienen ayudarnos en nuestra guerra contra el español, pero no es así —dijo el brujo Chacho.

—¿Pero, cómo sabemos que son los mismos que vinieron hace tantos años? —interrumpió el Brujo del Monte, Vicepresidente de la Recta Provincia.

—Esa suposición la podemos hacer por su bandera, miren y pongan atención —dijo Chacho y mostró el Chayanco a su lado y lo frotó con unas sales mágicas. De pronto, el Chayanco comenzó a mover su superficie líquida, a mostrar distintas elucubraciones de colores y texturas. Hasta que se concentró y mostró un buque

disparando fuego hacia unos palafitos, amplificando la imagen sobre una bandera color sangre y una calavera sobre dos huesos humanos.

La imagen se mantuvo unos segundos y luego se desvaneció, volviendo el líquido a quedar traslúcido, sin mostrar nada más que figuras de colores intensos y hermosos en la oscuridad de la cámara.

—Nuestros espías nos han informado que estos señores del mar, han atacado e incendiado el fuerte español de Carelmapu, con grandes artilugios de fuego. Vienen en una flota, penetrando las aguas de Chiloé y en su guerra contra los católicos tienen como objeto apropiarse de estas tierras del sur del reino —terminó de decir Chacho frente al Consejo de Brujos que llegaban a la docena. Todos representantes de las distintas provincias chilotas. Luego de esto entró la Volaora con la bebé recién secuestrada.

—Amado Rey, te traigo esta ofrenda en señal de mis respetos a la Mayoría —dijo y dejó en el suelo a la bebé que dormía gracias a las pócimas que le habían dado.

—Muy bien querida Lina, tú haces muy bien tu trabajo —dijo Chacho—. ¿Cuántos bebés ya han llegado? —le preguntó a la Fiura.

—Han llegado seis mi señor, desde distintas partes de Chiloé —contestó la horrenda ayudante de los brujos.

—Muy bien, que los vayan matando de uno y por orden de llegada. Con sus carnes y sangre alimenten a nuestro nuevo Invunche, para que crezca rápido y fuerte —dijo Chacho con crueldad.

—Tu trabajo querida Lina, será largamente recompensado.

Capítulo X

De cuando el Trauko seduce a la María

—Jue guacho, nos cagamos durmiendo —dijo Macuco despertándose con la luz de la mañana, tendidos en el húmedo pasto.

—Si guacho, estábamos cansados, oye Macuco. ¿Por qué no vamos donde tu Fiura a comer algo? Estoy hambriento y de aquí a que cacemos un Monito del Monte, me voy a morir de hambre —dijo Pompón.

—Si guacho tienes razón, yo también estoy cagao de hambre, vamos —dijo Macuco. Se levantaron y dirigieron al interior del bosque en dirección de la cueva de la mujer de Macuco, que a la vez era su hija.

—Oye guacho. ¿No has visto más a la Condená? —preguntó Pompón.

—No la he visto na', hace tiempo que no la veo a esa vieja.

—Jue guacho que eres malo.

—Ya, pero si tú hiciste lo mismo, con la diferencia que tú no cargas culpa porque esa Condená, la mamá de tu Fiura se suicidó —dijo Macuco.

—Sí guacho, así es la ley de la vida no más, a nosotros los Traukos nos gustan las niñas vírgenes y esa Condená ya estaba muy vieja.

—Si guacho, si cuando tomé a la Fiura de esposa a los trece años, la Condená se puso violenta así que con la Fiura nos fuimos a buscar otro árbol para vivir.

—¿Pero la Condená no los había encontrado? —preguntó Pompón.

—Sí, pero la Fiura le dio un remedio para que se le pase la pena, y el amor por mí, y con eso, como que se volvió loca y se fue lejos a vagar por los bosques —contó Macuco, mientras saltaban un

pequeño río sobre una hilera de piedras, apoyados en sus Pahueldún y en la otra mano sus pequeñas hachas.

—Oye Macuco, cuenta cómo fue la vez que le hiciste la maldad a la María Alvarado. ¿Eso fue hace poco no más parece?

—Si fue hace poco tiempo guacho. La estuve observando varios días. Yo sabía que cuando sus tres hermanos se iban de pesca antes del amanecer, con ese vecino el Tosca, la María quedaba más expuesta. Ese día, ella salió a juntar astillas en la mañana para hacer fuego y vio la cagada que le dejé en la puerta de la casa. Le dio miedo decirle a su mamá, no ves que le iban a prohibir salir sola, y así no iba a poder ir a ver a su vecino el Tosca, su enamorado. Así que limpió la cagada con tierra y siguió buscando astillas medio asustada. Más allá de la huerta y del pozo de agua, comenzaba la arboleda, se fue por allá por los baños, que es el mejor lugar para encontrar astillas, así que me oculté colgado de una rama del árbol del tique, allá al fondo de la arboleda donde empieza el monte espeso. Ella caminó por un sendero hasta la arboleda y de pronto, balanceándome en una rama del tique, me descolgué justo frente de ella. La miré a los ojos y la hechicé.

—Jue guacho la hiciste de oro con esa minita.

—Si guacho, me la hechicé de una, no vez que si ella me veía y no me miraba a los ojos, no le hacía el hechizo y se me espantaba, y ahí ya no la iba a poder hacer casi. Así que cayó en un sueño libidinoso y me la llevé al monte.

—Jue guacho. ¿Y cómo era ella?

—Era tierna guacho, estaba rica, como a nosotros los Traukos nos gustan las mujeres. Con el hechizo que le tiré, pude conversar con ella en su mente, en un trance, ella comenzó a extasiarse. Se recostó en el suelo y cayeron sus astillas al lado, siempre mirándome a los ojos. Se comenzó a tocar en sus partes íntimas, y a recordar el sueño que le soplé la noche anterior.

Esa noche, me di el trabajo de esperar que todos duerman, y trepé en una luma que llegaba justo a su dormitorio, en el segundo piso de la casa. Ella dormida, respiró mi aire que le soplé por la rendija de la ventana y se puso a soñar.

Después en el monte, recordó ese sueño morboso. Sácate la ropa le dije, y se comenzó a desnudar ya profundamente hipnotizada con mi aliento, en un trance lascivo, ella me miraba como si yo fuera

buen mozo, así que la desnudé por completo y comencé a besarle y chuparle los pechos.

—¿Y cómo eran?

—Eran pequeños y firmes, como los mejores pechos de novia del Trauko guacho —dijo Macuco y ambos se pusieron a reír.

Avanzaban entre las quilas y moras, evitando los caminos y las huellas del monte, para no ser vistos por ninguna persona y Macuco continuó su relato.

—Le besé el cuello y las piernas guacho. Jue que cosa más rica, y ahí entre las quilas y sobre el pasto húmedo de la mañana, le hice la gracia. La besé en su entrepierna, mientras los primeros rayos del sol de la mañana, iluminaban sus tersas carnes. De pronto, se escuchó la voz de su mamá, que la llamaba desde la casa y ella despertó del trance.

—¿Entonces no pudiste consumar tu gracia, guacho? —preguntó Pompón.

—Si pude guacho, como venía la mamá me quedé al costado de la niña, convertido en un montón de ramas de quilineja, como mi ropa y mi sombrero. La mamá no alcanzó a encontrarla desnuda porque la María se vistió rápidamente, y yo me acomodé y mimeticé entre las astillas que andaba recolectando y entre las dos, me metieron a la casa como si fuera yo un montón de astillas más.

Cuando se descuidaron, me escondí debajo de la escalera, esperé todo el día y con la oscuridad de la noche, subí hasta el dormitorio de la niña, le soplé un nuevo sueño lujurioso al oído y me metí en su camita tibia. Ella volvió al sueño húmedo, pensando que yo era un hombre buen mozo y me acogió entre sus suaves piernas. Yo le toqué su intimidad y comencé por fin, a hacerle la gracia debajo de sus sábanas y la embaracé.

—¡Bien hecho guacho! Así se le hace el amor a una doncella, que sepa quién es el Trauko.

Mientras contaban esto los Traukos, llegaron donde la Fiura esposa de Macuco que vivía en el interior del bosque húmedo de Chiloé, entre lengas y lumas, se adentraron en la espesura, donde los Traukos han vivido por años y generaciones, sin siquiera ser vistos por los hombres, salvo por las niñas. Se acomodaron en la pequeña cueva donde vivían, también hecha de quilineja y helechos secos, y entonces se alimentaron.

—Hola Pompón, ¿Cómo está tu Fiura Macuca? —preguntó Rakel, la Fiura de Macuco.

—Bien, ella está bien, anda donde los brujos de la Mayoría —respondió Pompón.

—Resulta que vimos con este guacho, unos barcos extraños surcar el mar allá en Cucao —dijo Macuco.

—Esa Fiura siempre ha tenido trato con los brujos —dijo Rakel, la Fiura de Macuco y los regañó—. ¿Esto es todo lo que hay de comer Macuco, hace días que no estás aquí y no traes comida? —dijo enojada, por lo que rápidamente Pompón del Monte y Macuco se pusieron a buscar naranjitas del bosque conocidos como digüeñes, que son unos hongos comestibles de la selva húmeda del sur de Chile, y a tratar de cazar el escurridizo Monito del Monte, un pequeño marsupial exquisito a las brasas.

Capítulo XI

De cuando doña Chifla lleva al Cura Bruno donde el brujo Jesucristo

—Entonces vamos a comenzar por tener en cuenta que yo no lo puedo volver brujo —dijo la vieja Chifla sirviendo unas papas con color a modo de cena.

—¿Por qué no, señora?

—Porque yo soy una machi, como le dije, usted debe visitar un verdadero Calcú, o lo que se piensa mal, es un brujo —dijo la vieja y continuó conversando con el Cura Bruno, dentro de su vieja choza en la espesura del monte, llena de musgos y líquenes, casi en pie, gracias a la acción de diversos árboles, daba la impresión que era parte del monte mismo.

—Un Calcú es quien hace magia negra, es decir es capaz de hacer el mal, de hacerle ese mal a usted, que tenga tratos con la Mayoría y tenga la capacidad de invitarlo a la Cueva de Quicaví, para ser presentado ante los brujos. Pero no se preocupe, yo lo voy a llevar donde uno de ellos.

Él quedó asombrado, su ansiedad se le notaba por completo, pero pensó que eso no lo beneficiaría en este tipo de asuntos, que debía relajarse y descansar.

—Imagino que a esta hora señora Chifla, no partiremos hasta donde ese brujo, llevo días de viaje.

—¡Ah!, pero alojar aquí le va a costar más caro señor —dijo la vieja y él sacó unas cuantas monedas de oro.

—Mañana partiremos a primera hora —concluyó ella, al recibir la paga sin dudar entre sus manos añosas y arrugadas, ya casi de pura piel y huesos.

—¿Dónde vamos a ir?

—No pregunte tanto señor, pase esas monedas para acá y descanse. Le ofrezco un vaso de chicha de arveja, ahora soy yo la

que le va a hacer algunas preguntas, tome, sírvase —dijo, mientras él se quedó tranquilo en la choza de la vieja Chifla, descansando y conversando a la luz de la fogata.

De pronto, luego de sentarse sobre un pequeño sillón, el cura comenzó a sentirse extraño. Su pensamiento se volvió profundo, sus oídos se amplificaron, su cuerpo le pareció laxo y se durmió.

Al otro día, se levantaron antes que salga el Sol y se dirigieron hacia un lugar llamado Quetalco. Se fueron en una antigua carreta que encontraron cerca de la casa de la vieja, tirada por el caballo de los Alvarado que lo había llevado al mismo cura y demoraron días.

—¿Me va a decir dónde vamos a ir? —preguntó el Cura, mientras avanzaban lentamente en la carreta, sentados los dos adelante, pues era una carreta de carga, hecha completamente de madera, incluso las ruedas. Permitía ir a dos personas cómodamente sentados en la parte delantera.

—No le puedo decir mucho, así que mejor cuénteme usted no más. Lo único que le puedo decir, es que allá donde vamos hay una tradición de brujos poderosísimos.

—¿Y qué quiere que le cuente? —dijo él Cura agarrado del costado de la carreta, dando saltitos incómodamente por la irregularidad de la huella del camino, evitando caerse.

—Quiero que me cuente, ¿qué fue eso tan terrible que cometió en Osorno pues, qué tanto fue lo malo que hizo, que su Dios no lo va a perdonar?

—No le puedo contar eso señora Chifla —dijo él, en el momento, la vieja detuvo el carretón en seco en la huella en mitad del monte, mientras el Cura salió volando para adelante y si no hubiese ido bien agarrado, se cae sobre el caballo.

—Si no me cuenta eso tan importante, no lo llevo a ninguna parte —dijo la vieja, resuelta a no moverse hasta saber la verdad.

—Lo que hice no se lo he contado a nadie señora, respete mis votos de silencio.

—¿Ni siquiera aún en confesión señor curita?

—Ni siquiera a una sacerdote señora, lo que hice no se lo puedo contar.

—¡Entonces nos regresamos! —dijo la vieja y se devolvió con las riendas, siendo evitada por él, que se abalanzó sobre ella y le dijo:

—Está bien señora vamos, se lo voy a contar —se sumió en su

asiento y respiró hondo. Miró los árboles y escuchó el canto de los pájaros y contó—. Resulta que cuando estuve en Osorno, trabajando para el Señor, allá en los años en que era un joven sacerdote, la ciudad fue sitiada por los ejércitos del toqui Pelantaru. Mapuches y huilliches se unieron para destruir la última ciudad española al sur del continente.

—Sí, he oído hablar de esa ciudad perdida, dicen que esa es la Ciudad de los Césares, que era hecha de puro oro —dijo la vieja continuando el viaje, ordenando con las riendas y el chicote que el caballo se ponga en marcha.

—Entonces los mapuche nos cercaron a los españoles en el Fuerte, en el centro de la ciudad, a un costado de la plaza y destruyeron e incendiaron la ciudad por completo, matando a cualquiera, corriendo lanza y cuchillo sobre cualquier cristiano, quemando y saqueando todo a su paso. Los mapuche en alianza con los huillcihe, se vengaron esa noche de todo lo que les habíamos hecho los españoles. Por todas las matanzas, todo el exterminio, a veces pienso que nos merecíamos todo ese daño, por este motivo, allí estuvimos años, encerrados en la empalizada, sin poder salir a la ciudad a buscar alimentos y no teníamos nada para comer.

—Se cuentan muchas historias de esa guerra que emprendieron los Weichafe[3] contra los españoles, pero cuente, ¿qué fue lo que usted hizo?

—Lo que hice fue terrible señora Chifla, estoy seguro que Dios no me va a perdonar esa acción.

—¡Cuente pues hombre!

—Resulta que no había nada qué comer, los guerreros mapuche, con lanzas y macanas nos dejaron sin alimentos y encerrados en esa empalizada. Al cristiano que salía lo mataban, le cortaban sangrientamente la cabeza, o lo llenaban a flechas hasta que moría en el suelo desangrado, así que en esas circunstancias, en esos terribles derroteros, no nos quedó otra alternativa, que alimentarnos de lo único que le está vedado al ser humano.

—¿Qué comieron?

—Sí señora Chifla, todos los días alguien moría de hambre y los mapuche nos dejaron morir de inanición, tuvimos que comer carne humana.

—Pero usted no está muerto pues señor.

—No, yo estoy vivo, pero por lo que hice no se merece el perdón.

—No le ponga tanta exageración señor, si usted está vivo no debe estar tan afligido, todo ocurre por algo.

—Es que yo me alimenté con carne de un bebé. En el momento que dijo eso, él se emocionó y soltó un par de lágrimas silenciosamente, secándose rápidamente el rechoncho rostro.

—Ocurrió que con el pasar del tiempo, nuestro encierro se fue haciendo más llevadero y comenzamos a tener una vida relativamente normal dentro de una empalizada. Resulta que una de las mujeres de un capitán, entró embarazada al Fuerte y cuando ocurrió lo de la destrucción y el incendio de la Iglesia Mayor, ella se puso muy mal. La guerra la impresionó tanto, que el bebé murió en su interior de pura tristeza, le repito, ella se puso muy mal. Anímicamente no era muy fuerte y se derrumbó en su moral. A ese asedio solamente los fuertes de cabeza pudimos resistir. Murieron cientos, si no fue de hambre, fue pena y angustia o miedo, y a los que salían en busca de algo, desesperados por el hambre, los guerreros de guardia que merodeaban el Fuerte los mataban. Con el tiempo, murió mi asco de comer carne humana y nunca pensé que iba a hacer lo que hice. ¡Santísimo Padre perdóname! —dijo él, visiblemente afectado cuarenta y tantos años después.

—Lo siento Padre —dijo doña Chifla adivinando la cosa terrible que le iban a contar, mientras guiaba el carretón.

—Comimos carne humana señora, comenzamos a comer el cuero de los zapatos, nos comimos a los animales, los perros, los gatos, luego de obviamente comernos las gallinas, cerdos, ovejas y caballos. Al principio pudimos sobrevivir, pero luego vino el hambre y con el hambre, la locura. ¿Usted sabe lo que es, no tener nada para comer? Tuvimos que comerla completa, con bebé y todo —Doña Chifla detuvo el carretón y se bajó obligándolo a bajarse.

—¿No se da cuenta? Usted ya ha comenzado el proceso de hacerse brujo, el mal espíritu lo llama, usted no puede evitarlo, usted no pierde nada, venga, sigamos nuestro viaje, sáquese esa sotana —le dijo, a un costado de la carreta y luego que él se la sacó, ella posteriormente la quemó.

El cura Bruno se quedó mirando cómo ardía su pasado, el pequeño rito duró solo un instante, luego apareció la mano de la

vieja Chifla, obligándolo a seguir el viaje por entre el monte. A veces las ruedas de la carreta se atascaban entre el barro y el pasto. Era muy difícil avanzar en la huella que ellos tenían por camino. A veces el pasto era tan tupido que daba la impresión que la huella no existía.

Después de varios días llegaron a Quetalco, lugar que no era más que un grupo de casas con una bahía al canal interior de la Gran Isla de Chiloé. La puerta de entrada observando hacia el sur, a los archipiélagos australes del pacífico occidental, junto a la Patagonia. El camino llegaba hasta la costa y alrededor había casas, todas hechas de madera. Quetalco era un lugar importante en la tradición de los brujos de Chiloé.

En su largo periplo, la vieja Chifla lo fue preparando psicológicamente para lo que significaba hacer lo que él quería, era un viaje de ida sin retorno, incluso en lo más profundo de sus convicciones humanas.

—Llegamos! —dijo la vieja Chifla y de un salto apurado, bajó del carretón y abrió la tranca de una vieja casa, que estaba a la vuelta de una calle secundaria. Ésta tenía un gran jardín antes de ella y estaba construida de dos pisos en madera de alerce con forma de tejuelas. Entre estas tejuelas muy resecas con los años, había una importante cantidad de musgo que mostraba la constante humedad de aquellas tierras.

En esta casa, vivía un brujo poderoso al que llamaban Jesucristo, por su parecido físico al mesías católico.

Alto y fuerte, de mediana edad, había alcanzado un gran poder por su extremada inteligencia, por lo que gozaba de una elevada jerarquía en la Mayoría. Distinguido con el rol de ser el Rey Debajo de la Tierra. En la Recta Provincia gobernaba el Rey que era el brujo Chacho y el Rey Sobre la Tierra que era el brujo Mancho y el Rey Bajo la Tierra que era este brujo Jesucristo, también conocido como Cochigua.

Este brujo, era famoso por sus poderes curativos entre los que se encontraban, profundos conocimientos en el uso benigno y maligno del zumo del Quilmai para las lombrices y externo para la sarna. También la Chaquigua como abortivo y emético o vomitivo. De esta forma, este brujo se valía de su conocimiento en hierbas y raíces, para poseer un poder absoluto sobre sus paisanos. Le decían

Jesucristo, porque muchos ignorantes creían él que hacía milagros.

—¿Qué te trae por aquí? ¡vieja tal por cual! —dijo el brujo Jesucristo, abriendo el portón de su gran casa de dos pisos.

—Te traje un trabajo, viejo Cochigua. Te traje un buen trabajo —dijo la vieja, sin entrar a la propiedad y sosteniendo del brazo al Cura.

—Te vengo a entregar a este europeo que se quiere hacer brujo —dijo la vieja Chifla y aventó al cura al lado del brujo Jesucristo, bajándolo de un empellón. Tomó su carreta y se fue sin decir nada más.

—¿Así que usted señor europeo, quiere volverse brujo, nada más y nada menos?

—Si mi señor Cochigua, si es que puedo llamarlo así —dijo y se inclinó frente al Rey Bajo la Tierra, que se veía más alto sobre la escalera de tres peldaños que separaban su propiedad de la calle.

—Usted llámeme Rey Bajo la Tierra, desde ahora en adelante, señor. Y cuénteme ¿qué le hace creer que yo lo puedo transformar en brujo señor? ¿cómo si eso fuera algo que se pudiera hacer? —dijo el brujo Jesucristo dando una vuelta y se fue. Pero el Cura lo atajó de un brazo y le dijo:

—Estimado, es que pienso pagarle muy bien.

—¿Qué me trae en pago de mis servicios?

—Tengo estos tenedores de oro, dijo mientras sacó cinco tenedores, los cuales mostró en señal de humildad.

—Interesante —dijo el brujo y sin voltearse del todo levantó una ceja para observar bien los sortilegios. Al momento, le hizo una señal con la cabeza para que entre y miró en todos lados y cerró el portón. Avanzaron por su jardín y llegaron a la casa de tejuelas de alerce. Había en el camino dos perros negros, uno sin cola y otro sin orejas. En el descanso de la casa había tres gatos, uno negro sin orejas, otro negro con orejas y uno manchado de plomo y blanco. Los tres entraron junto a las piernas del brujo haciendo malabares y refregándose.

—Mi nombre es Bruno Kulczewski —le dijo pasándole la mano mientras el brujo lo dejó con la mano estirada y se dirigió a su sala. Éste se sentó en un trono que estaba rodeado de un escritorio.

—Siéntese y cuénteme. ¿Cómo es eso que un europeo se quiere hacer brujo?

—He acudido a usted, por favor de la señora Chifla, con el fin de convertirme en brujo, porque quiero hacerme rico, pues desde que llegué a Chiloé me he mantenido en la mayor pobreza, señor Rey Debajo de la Tierra.

—¿Y de dónde viene usted, si lo puedo saber?

—Vengo de Osorno, señor, allá viví toda mi vida, desde que llegué de España con mis padres siendo un niño, los que eran de Polonia. He vivido por acá y por allá, pero en Chiloé preferentemente he vivido en Castro.

—¿Y cómo conoció a la vieja Chifla?

—Por uno de los hijos de Alvarado, de Alvarado Viejo, el mudo.

—¿De los Alvarado esos que viven en Llau-Llao? A sí, si conozco a ese viejo mudo, mejor que no hable ese condenado. ¿Y usted a qué se dedica señor Bruno?

—Yo soy herrero señor Rey.

—¿Herrero? Que interesante, usted sabe las artes del fuego entonces.

—Algo sé mi estimado Rey.

—¿Y para qué puede ser útil un aprendiz con conocimientos en fuego para una comunidad de brujos, señor?

Prefiero que se vaya de mi casa. Yo lo puedo hacer volverse brujo, pero ser admitido en la Mayoría, es otra cosa.

—Por aquí tengo otros cinco tenedores de oro, señor Rey Debajo de la Tierra, espero que con esto ayude.

—Es difícil, pero lo podemos intentar. Desde hoy podría usted comenzar un camino sin retorno señor Bruno. ¿Usted sabe eso no?

—Sí señor, si lo sé.

—Cuénteme, ¿está dispuesto usted a hacer daño a terceros y soportar todas las culpas del infierno? Su alma se perderá para siempre señor, usted pasará a trabajar para las tinieblas. ¿No es mucho pedir para un cristiano?

—Espero soportar todos los martirios del mundo con tal de salir de la pobreza, mi señor Rey Debajo de la Tierra, dígame lo que tengo que hacer y le aseguro que le pagaré muy bien, cuando sea aceptado.

—Le diré algunas prohibiciones básicas que todo el mundo sabe respecto de los brujos —le dijo mientras lo acomodaba en un sillón bajo una gran biblioteca—. Usted no podrá volver nunca más a

probar la sal ni en la Cueva ni en reuniones de la Mayoría, solamente en su soledad y con el lado superior de la mano. ¿Comprende? De esta forma —dijo untando de sal su mano por el borde externo.

—Sí mi señor, comprendo.

—No podrá volver a comer ajo, comprenderá que son varias las restricciones que sufre un brujo.

—Pero grandes los beneficios —contestó el Cura.

—Mire señor Bruno, desde hoy usted podría ser mi discípulo, yo seré su maestro y pasará por un proceso largo y cansador, solamente porque lo trajo la Vieja Chifla, quizás incluso usted se muera en el camino. Luego que terminemos con la inducción que podría durar años, debemos presentarlo donde el Rey de las Españas y la Recta Provincia, y por mano de él, recién usted será nombrado brujo, si es que usted se atreve a completar las pruebas que se requieren, por lo que muchas personas no se atreven a terminar este camino. Es muy difícil señor Bruno, son grandes las pruebas que se merecen.

Yo no sé, si usted logre sobrevivir a esto. Mire las pruebas que debe superar son de todo orden de cosas, de mucha fuerza mental y espiritual, a la vez que física —dijo el brujo Jesucristo, buscando unos libros y dejándolos cerca del Cura Bruno.

Capítulo XII

De cuando Brouwer con su flota no puede entrar a Calbuco debido a unos arrecifes y decide dirigirse a destruir Castro

Brouwer estaba enfermo. A pesar de su tos seca y su avanzada edad, su carácter no mermaba en lo más mínimo. Seguía siendo el almirante valiente y soberbio que tantos triunfos le trajo a la corona holandesa. Estaba en el despacho de su buque principal, el Ámsterdam, llamado igual que su querida ciudad capital de canales y puentes de piedra, pero su cariño lo demostraba de formas misteriosas.

Consabido su amor a su patria, había pasado el mayor tiempo de su vida afuera, en los océanos, en tierras lejanas e inhóspitas, en aguas inexploradas y peligrosas, había sorteado grandes tempestades, monzones en la India y huracanes en el Caribe, pero extrañamente no quería volver a Ámsterdam, la ciudad de los tulipanes. Sentía vergüenza de estar en tierra, en su patria en el reino de Holanda. Un tiempo lo intentó, pero se sentía mal, inservible, angustiado con esa angustia que sienten los marinos en tierra por la falta de mar, pues estaba acostumbrado a dirigirlo todo y odiaba la tierra firme. Le gustaban los barcos y los horizontes ondulantes, le gustaba ver solamente agua por todos lados.

—Señor almirante, aquí está el general Andrés Muñoz Herrera, español capturado en el Fuerte de Carelmapu.

—O lo que queda de Carelmapu —dijo orgulloso Brouwer, mientras sentaban al español capturado en una silla frente de él, en su despacho junto a su brazo derecho, el almirante y poeta Elías Herkmann.

El general español capturado era joven, de no más de cuarenta años. Éste sentado y cabizbajo, no miraba al rostro del corsario

holandés, se le notaba mucho que le tenía bastante miedo.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó Elías Herkmann que sabía algo de español y hacía de intérprete.

—Mi nombre es Andrés Muñoz Herrera, señor.

—¿Cuál es su rango? —volvió a preguntar Herkmann.

—Soy general, señor, general del Real Ejército de la Corona Española —respondió humillado.

Brouwer iba escuchando atentamente la traducción que Herkmann hacía del interrogatorio, tosiendo a veces y sin sacar la mano de la empuñadura de su mosquete. Cuando llegó el capitán Flory, el almirante Brouwer dio la orden que el yate explorador Delfín se dirija a la bahía de Calbuco, e inspeccione la ruta que seguiría luego la flota. Las órdenes de Brouwer se cumplían rápidamente y al pie de la letra.

—Cuéntame católico. ¿Qué pasó con la ciudad de oro que tenían los españoles en este territorio?

—¿La destruida ciudad de Osorno, señor? San Mateo de Osorno, fue destruida hace cuarenta y tantos años por los ejércitos del toqui Pelantaru.

—¿Es verdad que era una ciudad inmensamente rica?

—Sí señor, en proporción a sus habitantes era la ciudad más rica del Reino de Chile, incluso más rica que Santiago.

—La sorpresa de Brouwer fue mayor al escuchar la traducción que iba haciendo Herkmann, siendo lo último, lo que llamaría más su atención, llegando a mirarlo con asombro, levantando las cejas y moviendo los bigotes y los labios, mientras se tocaba la barbilla.

—¿Y qué pasó con la ciudad? —preguntó Herkmann.

—La ciudad fue destruida junto a otras seis ciudades señor, durante la gran sublevación de los mapuche, que comenzó en mil quinientos noventa y ocho, la destrucción de las siete ciudades, fue el capítulo más amargo en la historia del Reino de Chile, mi señor.

—Entonces son verdad las historias que cuentan de ese formidable guerrero Araukoe llamado Pelantaru. ¿Él vive aún?

—No señor, él ha muerto hace años, para la época de la destrucción de las siete ciudades, él ya era un hombre de madura edad, es más, yo no alcancé a conocerlo, pues llegué después de esos hechos, como refuerzo desde Lima a los puertos del sur del reino, para evitar nuevos alzamientos y mantener la frontera,

aunque la ciudad destruida no la hemos podido recuperar.

—¿Tan aguerrido son esos araukoes que destruyeron realmente siete ciudades a los católicos? A veces no lo puedo creer —dijo Brouwer.

—Ellos son fuertes señor, tienen una salud de hierro, duermen en la intemperie, resisten el frío y la lluvia descalzos, y con poca ropa, nunca se enferman y viven en un estado salvaje, creen en espíritus y no conocen mucho de España u Holanda.

—¡Qué formidables! ¿Y qué armas tienen esos naturales?

—Generalmente usan arco y flecha, lanzas y macanas, pero también algunos aprendieron a usar el arcabuz y el caballo.

Aprenden rápido las costumbres españolas, incluso existen muchos que se mantuvieron fieles a sus encomenderos españoles, sobrevivieron el asedio a la ciudad y hablan castellano.

Muchos se fueron con sus amos a Carelmapu y Calbuco, estos son considerados Indios Reyunos, y traen gran beneficio a los españoles que logran educarlos y evangelizarlos.

—Cuéntame español. ¿Dónde están los lavaderos de oro y toda la riqueza de la destruida ciudad?

—Eso no lo sé, señor.

—¿No lo sabes? —Y al momento en que Herkmann le tradujo eso a Brouwer, esté miró con profunda rabia al general español y lo golpeó de una bofetada que lo botó de su silla.

—¿Crees que me vas a entretener con tus historias de guerreros a pie pelado y ciudades de oro, y no me vas a dar la información que realmente me interesa? —dijo Brouwer enfurecido.

—No lo sé señor, de verdad no lo sé, no tengo idea dónde están los lavaderos de oro, ni las riquezas de los últimos sobrevivientes de la ciudad perdida. ¡Por favor créanme!

—Llévenlo a las bodegas, con las ovejas y cerdos que hemos encontrado —ordenó Brouwer y dijo—; a ver si entre la mugre de los animales se le refresca la memoria. No lo maten, lo necesitamos para canjearlo por nuestro hombre perdido en el combate de Carelmapu, su información nos será de mucha ayuda.

En el momento, el español fue trasladado a las bodegas del buque y Brouwer se sentó cansado y tosió un buen rato.

—Señor usted está muy enfermo, este frío le está haciendo muy mal.

—Tranquilo poeta, si es solo un resfrío. Yo soy un viejo lobo de mar. Mis instrucciones son; que si me pasa cualquier cosa, debes convocar al Consejo de Almirantes y abrir los pergaminos sellados de nuestro príncipe Mauricio, en ellos están las órdenes de cómo seguir con la misión en caso que me pase algo. ¿Entendido poeta?

—Sí señor, eso está claro, lo que me preocupa es que este español no nos fue de mucha ayuda y la salud de usted está cada día peor.

—Tranquilo poeta, tranquilo. Vamos a ir a Calbuco y luego a Castro, por de pronto seguiremos con nuestros planes. Desde Valdivia podemos formar expediciones buscando los lavaderos, para lo cual debemos hacernos amigos de los naturales de Chiloé y convencer a un buen número de ellos, que nos ayuden en nuestra empresa contra el español y nos acompañen a Valdivia, allá debemos fundar un Fuerte estimado poeta, esa ciudad es el punto de entrada por el norte a los mares del sur y de Chiloé. Desde allá podemos organizar algunas expediciones en busca de la ciudad perdida de Osorno y encontrar sus riquezas.

Brouwer, siempre tenía fe en su trabajo incansable y con su valentía inquebrantable que podría lograr los objetivos de su empresa.

Pasaron los días y el destino le tenía deparado otros derroteros. Durante esa tarde, la expedición cruzó el canal de Chacao en dirección a San Miguel de Calbuco. Brouwer pidió que al hombre capturado lo traigan a su despacho, desde donde podía ver todo el panorama del canal de Osorno, hoy Canal de Chacao. Por la izquierda se veía la vegetación siempre verde del continente americano y por la derecha se podía ver la gran isla de Chiloé, también extremadamente verde por su espesa naturaleza. La flota avanzaba lentamente. El panorama para los naturales que se acercaban a las costas a mirar era aterrador. Los buques holandeses eran más rápidos que los galeones españoles.

—¿Calbuco? —preguntó Brouwer.

—Kallfu ko —respondió el mapuche.

—Calfuco, sí Calfuco. ¿Queda hacia allá? —preguntó Brouwer señalando hacia la izquierda, es decir hacia el norte.

—No Kallfuco no ir, barco muy grande —dijo el mapuche en un castellano apenas comprensible. En seguida, Brouwer comprendió

que no era aconsejable navegar con toda la flota hasta Calbuco.

—Que mañana en la mañana se adelanten en el buque Eendracht a cargo de Elbert Crispijnsen y el bote grande del buque Ámsterdam, se adelante más con unos marinos para inspeccionar bien —ordenó Brouwer.

Aquí donde se encontraban, en la entrada del Seno del Reloncaví debían ser muy cautelosos, ya que navegaban vehementes por aguas desconocidas, pero Brouwer era experimentado, podía comandar una flota desde su cabina de mando y sabía sacar la mejor información de sus prisioneros, a pesar que su salud no estaba muy bien. Cuando vio que las condiciones climáticas estaban muy malas y la lluvia no cesaba, la flota se fondeó en Punta Coronel, en el lugar más angosto del Canal de Chacao para pasar la noche.

En la siguiente jornada, como al medio día, el almirante Crispijnsen y el mayor Blaeuwbeek volvieron con la siguiente información. Abrieron los mapas sobre la mesa de Brouwer y señalaron el norte del Golfo de Ancud, en el archipiélago de Calbuco.

—Señor, la ciudad de Calbuco está custodiada por un gran grupo de islas pequeñas, con innumerables canales que están llenos de arrecifes —dijo Crispijnsen.

—Incluso aquí, delante de nosotros, hay un gran arrecife que, si hubiésemos navegado una milla más, toda la flota hubiese encallado —dijo el mayor Blaeuwbeek.

—Sufrimos daño en el yate explorador en la falsa quilla, cosa que se está reparando, pero por ahora no podemos entrar por esta ruta hacia Calbuco mi señor —dijo Crispijnsen—. Ese es mi humilde consejo.

Durante el resto de la tarde Brouwer llamó a todos los almirantes de la flota y citó a consejo, el que se celebró en su despacho, en el buque Ámsterdam.

—Señores, nuestros adelantados nos señalan que en estos canales de Calbuco, existen infinidades de islas, islotes y arrecifes por lo que es imposible continuar —dijo Brouwer tosiendo constantemente.

—Propongo que desviemos nuestro camino y abandonemos la empresa de ir a Calbuco —dijo Crispijnsen.

—Es lo más aconsejable, señor —dijo Elías Herkmann, siempre

tan cauteloso.

—Sí poeta, tienen razón, dijo Brouwer tosiendo, cambiemos rumbo, vamos a Castro. A pesar de su mal carácter, era inteligente y se sabía asesorar bien del consejo de sus almirantes.

Capítulo XIII

De cuando Alvarado, el Vikingo y el Tosca se encuentran con doña Chayo

Alvarado, el Vikingo y el Tosca, se dirigían a Castro para comprar charqui y harina tostada para el viaje hasta Quicaví.

Querían ir hasta la mismísima Cueva de los Brujos a reclamarle el secuestro de la pequeña Rosita. Antes de entrar en Castro y seguir su camino hacia el norte, vieron una casa que se movía a lo lejos, en dirección occidente, tirada por varias personas y yuntas de bueyes.

—Ayudemos en esta minga [4] —dijo Alvarado y se acercó al galope hasta la casa.

Había varias personas trabajando en esta tradición chilota, de trasladar una casa familiar completa dentro de la isla o incluso por los canales del archipiélago de Chiloé, en la que se comprometían todos los vecinos y familiares del dueño de casa, en una época en que todos los favores eran devueltos.

Llegaron los tres jinetes y se presentaron al dueño de la casa llamado Renato.

—Dejadnos ayudar en vuestra minga —dijo Alvarado y se presentaron.

Su ayuda fue milagrosa, porque la casa se había quedado atorada en un río en el camino que lleva de
Llau-Llao
a Castro. El barro tenía atrapada una de las esquinas, la que estaba sumergida casi completa hasta la altura del piso de la casa, por lo que los bueyes no podían tirar de la minga. Si se aplicaba mayor presión la rueda no iba a subir y se podía romper.

Entonces el Vikingo se acercó y tomó la esquina con inexplicable fuerza y levantó toda la casa, sacándola del fango y luego pudieron avanzar.

—Muchas gracias señores, les dijo don Renato y siguieron

tirando la casa ahora con tres caballos más, pudiendo superar el barro del río. Avanzaron un par de kilómetros y se detuvieron a descansar.

—¿Por qué está cambiando su casa en pleno invierno señor?

—Preguntó el Vikingo, quién era conocido por su gran fuerza que superaba a la de varios hombres.

—¿No lo saben? Nos alejamos de la costa porque andan corsarios holandeses por los canales de Chiloé. Han llegado las noticias que destruyeron el fuerte de Carelmapu y se dirigen a Calbuco, y después vendrán a Castro —contestó el hombre.

—Esta casa es lo único que tengo, así que debo trasladarla antes que algo muy horrendo ocurra a la llegada de esos bandidos dijo don Renato sirviéndoles unos vasos de chicha de manzana.

—Cosas muy extrañas están ocurriendo hoy en día. Nosotros venimos de
Llau-Llao,
pero queremos ir en dirección de Quicaví, queremos reclamar a los brujos por una serie de desapariciones que han ocurrido en la isla últimamente —dijo el Tosca, sirviéndose el vaso de chicha.

—Los brujos me han robado mi hijo y han vuelto loca a mi mujer —dijo con mucha rabia el Vikingo.

—Han secuestrado a mi hermana menor también —dijo acongojado Alvarado.

Uno de los hombres que trabajaban junto a don Renato, se presentó.

—Mi nombre es Manuel, disculpen que me entrometa en su conversación, pero sin querer he escuchado todo. Lo lamento mucho por sus niños desaparecidos. Pero quisiera decirles que tengan cuidado con esos brujos. Hay algunos brujos muy malas ganas en Chiloé.

—¿Le han hecho algo a usted? —preguntó el Vikingo.

—Mucho daño, dijo Manuel. Mi vecino es brujo y me robó mi mujer, se la llevó con artimañas. Todos los días yo solía ver un gato negro parado frente de mi venta, mi mujer llegaba tarde y a veces no llegaba, decía que se quedaba donde su mamá.

—De pronto, comencé a quedar muy enfermo, hasta que caí en cama. Mi mujer un día trajo una empanada que le había regalado el vecino, a ese no lo quería nada yo, estoy seguro que sus empanadas

me cayeron mal, porque me comencé a sentir débil y me daba tanta fatiga levantarme. Lo que me han dicho es que mi vecino me mandó un llancazo.

Un día el gato negro, se metió con viento fresco para dentro de la casa, yo no lo quería nada al gato porque era de mi vecino y lo perseguí con la escoba, le alcancé a dar un escobazo en la oreja y se la volé del pencazo. Me va a creer que al otro día, apareció mi vecino con una oreja herida y con una tela ahí para que no sangre. Mi mujer con el tiempo se fue de la casa y se fue a vivir con el vecino a otro lado.

—No creo que saquen mucho en limpio al ir a alegarles a esos brujos —interrumpió don Renato—. De todas maneras, muchas gracias por su ayuda, sigan su camino y si los puedo ayudar en algo, en Dalcahue pregunten por la vieja Chayo.

—¿Quién es ella? —preguntó Alvarado.

—Ella puede ayudar —respondió don Renato y no se habló más del tema. Los tres subieron a sus caballos y se dirigieron a Castro, que no estaba lejos para luego volver hacia el norte y partir a Dalcahue. En Castro se aprovisionaron bien de charqui y harina tostada para el viaje.

A los días llegaron a Dalcahue, aún les quedaban unas jornadas para llegar a Quicaví, pero pasaron, por si acaso a preguntar por doña Chayo. En un pueblo chico como este, dieron de inmediato con la casa de esta señora. Era una casa muy pobre, en medio de un cerro al final de un pasaje secundario del pueblo, que tenía una vista privilegiada de la isla de Quinchao, donde se ubican varios pueblos entre ellos Curaco de Vélez. Llegaron y tocaron a la puerta, pero nadie les abrió. En un momento la puerta se abrió sola entre crujidos y un gato negro de una oreja los guio hasta el segundo piso a puros maullidos. En su habitación doña Chayo estaba en una cama postrada, la anciana estaba sola y sufría de alguna enfermedad propia de la vejez. Al escuchar crujir las tablas del segundo piso y las escaleras, se sentó un poco en la cama y vio los tres hombres entrar en su dormitorio tenuemente iluminado.

—Señora Chayo, venimos de Llau-Llao y necesitamos hablar con usted —dijo Alvarado respetuosamente.

La vieja machi hacia años se había pasado para el lado oscuro de la brujería y era una experta hechicera que sufría de una extraña

enfermedad que no la dejaba estar de pie, pero por algún maleficio tampoco podía morir.

Sus años de bruja y todo el daño hecho, la habían dejado sola, esperando y deseando una muerte que nunca llegaba.

Haciéndose que no veía, doña Chayo estaba en penumbras. El Vikingo prendió unas velas, mientras el Tosca tropezó con algo en la oscuridad que casi se cae, al moverse se descubrió un extraño brillo ante sus ojos, se había destapado al Chayanco de doña Chayo, uno de los espejos de los brujos en su pedestal de madera. Ella de un gesto, lo cubrió con una magia, como si esas fueran sus últimas fuerzas al mover una mano.

—¿Qué los trae por este pueblo a ver esta vieja moribunda? —dijo doña Chayo con una voz tétrica, como si su garganta se fuera a apagar. Era como un espectro, una verdadera muerta viviente.

—Don Renato Cárdenas nos dijo que busquemos su ayuda señora Chayo, que usted nos podría ayudar —dijo el Vikingo tomándole la mano extremadamente flaca, de una piel tan delgada que se le veían los huesos y las venas, pero extrañamente viva.

—Nos han ocurrido horrendas cosas que queremos discutir con los señores de la Recta Provincia y nos han dicho que usted nos puede ayudar.

—Hace unos días secuestraron a mi hermana menor de tres años —dijo Alvarado.

—Y hace varios días ya, mientras yo estaba en el sur por allá por las Guaitecas, volvieron loca a mi mujer y secuestraron a mi hijo, también menor de tres años, doña Chayo —dijo el Vikingo sumamente entristecido. La pérdida de su hijo lo carcomía por dentro.

—¿Y ustedes creen que esta vieja decrepita los puede ayudar?

—Eso fue lo que nos dijeron cerca de Castro —agregó el Tosca.

—Necesitamos plantarnos en la Cueva de los brujos y pedirles explicaciones —dijo Alvarado.

—Y llevarlos a la justicia, o hacer justicia por nuestras propias manos —dijo el Vikingo más ofuscado.

—Es poco lo que se pude hacer frente a esos brujos, son poderosos, demasiado poderosos —retomó la vieja.

—Al menos usted nos puede ayudar a llegar a la Cueva en Quicaví. Dicen que si uno no sabe llegar, se pierde y comienza a

caminar en círculos —dijo Alvarado.

—Lo menos terrible que les puede pasar es que se pierdan.

—Yo no les tengo miedo a esos brujos —dijo el Vikingo—. Pobre de aquel que se me cruce en mi camino, agregó amenazando con sus puños.

—Para ser recibidos por ellos, necesitan llevar el quemún —dijo doña Chayo.

—¿Qué es eso? —preguntó el Tosca.

—El quemún es algún dinero, animales, alimentos o algún presente que puedan entregarle al Rey, sólo así este les dará audiencia.

—Es decir, nos roban nuestros niños y más encima quieren dinero —dijo el Vikingo muy ofuscado.

—Yo tengo algunas monedas de plata, las tenía mi viejo escondidas en la casa, aquí las tengo —señaló Alvarado.

—Está bien mijo, guárdalas para cuando lleguen a Quicaví.

—¿Y usted qué nos va a cobrar, doña Chayo? —dijo el Tosca.

—Yo no les voy a cobrar mijo. O mejor dicho sí, pero cuando llegue el momento y de otra forma.

La anciana se levantó apenas, y al ponerse de pie, su altura no alcanzaba el metro, pues tenía una pronunciada joroba.

Tomó un bastón y caminó apenas, con la ayuda de los visitantes, mientras el gato negro de una oreja se refregaba entre las piernas de la anciana, quien lentamente bajó las escaleras y se sentó a la mesa.

Sorprendentemente, la mesa estaba puesta y el fuego prendido en la chimenea con algún artilugio. Lentamente doña Chayo iba mostrando sus grandes poderes.

—¿Y usted cree doña que el Rey ose recibirnos? —preguntó el Tosca.

—Si no nos recibe le destruyo toda la cueva —dijo el Vikingo.

—Sí, los van a recibir, no se preocupen, ahora lo que me importa es que tu Alvarado, ¿Cómo te dicen? ¿El Jote verdad? Necesito que tú me prometas que vas a cumplir tu promesa de hacer lo que yo te pida.

—Pero antes dígame qué es lo que quiere que hagamos.

—No te apresures y aliméntate, el viaje a Quicaví es largo y el esfuerzo será grande, come niño —le dijo la anciana acercándole unas presas de gallina recién cocinadas.

Cuando todos pensaron que iban a dormir y descansar, la anciana caminando apenas, los sacó de la casa e hizo que la siguieran hasta un bote que estaba en la playa, ahí subieron a la embarcación y navegaron, llegando antes que el amanecer, aunque todos sabían que eso era imposible debido al tiempo que se demoraron, tan poco y por lo tranquila que estaba la mar esa noche.

Por algún artilugio mágico, doña Chayo había viajado con ellos en la embarcación más rápido de lo normal por entre los canales chilotes. Durante la noche vieron miles de cuervos y baudas revolotear la embarcación, por lo que mejor se dispusieron a dormir tapados bajo un montón de paja.

Doña Chayo no era abandonada en ningún momento por su gato negro de una oreja, que los acompañó en el viaje. En el intertanto los pájaros revoloteaban sobre el bote, y ella molesta con tanto alboroto, de un solo movimiento de su mano derecha, barrió con los pájaros en el aire, los que huyeron despavoridos, aleteando y graznando, y se alejaron en la noche chilota.

Cuando llegaron a Quicaví, las primeras gaviotas revoloteaban en la playa entre los botes de los pescadores. En el intertanto, llegaron a un costado de la caleta y se bajaron, la anciana apenas podía caminar, pero tenía un desarrollado sentido de la orientación y sabía perfectamente el camino.

Caminaron a un mercado de abarrotes que aún estaba cerrado, doña Chayo abrió la puerta con un movimiento de su mano y pasaron atrás por unas bodegas y unos pasillos.

Llegaron hasta una oficina donde había un hombre desayunando y sacando cuentas, éste cuando vio a doña Chayo y se levantó a saludarla, pero se intranquilizó cuando vio a los tres forasteros.

—Buenos días abuelita Rosario. ¿Qué noticias la traen por aquí? —preguntó y saludó a los tres hombres con un gesto.

—Estos tres hombres vienen de muy lejos y quieren hablar con el Rey —dijo doña Chayo sentándose muy cansada por su extrema edad.

—El Rey no los puede atender en estos momentos, pero puedo atenderlos yo —dijo el hombre y continuó.

—¿Y dónde está ese maldito? —dijo doña Chayo.

—Él ha estado muy ocupado —retomó el hombre— pero hoy viene, tuvo que ir a Castro a ver unos asuntos, pero hoy llega en la

noche. ¿Podría decirme quiénes son estos señores?

—No puedo decirte mijo, estos señores necesitan hablar con el Rey y le traen un quemún.

—Bienvenidos entonces lo señores, si vienen con la abuela Chayo, entonces son bienvenidos en mi casa, pasen por acá —dijo el hombre—. Mi nombre es Mancho, siéntanse en su casa.

—Yo no voy a esperar más —dijo alterado el Vikingo.

—Dígame quién es usted y qué tiene que ver este señor con la Mayoría —dijo enojado mirando a doña Chayo, quien movió la cabeza mirando al suelo.

—Yo soy el Rey Sobre la Tierra —dijo el brujo Mancho—. ¿En qué los puedo ayudar? —Y sujetó al Vikingo que hervía de rabia, con un acto de hechicería y lo retorció en una silla, pero sin perder la compostura, manteniendo siempre una actitud muy gentil. Alvarado y el Tosca quedaron helados y petrificados, al ver el poder de este brujo, quién sin tocarlo, había manipulado la enorme fuerza del Vikingo.

—¿Por qué los ha traído aquí, usted está loca? —dijo el brujo Mancho a doña Chayo.

En eso, los tres forasteros se quedaron dormidos con el movimiento de una mano del brujo Mancho. Éste los dejó encerrados en la oficina profundamente dormidos. Luego doña Chayo desapareció.

Capítulo XIV

De cuando la María soñaba con el Trauko

La mamá subió al dormitorio de la María que se fue llorando tras la partida de su hermano, el Tosca y el Vikingo, para vengarse de los brujos que habían secuestrado a la pequeña Rosita y al hijo del Vikingo.

—Hija venga aquí, hablemos —dijo, mientras la María no paraba de llorar.

—¿Qué quieres que te diga mamá?

—Hija cuéntamelo todo. ¿Qué le ocurre? La he visto muy rara estos días. ¿No te estará molestando el Trauko, cierto?

—Si mamá, estoy mal, me siento mal.

—¿Qué te ocurre niña por Dios?

—Hace días que tengo sueños raros —dijo llorando, y la mamá se asustó mucho tapándose la boca.

—¿Qué has soñado pues mija?

—Sueño que viene un hombre hermoso, alto, me besa y me toca por todas partes.

—¿Y tú te dejas?

—Sí, yo no puedo evitarlo, es que en mi sueño, él me seduce y yo pierdo el control de mí. Tengo miedo mamá.

—Cuéntame qué sucede con el Tosca, yo me lo imagino, pero quiero que me lo cuentes.

—Nada mamá, nada si con el Tosca somos amigos —dijo la niña y siguió llorando con más fuerzas.

—Cuéntame la verdad hija, yo sé que no es solo amistad.

—¿Y qué saco de contarte? Se ha ido a buscar a esos brujos, capaz que nunca vaya a volver —dijo la niña entre sollozos.

—Pero ellos sí van a regresar hija, no te preocupes.

—No van a regresar mamá, tengo miedo que esos brujos le hagan algo malo al Tosca y a mi hermano.

—Cuéntame hija. ¿Esos sueños hace mucho tiempo que los tienes?

—Hace meses. Yo le conté al Tosca y justo antes que llegue ese Cura, la noche del curanto, él iba a pedirte mi mano para casarse conmigo.

—¡No puede ser!

—Pensamos que si yo me iba a vivir con el Tosca a su casa, el Trauko me iba a dejar en paz y tú ibas a estar más tranquila. Estábamos contentos de atrevernos a hablar con ustedes y yo sé que mi hermano mayor iba a decir que sí, ellos dos son muy amigos.

—Yo también me hubiera puesto contenta mija, pero las cosas salieron de otro modo —dijo la mamá y luego llamó al Luisito, y le dijo:

—Hijo, tráeme arena de la playa en un saco por favor, rápido.

Luisito entró y salió del dormitorio de la María sin saber qué estaba ocurriendo, mientras en la sala el Viejo Alvarado estaba sentado, abstraído en sus pensamientos y su silencio.

Luisito fue corriendo hasta la playa y volvió con un saco lleno de arena. Inmediatamente la mamá dejó un montón de arena en la puerta de la casa y colocó cenizas en montoncitos en las cuatro esquinas de la vivienda. Entonces tomó los cuchillos y tijeras de la cocina y los dejó en forma de cruz en diferentes partes, como en la mesa y en las sillas, debajo de las camas y en la escalera.

—¿Qué ocurre mamá? —preguntó Luisito preocupado.

—Estamos haciéndole la contra al Trauko, que anda molestando a tu hermana María —respondió la mamá y sentó a sus dos hijos que le quedaban, en la mesa para comer.

Pronto oscureció y con la noche llegaron los temores, y es que cada grito de algún ave podía ser un mal presagio. Al Viejo Alvarado lo acostaron y la María durmió con su mamá esa noche, para evitar al Trauko. Luisito había traído leña suficiente para pasar el frío y así, en la interminable lluvia de Chiloé, sumidos en incertidumbre y desesperanza, pasaron varias noches a la luz de las velas.

Una noche de aquellas, de pronto en la penumbra se sintió un ruido afuera, era como si alguien anduviera fuera de la casa. La María no había dormido casi nada, como todas las noches del miedo que sentía por los acontecimientos ocurridos. Con el ruido del

viento afuera y la mamá durmiendo a su lado, se levantó a mirar por la ventana, de pronto, en medio del silencio de la noche tocaron a la puerta. Con las pocas velas que quedaban no se podía ver nada. Luisito y la mamá se despertaron y los tres se acercaron a la sala a esperar y observar lo que estaba ocurriendo.

Miraban por la ventana y nada, estaban en silencio y se escuchaba el viento y el mar a lo lejos. Entre los árboles se escuchó el grito de un pájaro nocturno que los congeló de miedo, el pájaro emitió un ruido que sonaba como un escalofriante grito humano, pero corto y repetitivo.

—¿Oyeron eso? —dijo la María aterrada.

—Esa fue la bauda —dijo la mamá—. Ese pájaro es de muy mal augurio.

Todos se quedaron en silencio un momento intentando escuchar y cualquier sonido afuera los atemorizaba. De pronto se escuchó:

—Mamá soy yo, el Cholga —dijo mientras tocaba la puerta y todos se sintieron bastante más aliviados después del susto, y al momento que dijo esto, le abrieron la puerta y el Cholga entró todo mojado.

—¿Y por qué tiene arena en la entrada de la casa mamá, me estaba limpiando porque pisé esa arena?

—Eso es un secreto para espantar al Trauko que anda molestando a tu hermana mijo, pase pueh.

—¿Y dónde está mi hermano el Jote? —preguntó el Cholga mientras todos se quedaron en silencio.

—Mijo, lo que ocurre es que a tu hermana Rosa, la han robado los brujos —dijo la mamá y se largó a llorar.

—¿Y cómo ocurrió eso, mamá ustedes no le pusieron cuidado?

—No sabemos nada mijo, al otro día que te fuiste con ese Cura, la Rosita desapareció, nos levantamos en la mañana y ya no estaba. Los brujos la vinieron a sacar desde adentro de la casa, ya no estamos seguros en ninguna parte.

—¿Y el Jote, mamá?, ¿dónde está mi hermano?

—Él se fue con el Tosca y un amigo, al que también le robaron a su hijo, para pedirle cuentas a los brujos de Quicaví —dijo la mamá llorando, mientras le servía un plato de sopa caliente y un pan, secándose las lágrimas con el brazo.

—Come mijo, sírvete, y cuéntanos. ¿Cómo les fue a ustedes con

el curita?, ¿encontraron a la doña Chifla?

—Bien mamá, nos fue bien, sí la encontramos, estaba en su rancha que tiene por allá, camino a Queilén, el curita se quedó allá con ella hablando de sus asuntos.

—¿Yo no sé para qué te llevaste a ese viejo con esa bruja? —preguntó enojada la María—. Si no se hubiese ido él, quizás no habrían raptado a mi hermana, cuando ustedes salieron, fue cuando se metió alguien.

—Ya está bien mijos, mejor calmémonos, no quiero peleas entre ustedes, que ya bastantes problemas me han traído estos brujos. Hijo te cambias de ropa, te secas bien y descansas. Ahora todos nos vamos a dormir, ya que estés aquí mijo me deja más tranquila, por lo menos hay un hombre en la casa que pueda defendernos —dijo la mamá y todos obedecieron, apagaron las velas y se escuchó ese viento que sopla en la noche chilota, ese viento frío que viene del sur y que agita los árboles y hace crujir las casas de tejuelas.

La mañana siguiente, la tranquilidad fue interrumpida abruptamente.

—¿Qué te pasa mija? —dijo la mamá mientras María vomitaba en una fuente junto a la cama.

Capítulo XV

De cuando el Cura Bruno se lava el bautizo en un Traiguén y comienza el proceso de convertirse en brujo

El brujo Jesucristo llevó al Cura Bruno al monte, y se internó por una quebrada en la espesura verde del bosque chilote. Entre la verde humedad de quilas y pangues encontraron un río y lo siguieron hacia arriba hasta llegar a una cascada.

—Aquí pasarás tu primera prueba condenao, sácate la ropa —ordenó Cochigua, que usaba un pelo largo y castaño, tomado de un moño que le bajaba liso por la espalda. El cura Bruno temblaba de frío en pleno invierno húmedo de Chiloé y desnudo entre los helechos se paró debajo de la cascada.

—Debes estar 40 días aquí, debajo del agua del Traiguén, para sacarte el bautizo cristiano. Después de 40 días te vendré a buscar. Si renuncias, mejor ándate y no vuelvas más, si soportas, estarás aquí cuando yo vuelva y seguirás tu preparación —dijo sin más el brujo Cochigua y se fue, dejando al cura entumecido de frío bajo la gélida cascada de agua chilota.

—Debo resistir, debo resistir —se decía a sí mismo el cura, en su primera y terrible prueba.

Temblaba de frío con los pies tapados de agua, parado sobre unas rocas que le incomodaban, pero al tiempo comenzó a sentirse acostumbrado, tanto que al rato, ya no sentía sus pies ni sus manos, solo trataba de respirar mientras caía interminablemente el agua cristalina sobre su cuerpo. El frío le caló los huesos, la mente y el alma. Sentía como los pájaros cantaban y revoloteaban entre los canelos y las lumas. Poco a poco parecía que entendía el idioma de los animales. Lo más terrible estaba aún por venir. Ya hacía rato que el brujo Cochigua se había ido y comenzaba a llegar la noche y

con ella, el frío más profundo que puede un ser humano soportar. Así pasó, 40 días y 40 noches, hasta que al final llegó a un punto en que no sintió frío nunca más. Se olvidó de todo lo que había vivido y del dolor que sentía por lo que había hecho en el pasado, con la limpieza del bautizo también se estaba limpiando la culpa, sentimiento profundamente cristiano.

Ya estaba casi listo, pero faltaba lo peor. Al amanecer del día 40, volvió el brujo Cochigua, pero no lo sintió, si no que se le apareció de repente.

—Aguantaste viejo tonto —dijo mirándolo de frente a escasos centímetros en la cascada. Lo empujó para adentro de la cueva natural que se produce detrás de las cascadas y por fin el Cura salió del agua.

—Ya te sacaste el bautizo viejo porfiado, ahora viene lo mejor, vamos a mi casa. El Cura se puso de pie y caminó temblando de frío junto al brujo Cochigua que era más alto que él en dirección de su casa.

Estaba débil, cansado, pero orgulloso de haber cumplido la primera prueba.

—Parece que hay muchas cosas que los simples mortales desconocen —dijo el cura mientras hacían el camino de vuelta entre enormes pangues y raulíes.

—Así es no más —dijo Cochigua—. Y tú ingresarás al selecto grupo de hombres que lo conocen todo.

Llegaron a la vieja casa, cruzaron el jardín y entraron a la cocina, donde estaba la mesa espléndidamente servida.

—Come viejo aprendiz, debes estar muerto de hambre, pasaste largos días bajo el Traiguén para sacarte el bautizo. ¿Qué se siente dejarlo todo atrás?

—Me siento liviano, como si mi cuerpo no pesara nada, como si estuviera muerto.

—Estás muerto viejo gordo, muerto de hambre, jajá —dijo el brujo mientras el Cura se servía los alimentos, todos sin ajo y sin sal.

—¿Te gusta la comida sin aliños?

—No sé si me gusta, pero tengo hambre —dijo él y siguió comiendo toda la mañana. El brujo Cochigua lo dejó dormir la tarde y la noche, y en la noche siguiente lo despertó para seguir con su

preparación.

—Muy bien señor Bruno, despierte, ha dormido suficiente, ya es hora de seguir con su deber, venga conmigo —y fueron hasta el patio trasero de la casa, donde había un pequeño cementerio.

La costumbre chilota dice, que los cementerios son la morada de los muertos, por lo que las tumbas tienen forma de casas, pequeñas casas hechas a escala de las casas del finado, costumbre heredada de los antiguos mapuche. La luna llena dejaba ver bien en la oscuridad. De pronto el cielo se nubló un poco.

—¿Cómo ves viejo tonto?

—Veo bien —dijo el Cura asombrado.

—Ahora tendrás la cualidad de ver en la noche viejo sarnoso. Verás cosas que el ojo humano no puede ver.

—Esto es asombroso —dijo él—. ¿Por qué estamos en un cementerio?

—Déjame explicarte algo viejo degenerado. Tu transformación aún no ha terminado. Has demostrado valentía y coraje, fuerza física y espiritual, ahora debes demostrar lealtad viejo loco. Fidelidad conmigo primero y luego te llevaré donde el Rey de la Mayoría para que demuestres tu lealtad a la Recta Provincia.

—¿Qué debo hacer? —dijo mientras escuchaba ruidos de todo tipo en la lejanía de la noche.

—¿Escuchas mejor, viejo torpe?

—Sí, es increíble escucho todo a la distancia.

—Con el tiempo y la costumbre escucharás mejor aún, aprenderás muchos trucos y poderes que tú mismo debes practicar y fortalecer. Pero ahora debes pasar la gran prueba.

—La que estoy dispuesto a hacer sin miedo.

—Te traje a este cementerio para mostrarte algo. Aquí yacen mis antepasados, mis abuelos y bisabuelos, todos sepultados en este lugar. Debes matar a un ser querido, sacrificarlo y cuando lo hayan enterrado en un cementerio como este, por la noche antes que se enfríe completamente el cuerpo, debes sacarlo del ataúd y latigarlo con ramas de Chaura, recordándole las malas cosas que hizo en su vida, diciéndole en su cara de difunto las huevás que hizo. Luego, con mucho cuidado, le extraes la piel del lado izquierdo del pecho, primero, luego el resto de la piel.

—¿Y qué hago con ella?

—Ese será tu macuñ de brujo poh viejo inútil, no de lana como lo usan los chilotes, si no de piel humana. Ese será tu amuleto que te permitirá volar y que te protegerá de las armas de fuego.

Después que hayas obtenido tu macuñ, podrás transformarte en animal y ser nombrado en la Cueva. Cuando lo obtengas, nos veremos de nuevo.

El cura Bruno, ahora más confiado que nunca de su poder, se despidió del brujo y se dirigió a la casa de los Alvarado. El hogar más cercano donde tenía seres queridos.

Cuando llegó, los perros no le ladraron. El cura se acercó a los perros, le murmuró sus nombres al oído y en el acto los puso a dormir.

El Viejo Alvarado estaba sentado durmiendo solo en su mecedora en el frente de la casa. La María y la mamá estaba lavando ropa en el poso detrás de la huerta y él vio varias ropas tendidas en los cordeles. El Luisito y el Cholga andaban pescando. El Cura vio unas camisas del Viejo Alvarado colgada de los cordeles y las roció con Dengul, también llamado Degüll un arbusto de poderoso veneno tal como se lo había enseñado el brujo Cochigua. Les pasó a todas las ropas del viejo, las ramas florecidas del Dengul por aquí y por allá.

Luego se acercó sigilosamente al Viejo Alvarado que estaba dormido y le pinchó los pies con varias espinas de Mechay y se fue. Volvió por la noche ahora con sotana, cuando la familia estaba cenando y lo invitaron a la mesa. Luego que le contaron todo lo que había ocurrido con la niña Rosa, la mamá Chola le preguntó.

—¿Y a usted cómo le fue con doña Chifla?

—No, me fue mal —dijo el Cura Bruno—. Esa vieja me mandó con viento fresco a la punta del cerro —estaban conversando cuando el Viejo Alvarado comenzó a sollozar.

—¿Qué le pasará a este viejo loco? —dijo la mamá Chola y fue a verlo. Grande fue su impresión cuando vio a la luz de las velas al Viejo Alvarado—. ¿Qué son todas esas llagas en su cara? —exclamó la mamá Chola con asombro.

—Son como sarna —dijo el Cura—. Venga, cambiémosle la ropa —dijo y con gran esfuerzo tratando de no tocar su piel. Le pusieron las ropas que estuvieron colgadas en los cordeles afuera secándose y que el Cura había rociado con Dengul.

—Lo único que nos faltaba es que este viejo se nos enferme —dijo la mamá, mientras el viejo daba señales que algo le picaba por todo el cuerpo—. ¿Quién nos habrá tirado este mal de ojo? —dijo la mamá, frente a sus hijos que observaban desde afuera de la habitación.

Al otro día, el Viejo Alvarado entró en fiebre y las hierbas medicinales no sirvieron de nada para curar su enfermedad.

—Parece que a este viejo le han tirado un llancazo —dijo la mamá sentándose nuevamente en la mesa.

Al otro día el Viejo Alvarado amaneció muerto. Los velorios y funerales fueron simples y no llegó mucha gente. Se corría el rumor que andaban corsarios holandeses asolando las costas de Chiloé y que los brujos habían secuestrado ya, cerca de doce niños en distintas partes del archipiélago, por lo que la gente estaba temerosa de salir de sus casas.

Ese invierno fue especialmente helado. El Cura Bruno celebró misa en la capilla de
Llau-Llao
y mientras rezaba el Padre Nuestro, la cruz del señor Jesucristo frente al altar, se cayó de golpe, derramando las velas y armando un incendio.

Rápidamente sacaron el ataúd y salieron todos, hasta que las llamas consumieron toda la capilla. De esta forma sepultaron al Viejo Alvarado en el cementerio del lugar y todos se fueron a sus casas, entre una interminable y fina lluvia que caía de costado por la fuerza del viento.

El Cura Bruno se acercó silenciosamente al cementerio durante la noche, después del entierro del Viejo Alvarado, levantó la casita hecha de tejuelas sobre la tumba del anciano muerto y aún tibia lo desenterró.

El cementerio estaba completamente oscuro y los perros de las casas circundantes dormían plácidamente con el soplido que les dio el ahora aprendiz de brujo. Tomó el cadáver, lo limpió de la tierra negra del cementerio y lo desvistió. Sacó un cuchillo afilado y golpeó suavemente el cuerpo con las ramas de Chaura, insultándolo y diciéndole una serie de improperios.

—¿Te acuerdas viejo condenao, cuando te curabas con el Viejo Catrutro y entrabas borracho a tu casa con caballo y todo, y

golpeabas a tu mujer y tus hijos, con la guasca, te acuerdas conchas de tu madre? ¿te acuerdas cómo le robaste a tu hermano encomendero, animales y granos para irte con la niña Milla a vivir al sur, lejos de los españoles y de tu familia? ¿te acuerdas viejo desgraciado? ¿te acuerdas cómo te gustaba la carne humana allá en el sitio de Osorno, y me decías que la pruebe y que no tenga culpa, que peor era morirse de hambre, te acuerdas, viejo de mierda?

Y mientras le decía todas esas cosas, lo golpeaba con una rama de Chaura por todo el cuerpo difunto.

—¿Te acuerdas cuando te robaste a la niña Milla en contra de su voluntad y te la trajiste a Chiloé a vivir contigo, viejo maldito? ¿te acuerdas que la hiciste tu mujer contra su voluntad, la violaste viejo desgraciado?

De pronto, el cura en un acto insano, después de decirle todos esos garabatos al finado, tomó su cuchillo y sacó lenta y cuidadosamente, cerca de medio metro de piel de largo y unos 20 centímetros de ancho del pecho del difunto, con todo el cuerpo afuera de la tumba, entre decenas de otras tumbas.

Con mucho sigilo y gran cuidado guardó la piel tibia aun goteando de aceite humano, en una bolsa de cuero de vaca y se fue del cementerio helado y misterioso.

Al otro día la mamá fue avisada de lo que había pasado en el cementerio y volvieron a darle cristiana sepultura al cuerpo descuerado del Viejo Alvarado. Toda la familia Alvarado rompió en llanto al enterarse que su cadáver había sido profanado por un Pelapecho.

Capítulo XVI

De cuando La Mayoría decide quemar Castro y en la Cueva de Quicaví invisten al Cura Bruno de brujo

En la penumbra de la cámara de reunión de la Cueva de Quicaví, transcurría el consejo de los brujos de la Mayoría.

—Entonces está decidido —dijo el brujo Chacho—. Si estos corsarios vienen hacia el sur y son divisados a la altura de Dalcahue en dirección de Castro, vamos a quemar la ciudad.

—Lo último que podemos permitir, es que estos extranjeros se apoderen de los tesoros que tenemos en Castro —dijo el brujo del Monte, Virrey de la Recta Provincia.

—En estos momentos deben andar por Calbuco, y allá se van a entretener al menos una semana. Todavía tenemos tiempo de dar el aviso y de proteger nuestras casas —dijo el brujo Chacho, Rey sobre la Tierra.

—¿Y qué pasa si no entran en la bahía de Calbuco? —dijo el brujo Mancho, un poco más precavido.

—¿Por qué no habrían de entrar? ¿Su intención es quemar todas las ciudades y fuertes a los españoles de Chiloé? —preguntó el Brujo del Monte.

—No podemos arriesgarnos a que entren o no entren en Calbuco. Debemos actuar ya —dijo el brujo Chacho siempre más decidido.

—Opino lo mismo —dijo el brujo Cochigua, conocido como Jesucristo, Rey Debajo de la Tierra.

—No se hable más —dijo Chacho mostrando su autoridad—. Qué se coloque un punto fijo de observación en la isla de Quinchao. Si se les ve pasar a la flota de corsarios extranjeros, cruzar hacia la bahía de Ancud hacia el sur, que se dé la orden de quemar Castro

inmediatamente.

Desde ahora mismo deben sacar todas las pertenencias de la ciudad y guardarlas en las catacumbas y mazmorras debajo de ella, para eso mandamos a construir esos túneles debajo de Castro. Recuerden mantener esta decisión en secreto y tener el mayor celo de las autoridades españolas. Los brujos de la Mayoría vamos a quemar Castro y no le vamos a entregar ni una libra de oro o plata a los corsarios extranjeros.

Vamos a dejar que se entretengan con los españoles, nosotros vamos a velar por nuestros intereses —sentenció Chacho y las discrepancias fueron convencidas a su favor, lo que una vez más demostró porque él era el Rey de la Recta Provincia y principal jerarquía entre toda esta diversidad de brujos chilotes—. ¿Alguien tiene algo más que agregar antes de levantar la sesión? Me parece que ya está amaneciendo —agregó Chacho.

—Yo mi señor —dijo el brujo Jesucristo— solicito permiso para preparar un principiante, desde hace unos días tengo un aprendiz. Lo tengo bajo el Traiguén cerca de Quetalco. Una vez que termine los cuarenta días bajo el Traiguén, le ordenaré terminar con el proceso de transformación en brujo, por lo que solicito audiencia en la próxima reunión para presentarlo frente a la Mayoría.

—¿Y pagó su quemún? —preguntó el Rey Bajo la Tierra.

—Sí, mis camaradas, aquí está —dijo y depositó los seis tenedores de oro sobre la mesa.

—¿Y quién te lo presentó? —dijo Chacho.

—Me lo llevó la Vieja Chifla. Me lo entregó fuera de mi casa y se fue.

—Esa vieja condená, no es de fiar —aseveró Chacho—.

¿Quién es este aprendiz?

—Dice llamarse Bruno, es de Castro y se dedica a la herrería. Ya está por terminar sus días bajo el Traiguén, ha presentado una voluntad enorme en hacerse brujo, dice no tener familia.

—¿Alguien conoce algún herrero llamado Bruno en la ciudad de Castro? —preguntó Chacho. Nadie dijo nada y todos movieron su cabeza —bueno si se saca el bautizo y confecciona su macuñ, lo traes y vamos a ver si nos sirve de algo este aprendiz tuyo. Se levanta la sesión —dijo el brujo Chacho y los demás se dirigieron a sus casas a descansar, volando con sus macuñ de piel humana,

necesariamente antes que termine el amanecer y salga el Sol, pues el macuñ solo sirve de noche.

Pasaron varios días y noches en la Isla de Chiloé, y ocurrieron varias cosas por lo que Chacho convocó a un nuevo consejo.

—Los he convocado nuevamente señores brujos, porque se vio la flota de corsarios extranjeros surcando las aguas de la bahía de Ancud en dirección sur y traspasar la altura de la isla de Quinchao —dijo Chacho. El asombro de los presentes se transformó en un murmullo—. He dado la orden de quemar Castro antes que los corsarios lleguen a su destino.

—Afortunadamente ya nos habíamos anticipado y sacamos nuestras riquezas y nuestras familias de la ciudad —dijo el Rey Sobre la Tierra.

—Ahora lo que debemos decidir en este consejo, es saber que represalias vamos a tomar contra estos corsarios extranjeros —dijo Chacho.

—La idea es que no le queden ganas de volver a venir a Chiloé —dijo Jesucristo, Rey Bajo la Tierra— pero debemos utilizar nuestras artes, puesto que en un enfrentamiento bélico ni los españoles están en condiciones de hacerles el peso.

—Opino que le demos un regalo a estos corsarios, especialmente al líder de la flota y que este regalo le sirva de escarmiento para que pague un alto precio por decidir venir —dijo el Brujo del Monte.

—Opino lo mismo, yo me puedo encargar de prepararle un presente de valiosa cuantía —dijo el brujo Jesucristo, Rey Bajo de la Tierra. Ustedes saben camaradas que soy especialista en entierros y esas artes.

—Esa idea me parece bien, serás el encargado de prepararle un presente al almirante de la flota y que no le queden ganas de volver por Chiloé.

—¿Alguien tiene otra idea? —preguntó Chacho. Nadie dijo nada.

—Hoy les he traído camaradas, un discípulo que ha llevado al pie de la letra los requerimientos para convertirse en brujo, aún debo enseñarle algunos trucos y con el favor de ustedes, si lo reciben en nuestra familia, podemos decir que tenemos un nuevo brujo en Chiloé —dijo el brujo Jesucristo, Rey Debajo de la Tierra —. Les pido el favor de aceptar, presentarles al aprendiz que tengo, llamado Bruno.

—Tráelo ante nosotros —dijo Chacho, por lo que una de las Volaoras presentes en el consejo, salió rápidamente a buscar al Cura Bruno que estaba sentado junto a un árbol afuera de la Cueva, en la profundidad de la noche escuchando los rugidos de la mar, sin que él supiese donde estaba.

—La Mayoría lo llama —le dijo la Volaora y el Cura entró por fin a la Cueva de los Brujos de Quicaví.

Tuvo que subir hasta la mitad de un acantilado y detrás de unos arbustos de quilmay, entró a un túnel natural en la tierra. Ante la puerta estaba el joven Invunche, que ya a estas alturas había crecido un poco con maléficas artimañas, alimentado de carne de niño, y leche de gata y chiva, y observaba todo lo que ocurría.

—Chivato —le dijo la Volaora al Invunche—, la Mayoría lo ha llamado a su presencia en el consejo, déjale entrar. El Invunche se apartó de la puerta dejando pasó al nuevo brujo.

Entró al salón del consejo y lo sentaron a la diestra del brujo Chacho. Inmediatamente éste le sirvió un vaso de zumo de quilmay, con lo que el cura Bruno entró en un trance que le hizo perder la memoria y el juicio, quedando en un momentáneo estado de hipnosis.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Chacho.

—Mi nombre es Bruno Kulczewski.

—¿A quién mataste para convertirte en brujo?

—Al Viejo Alvarado, mi mejor amigo de Llau-Llao.

—¿Quién es tu maestro?

—El brujo Jesucristo es mi maestro, el Rey Debajo de la Tierra.

—¿Has visto al diablo en persona?

—Sí, lo he visto, en el bosque del Traiguén. Una noche cuando estaba lavándome el bautizo, vino una sombra y con un canto de pájaro me dijo que lo debía servir, que ya no me iban a hacer nada el fuego, ni el frío, que ahora él era el dueño de mi alma.

—¿Y renunciaste a Dios, a su hijo Jesús, a la Virgen María y a toda su Iglesia?

—Si renuncio a Dios y a todo aquello.

—¿Y por qué te quieres hacer brujo?

—Para obtener riquezas señor. He vivido toda mi vida en la pobreza y no quiero pasar necesidades nuevamente el resto de mi vida.

—Bien, entonces traigan el bebé —ordenó Chacho y las Volaoras corrieron a traer una pequeña bebé que había llegado hace unos días a la Cueva y que había sido alimentada con leche de gata y de chiva.

La bebé estaba dormida, la pusieron sobre la mesa y Chacho se la entregó al aprendiz de brujo. Solamente le faltaba esta prueba al cura para transformarse en uno de ellos.

—¡Mátala y bebe de su sangre! —dijo Chacho y el Cura olvidado de sus votos y sus juramentos cristianos, tomó un cuchillo de plata que le alcanzaron para tal efecto y la mató, cortándole la garganta.

Un grito seco se escuchó en Quicaví. Las viejas del pueblo cerraron sus ventanas, los extranjeros no supieron qué había sido ese grito en la noche. Brouwer en su barco se sintió más enfermo. La mamá Chola en su casa despertó de una horrible pesadilla. La Vieja Chifla vio en el fuego y en las brasas, que el Cura había sucumbido al poder de la Mayoría.

—Tu nuevo nombre será el de brujo Chuno —le dijo el Rey Chacho—. Desde ahora serás conocido con el nombre de Chuno —continuó el Rey, y tomando la bebé muerta, la levantó y bañó a Chuno con su sangre caliente mientras éste bebía la sangre de la bebé. Ese fue el final de su bautizo de brujo.

Con las carnes de la bebé, alimentaron al Invunche. Se levantó el Consejo y el brujo Mancho que tenía cautivo al Tosca, al Vikingo y Alvarado, llamó al Rey Chacho aparte.

—Mi señor, debo informarle de una situación compleja.

—Dime.

—Venga debo mostrarle algo —dijo y llevó a Chacho a su casa donde tenía amarrados a los tres amigos.

—¿Quiénes son estos? —preguntó Chacho—. ¡Pero si no es mi viejo amigo el Vikingo! —continuó irónicamente reconociendo a su antiguo enemigo.

—Estos tres vinieron con doña Chayo, dicen que quieren saber que ha pasado con unos niños desaparecidos.

Ninguno de los tres se podían mover, debido a las amarras y las mordazas en la boca que no los dejaban hablar.

—¡Esa vieja tal por cual! ¿Qué se tiene que andar metiendo en nuestros asuntos?

—Yo me meto porque quiero —dijo doña Chayo, apareciéndose

detrás de Chacho—. Estos hombres tienen derecho de saber de sus niños —dijo y de un movimiento de su mano, cerró la puerta de la pieza donde estaban para que no entre nadie más.

—Abuelita Rosario —dijo Chacho—. ¿Usted qué hace levantada por acá?

—Yo traje a estos hombres porque me pidieron ayuda para saber por sus niños.

—Pero abuelita, usted no debe levantarse, no ve que se puede caer.

—Más respeto con tu bisabuela niño, puedes ser el Rey de la Mayoría y tener todos esos pelapechos a tus órdenes, pero todavía eres mi bisnieto y a mí me respetas mocoso, no olvides que todo lo que sabes lo aprendiste de mí.

—Pero abuelita, usted no tiene que meterse en los asuntos de la Mayoría, no ve que estos brujos son muy traidores.

—Cierra la boca mijo. Y tú, desata a esta gente —ordenó doña Chayo al otro brujo y éste en un movimiento, desató a los tres amigos. En eso, el Vikingo se le abalanzó con fuerza bruta sobre el brujo Mancho y cayeron sobre un mueble rompiendo todo a su paso. El brujo Chacho, que ahora era más poderoso que la última vez que pelearon, levantó al Vikingo con la fuerza de una mano y dijo:

—Si no se calma este condenao, alimentaré al Invunche con sus carnes. En seguida, dejó caer al Vikingo que se dobló de dolor. Alvarado y el Tosca estaban asombrados, enmudecidos y temerosos de la fuerza del brujo Chacho.

—Queremos saber qué pasó con nuestros niños —dijo Alvarado por fin.

—No sé nada de niños yo —dijo Chacho—. Aquí no tenemos niños. Haz desaparecer a estos condenaos —ordenó el Rey y se fue.

El Vikingo se levantó nuevamente y atacó al brujo que los tenía detenidos, pero éste lo detuvo con una mano, la fuerza bruta era insuficiente frente al poder de un brujo. Doña Chayo mientras tanto se iba detrás de Chacho hablándole en el pasillo.

—Algún día tienen que parar mijo, siempre no van a quedar impunes en sus acciones.

—Abuelita, le recuerdo que usted me enseñó estas artes. ¿Se olvidó?

—Si mijo, pero no quiero que te pase lo que me ocurrió a mí. Mírame, estoy anciana y enferma, y por más que lo desee no puedo morir, la vida se me ha transformado en un infierno.

—Eso debió habérmelo dicho muchos años atrás, cuando me inició en todas sus artes. Ahora tenemos cosas más importantes de que preocuparnos.

—¿Entonces qué van a hacer con estos hombres, mijo?

—Que el brujo Mancho vea lo que va a hacer, yo tengo que ir a incendiar Castro —dijo y se alejó de la casa confiando que el Rey Sobre la Tierra se haría cargo, salió de la casa y se fue volando con forma de pájaro.

Doña Chayo volvió, y encontró al brujo Mancho Rey Sobre la Tierra mientras sostenía el ataque del Vikingo. Doña Chayo se acercó y el Rey Sobre la Tierra nunca imaginó que la anciana le iba a matar con un cuchillo bañado en ajo y sal en los riñones. Para asegurarse que estaba muerto, el Vikingo lo remató con varios cuchillazos más.

Dejaron el cadáver y se dirigieron a la Cueva. La anciana apenas caminaba, pero recordaba muy bien dónde quedaba el cuartel general de la Recta Provincia. Cuando llegaron, salió la Fiura y el Invunche. La Fiura reconoció a la anciana de inmediato y los dejó pasar después del santo y seña y el acto secreto.

—Fealdad —dijo doña Chayo a la Fiura—. Vengo con estos hombres que buscan a unos niños.

—Aquí no hay ningún niño señora Chayo, anoche sacrificamos al último —dijo la Fiura y al encontrar el cadáver de la niña Rosa sobre la mesa, Alvarado y el Vikingo se volvieron locos.

Destruyeron sillas, mesas, candelabros de aceite humano y todo lo que encontraron a su paso. Alvarado se tiró al suelo de rodillas llorando de rabia. De otra sala, apareció Jesucristo el Rey Bajo la Tierra y su discípulo el nuevo brujo Chuno.

—¿Quiénes son estos? —preguntó y de un movimiento de su mano los detuvo e inmovilizó. En ese momento Alvarado dijo:

—¿Cura Bruno, usted que hace aquí? —y el Cura Bruno que ahora era el brujo Chuno, pero mucho más delgado dijo:

—Mi nombre es Chuno y sé perfectamente lo que buscas y les digo. Aquí no hay nada para ustedes, váyanse mejor.

—¿Los conoces Chuno? —preguntó el Rey Bajo la Tierra.

—Ellos buscan a sus niños perdidos —dijo doña Chayo.

—Aquí no queda ningún niño —dijo el brujo Jesucristo, Rey Bajo la Tierra—. Chuno, amárralos y ayúdame a llevarlos al calabozo, el que entra a esta cueva sin permiso no sale nunca más.

—Ustedes se van a arrepentir de todo lo que hacen —dijo doña Chayo.

—Usted no se meta —dijo el Rey Bajo la Tierra—. Si no fuera porque es la bisabuela de nuestro Rey de Las Españas ya la habría matado. Mejor váyase señora Rosario.

—Yo no me voy ni muerta, baboso —dijo la anciana y derramó una gran lámpara de aceite hirviendo sobre el brujo Jesucristo, que entre gritos de dolor se comenzó a quemar, mientras al brujo Chuno le amarró y dejó inmóvil.

Soltó a los tres amigos y escaparon de la Cueva, mientras la Fiura y el Invunche trataban de socorrer al brujo Jesucristo, que se quemaba con el aceite humano hirviendo y salió volando, pasando a tomar al Vikingo y al Tosca, uno en cada mano agarrados del pescuezo, y se los llevó colgando hasta las profundidades del mar. La anciana y Alvarado corrieron detrás de ellos por el pasillo que salía de la Cueva y se detuvieron a la orilla del acantilado donde terminaba el camino, en ese momento vieron cómo el brujo Jesucristo, envuelto en llamas entraba lejos en el mar con los dos hombres colgando, los que se ahogaron al ser arrojados en el océano, lejos de la costa, sin la posibilidad de nadar pues las fuertes corrientes los golpearon contra las rocas.

—Mejor váyase pronto de Quicaví. Ese brujo no está muerto, sólo está herido y puede volver —dijo la anciana.

—Muchas gracias doña Chayo por su ayuda —dijo Alvarado, el único sobreviviente.

—No se puede ir antes de pagarme el favor por la ayuda —dijo la anciana asustando a Alvarado.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó él.

—Tome mi macuñ y quémelo, a usted no le servirá y yo ya no podré volar —dijo la anciana y sacó debajo de su blusa de seda azul un macuñ, también hecho de piel humana. Ahora a la cuenta de tres usted me va a empujar por este acantilado.

—¿Pero doña Chayo, por qué me pide esto? —dijo él. La anciana se paró junto a la cornisa mientras decía:

—Por años he buscado la muerte, la que no ha llegado nunca, alargando insanamente mi vida. Pero esperé poder remendar mis males, cometidos como bruja con la magia negra, pues esta magia se devuelve a uno, todo lo malo que uno hace a la larga se devuelve, pues yo ayudé a refundar esta organización que ahora se me ha ido de las manos. El mal que uno hace se devuelve mijo, y mi bisnieto Chacho nunca me ha querido escuchar. Él está enceguecido con el poder. Quise ayudarlos a ustedes, pero llegamos demasiado tarde. Ahora por favor, déjame descansar en paz.

Alvarado compadecido con la anciana, con fuerza la empujó, cayendo su frágil cuerpo sobre las rocas junto al mar, muriendo instantáneamente, pues sin el macuñ, no pudo volar y la caída fue desde demasiada altura.

Alvarado se fue rápidamente de Quicaví hacia el sur, solo, sin sus amigos que se perdieron en el mar con el brujo Jesucristo, Rey Bajo la Tierra y sin los niños que buscaban, pues habían sido asesinados por los brujos de la Mayoría, por lo que juró vengarse.

Capítulo XVII

De cuando la flota de Hendrick Brouwer llega a Castro

Brouwer bastante cansado y tosiendo, bajó acompañado de Elías Herkmann a las bodegas del buque a interrogar al prisionero español que estaba con los brazos amarrados en lo alto de una viga, colgando todo su peso sobre sus muñecas y permanentemente vigilado por un marino.

—Dime español. ¿Qué sabes de los tesoros de Osorno? ¿cómo algo no va a quedar por ahí, para este viejo lobo de mar? —le dijo al español poniéndole su espada en el cuello mientras Herkmann traducía.

—No señor, no sé mucho. Dicen que un grupo huilliche del sector de Carelmapu tienen quizás un tesoro, ellos le llaman un entierro y se han tejido horribles historias respecto de lo que estos entierros producen a la persona que los encuentra y los desentierra.

—¿A sí? —dijo Brouwer luego de la traducción— ves que algo sabías, español.

—Eso es lo que dicen los indígenas señor.

—¿Y qué efectos producen estos entierros? A ver cuéntame español.

—Dicen que las personas que los encuentran, se hacen ricos con ellos, pasan un periodo de abundancia y bienestar en la salud, así como en lo económico, pero luego de ello viene un periodo de pobreza y enfermedad.

—¿Y hay muchos entierros en Chiloé, mi amigo?

—No lo sé mi señor, yo sólo sé que en el lugar que le dije existe un entierro, o eso es lo que dicen señor. Busque allá, pregúntele a esos indígenas, pero por favor suéltenme las manos que me está matando este dolor.

Brouwer ordenó bajarlo y amarrarlo a una viga, pero sentado.

—Después que vayamos a Castro, buscaremos ese tesoro o entierro como le llaman aquí —le dijo a Herkmann, mientras subían nuevamente a su despacho en el puente de mando.

En la mitad de la escalera, Brouwer tuvo nuevamente un ataque de tos, pero no dejó que le presten ayuda, hasta que se le calmó el pecho y logró subir con sus propios medios.

Cuando estuvo un momento en una silla sentado en su despacho, unos marinos subieron a alertarlo de lo que estaba ocurriendo.

—Señor, mire hacia las costas, la primera vez pensamos que era un incendio accidental, pero allá se ven cuatro hombres a caballo con antorchas, quemando todas las casas a su paso.

Inmediatamente Brouwer recordó sus años de corsario en Asia y supo lo que estaba pasando.

—Estos católicos cobardes, ni siquiera se atreven a defender sus casas y pertenencias, prefieren quemar sus riquezas antes que caigan en nuestras manos —dijo mirando el incendio en la costa.

A los lejos, en la penumbra del anochecer, vieron un inmenso resplandor, a pocos kilómetros de Castro, parecía que la ciudad estuviera ardiendo.

—No podemos navegar durante la noche por estos canales mi señor, es muy peligroso, por la poca profundidad —dijo Elías Herkmann.

—Tienes razón poeta, por aquí no podemos navegar, vamos a fondear, a esperar que pase la noche y que mañana salgan un par de botes a hacer una inspección cerca de Castro —dijo tosiendo. Durante la noche, corrió un viento helado desde la cordillera hacia el otro lado del canal. Una lluvia intensa cayó sobre los barcos y a lo lejos, en el sur, el resplandor hacía parecer que el fuego estuviese consumiendo toda la ciudad. Al otro día apenas amaneció, el mayor Blaeuwbeek salió con unos marineros y un par de botes a inspeccionar lo que estaba ocurriendo en el sur, al regresar hizo su reporte:

—Mi señor, le informo que la ciudad de Castro está ardiendo en llamas, las pocas personas que quedan, están sacando algunas cosas y se refugian en el interior del bosque.

Los canales de aquí hacia allá se van achicando y tienen poca profundidad, por lo que sugiero que si la flota quiere ir al sur, debe hacerlo a remolque. Además, cuando nos acercamos lo más posible,

unos 40 o 50 hombres a caballo y a pie abrieron fuego contra nosotros, pero gracias a la distancia, al viento y la lluvia no sufrimos ninguna baja.

—Muy bien mayor, muchas gracias por su reporte —dijo Brouwer.

—Estos malditos católicos, hicieron lo que imaginaba.

Son tan cobardes que quemaron la ciudad.

—De todas maneras, deberíamos ir a Castro e inspeccionar con nuestros propios ojos —dijo Herkmann.

—Tienes razón poeta, vamos a Castro. Ordena que naveguemos a remolque y al llegar a la ciudad terminaremos de destruirla —dijo Brouwer e inmediatamente los marinos se pusieron a trabajar para amarrar los buques a sus botes y avanzar lentamente con las fuerzas de los brazos y los remos de estos esforzados hombres de mar.

La flota demoró casi dos días en acercarse a Castro, y al llegar vieron un paisaje desolador. La espléndida y exquisita ciudad estaba desalojada, muchas casas y edificios aun ardían y los que no, estaban sin techo y vacías en su interior, como por ejemplo la Catedral en la Plaza de Armas. La hermosa y última ciudad española del mundo, en el sur del Reino de Chile en la Patagonia Occidental, estaba completamente deshabitada y pronto iba a ser destruida completamente.

Sobre los cerros de Castro se vio a los 40 o 50 hombres que estaban a caballo y a pie, y comenzó un combate que hizo desembarcar todas las fuerzas militares de los corsarios.

Se escuchaban los disparos a la distancia, pero las balas no alcanzaban a llegar a los holandeses por la lejanía de las tropas españolas. Brouwer estaba eufórico. Ordenó al teniente Croeger que desembarque y se haga cargo del combate en tierra, quien rápidamente ordenó a sus hombres en la playa en formación y asaltaron la ciudad. Con un grupo de vanguardia subió a los cerros, pero no encontraron resistencia.

Los soldados españoles se perdieron en distintas direcciones entre los bosques alrededor de la ciudad. Todo el ejército holandés de Brouwer inspeccionó los alrededores y no encontró a los soldados.

Croeger se internó en el bosque con un grupo de valientes, pero no encontraron nada, ni un solo prisionero que dé noticias de dónde

se habían escondido los habitantes de Castro y sus riquezas. Por lo que el Mayor, recibió la orden de prender fuego sobre los edificios y casas deshabitadas. Lo que quedaba de la ciudad, ardió por todos lados mientras la lluvia no dejaba de caer. Era una escena tristemente dantesca.

De vuelta de los bosques, los hombres de Croeger encontraron cerca de la Plaza de Armas un mapuche muerto en un poso.

—Esto es una señal para hacer escarmentar a los otros araukoes, acerca de lo que les puede pasar si traicionan a los españoles —dijo Brouwer después de escuchar el reporte.

Antes del atardecer, dio orden de bombardear la ciudad y destruirla completamente.

—Que no quede ninguna casa ni edificio en pie, especialmente la Catedral, quémenla completa —dijo y sus órdenes se cumplieron al pie de la letra. Los cañones de los buques abrieron fuego contra toda la ciudad. Los cañonazos se podían escuchar a kilómetros de distancia e iluminaban la tarde de ese día inolvidable. Fue una experiencia de terror para los habitantes de Castro y antes del anochecer del 7 de junio de 1643, la ciudad ardió con mayor intensidad y fue completamente reducida a cenizas.

Al otro día, los buques corsarios volvieron hacia el norte, siempre navegando a remolque, y unos kilómetros más allá encontraron un interesante tesoro.

Cientos de ovejas y algunos cerdos fueron vistos solitarios en los campos cercanos a la ciudad, los que fueron llevados a las bodegas de los buques, como botín de un combate sin enemigos. En el interior del buque mayor, el español cautivo por Brouwer escuchó cada una de las órdenes y los cañonazos que se dieron contra la ciudad. Recordó toda la gente que conocía allí. En el momento del bombardeo que duró infinitos minutos, fue subido para que viera con sus ojos la destrucción y cuente con sus palabras lo que había visto, nunca se había enfrentado en su carrera militar a un enemigo tan decidido y despiadado. Ni siquiera en las continuas escaramuzas que los soldados de la frontera en Carelmapu realizaban con los mapuche que años atrás habían tomado Osorno.

La guerra llegó a estas épicas proporciones, las que muchas veces sólo se contaban en las historias de las generaciones anteriores a él, que pelearon en Osorno, Valdivia y otras cinco

ciudades contra el legendario toqui Pelantaru y sus ejércitos. Nunca pensó que le iba tocar ver la destrucción de una ciudad completa, hasta las cenizas. Luego del bombardeo fue nuevamente llevado a las bodegas y amarrado a una viga, sentado para que pueda dormir.

Capítulo XVIII

De cuando el Rey Bajo la Tierra vuelve quemado del fondo del mar y con el brujo Chuno le preparan un entierro a Brouwer

El Cura Bruno, ahora llamado brujo Chuno, dio la orden a la Fiura y la Volaora que lo desamarren en la Cueva y no pudo hacer nada para que Alvarado se aleje. De pronto, volvió el brujo Jesucristo, Rey Bajo la Tierra desde el mar, quemado y con llagas, y la Volaora lo curó de sus heridas.

—¿Conocías a esos tres hombres? —preguntó el brujo herido al brujo Chuno, sentado mientras recibía curaciones, con plantas y secretos que lo mejoraban rápida y milagrosamente.

—Alguna vez los conocí, pero ya no me interesan, ahora soy fiel a la Mayoría —dijo, mirando y aprendiendo los remedios.

—Bien hecho Chuno, supongo que mataste al hombre y dejaste escapar a la anciana. A ella no la podemos matar, porque nuestro Rey Chacho no nos perdonaría, ella es su bisabuela y fue quien le enseñó estas artes y a muchos de nosotros.

—Ellos se han ido y no podemos hacer nada para detenerlos —dijo Chuno—. Ella al escapar me dejó congelado sin poder moverme.

—Sí, esa vieja es poderosa, incluso más poderosa que nuestro Rey, pero está senil y por eso no participa de la Mayoría, aunque hay que andarse con cuidado con ella. Vamos a mi casa que tenemos trabajo que hacer —dijo el brujo quemado y se dirigieron junto a Chuno a su casa llevando una buena cantidad de riquezas, mientras comenzaban a preparar un entierro.

En una olla de cobre, el brujo Cochigua, Rey Bajo la Tierra puso unas monedas de oro y unas valiosas joyas que la Mayoría había obtenido con artimañas.

—Vamos a poner tus tenedores de oro también —dijo el brujo, preparando todo meticulosamente.

—A ese corsario le vamos a hacer llegar este regalo de oro y joyas a través de mi familia que tengo en Carelmapu. A los extranjeros les gusta el oro y se lo vamos dar —decía el brujo mientras Chuno observaba y aprendía. A todas las joyas las roció con jugo de mechay que encerró en un cofre de madera. Pensado de tal forma, que si alguien remueva las joyas y toque el oro con las manos se enferme hasta morir.

Regresó Chacho, el Rey de la Recta Provincia a la cueva y dio la orden de quemar el cuerpo muerto del brujo Mancho, y derretirlo en aceite para las lámparas. A los días fue hasta Dalcahue a buscar noticias de la bisabuela, pero al no encontrarla en su casa y enterarse de su muerte, tomó sus principales pertenencias junto a la casa y las quemó.

—Por fin murió esta vieja condená —pensó y llamó a Chuno y los otros brujos y los convocó a consejo.

—Castro ha sido completamente quemada y los corsarios no pudieron tomar nada de las personas de allá. Nuestra red está intacta y seguimos teniendo brujos fieles a la Mayoría, la gran lástima es que hemos perdido a nuestro brujo Mancho.

La reconstrucción de Castro va comenzar rápidamente, y creemos que estos corsarios se dirigen a Valdivia, pero eso ya no nos interesa, esa ciudad fue destruida y podemos decir que nuestras fuerzas están mejor repartidas en este momento que las de los españoles. Ellos no están en condiciones de hacernos frente y solamente nos queda hacer escarmentar a estos corsarios para que se vayan de Chiloé y no vuelvan más.

Tengo entendido que el resto de su flota está cerca de Ancud, por ello lo más probable es que pasen a Carelmapu, y si no, vamos a hacer que pasen a Carelmapu a como dé lugar.

—¿Y cómo vamos a lograr eso? —preguntó Chuno.

—Ya vas a aprender a desatar los temporales, brujo Chuno, pone atención —dijo Chacho y los llevó al despacho donde tenía el Chayanco, lo destapó y comenzó a hacer un acto de hechicería.

Se vio en el Chayanco, a la flota de Brouwer azotada por los vientos del norte. Grandes ráfagas y tempestades arreciaron sobre los holandeses.

—Con esto escarmentarán estos corsarios. Deberán pasar si o si a Carelmapu a escampar la tormenta. ¿Está listo el entierro brujo Jesucristo?

—Sí mi señor, lo hemos preparado con el brujo Chuno y está listo. Lo vamos a llevar a nuestra familia en Carelmapu para que amigablemente se lo entreguen a este corsario y se ganen su confianza. Esperamos que el hechizo haga efecto en pocos días, luego de eso no le van a quedar ganas de volver a Chiloé.

Las cosas en la cueva de Quicaví volvieron a la normalidad y el Invunche se quedó solo, estando ya más grande, pues crecía a una velocidad anormal gracias a las artimañas de los brujos. La Fiura, la Volaora y los otros brujos volvieron a sus actividades normales, siempre esperando atentos alguna señal para volver a estar al servicio de la Recta Provincia.

El brujo Chuno se instaló en Dalcahue y comenzó a trabajar de herrero como había prometido, a veces sentía ganas de volver a celebrar una misa, pero no tenía ni un poco de cargo de conciencia por el daño que había cometido a la familia Alvarado, aunque sabía que en cualquier momento la Iglesia Católica lo iba a buscar y tendría que retomar los hábitos. Para esto tenía preparada su coartada alegando que estaba investigando a los brujos de la Cueva de Quicaví.

El brujo Jesucristo, que con artimañas ya había sanado de sus heridas, se trasladó a la localidad de Carelmapu y habló con sus familiares, éstos vivían todavía a la usanza de los antiguos mapuche-huilliche en rucas de paja y con un fogón en el centro del piso de tierra, pero lentamente la influencia de la cultura española iba enseñando a los hijos de los mapuche, a construir casas de madera en un proceso de sincretismo cultural que duraría siglos. El brujo habló con sus familiares, especialmente con su abuelo, quien era el lonko del lugar y por ende el líder de este grupo de personas, todos familiares entre sí.

Les explicó que los sucesos de Castro, se debían a un ataque de corsarios holandeses y que ellos debían ayudar a la Mayoría a vengarse, para que no vuelvan por estas aguas y estas tierras. Les explicó cómo debían entregar el entierro y prácticamente permitir que ellos crean haberlo encontrado, para que el efecto surja perfectamente. Brouwer nunca imaginó esta jugada.

Capítulo XIX

De cuando Hendrick Brouwer ordena quemar el buque español Santo Domingo y cae enfermo en cama

Saliendo del estuario de Castro, el buque de Brouwer encontró en la isla de Quinchao al barco español Santo Domingo, el cual había sido abandonado con las noticias de su presencia.

El capitán Croeger, fue ordenado a bajar e inspeccionarlo y lo encontró vacío, entonces se dio la orden de desarmarlo y de sacar todo el material posible que ayude a la expedición.

El barco español contribuyó con tablas y pertrechos siendo luego de esto, sus restos quemados.

Durante la tarde de ese día, el barco ardió y Croeger con sus hombres bajaron a tierra y tomaron prisioneros una anciana española de 75 años y un niño mapuche, los cuales fueron llevados a la presencia del almirante.

—Mi señor, hemos tomado cautiva a esta anciana y este niño, y lo hemos traído para su interrogatorio.

—Muy bien —respondió Brouwer, afirmándose sobre su mesa de mapas, tosiendo con mayor frecuencia. Podría usted contarme. ¿Cuál es su nombre?

—Mi nombre es Luisa Pizarro, viuda de Jerónimo de Trujillo. Llevamos 30 años viviendo en la isla de Quinchao, soy natural de Osorno que fue destruido hace 40 años por los mapuche del lugar. La gente que sobrevivió a la destrucción y asedio de Osorno se refugió en Calbuco, Carelmapu y pocos como nosotros en las islas de Chiloé.

—¿Y es verdad lo que dicen respecto que esa ciudad de Osorno era extremadamente rica?

—Sí señor, es verdad. La ciudad era la más rica del reino.

Todo español de Osorno fue muy adinerado, llegando algunos incluso a tener 300 indios encomendados, trabajando en las minas de oro y plata, quienes debían pagar semanalmente tributo.

—¿Y dónde está toda esa riqueza? ¿Aquí en el archipiélago de Chiloé?

—No señor, aquí en Chiloé en el año 1638 de nuestro señor hubo una gran peste que le arrebató la vida a una tercera parte de la población, lo que redujo la cantidad de indios de servicio terriblemente. Aquí en Chiloé desde esa época no se saca oro ni plata, y los encomenderos en número de 100, no tienen más de 30 indios de servicio cada uno, los cuales trabajan principalmente en agricultura y en la madera, ya que los yacimientos de oro y plata aquí son muy pobres.

—¿Entonces dónde cree usted señora católica que están esas riquezas de Osorno?

—Esas riquezas señor, principalmente fueron trasladadas a España. Lo poco que logramos sacar, algo fue enterrado en Carelmapu, pero mucho quedó en Osorno.

—¿Entonces en esa ciudad de Osorno aún hay riquezas? ¿sabe usted la ubicación de sus ruinas?

—Eso no sabría decírselo señor, solo puedo agregar que en el mes de marzo llegó ese barco español llamado Santo Domingo y que en él llegó mi hija, trayendo cartas para todos los habitantes de estas islas, donde se cuentan que las ciudades destruidas por los mapuche fueron Purén, Angol, Tucapel, Villarrica, La Imperial, Valdivia y Osorno. Que en Carelmapu se estaban organizando escuadrones de soldados para capturar prisioneros en las tierras de Osorno, que aún estaban en poder de los mapuche.

—Esos araukoes, todavía gozan de mucho poder para contener a los españoles. Muchas gracias por su información, esto le ha salvado la vida —dijo Brouwer y se puso a toser fuertemente.

Esta vez la tos no mermó como las veces pasadas, y al viejo corsario le comenzó a faltar la respiración. Herkmann que estaba presente como traductor socorrió al anciano y lo recostó en su cama en un costado del despacho.

—Usted va a tener que guardar reposo en cama mi señor —dijo Herkmann mientras los asistentes del almirante le ordenaban las frazadas para cubrirlo. El corsario esta vez no pudo desafiar las

palabras de Herkmann y sintiéndose tan mal, tuvo que guardar cama. La anciana y el niño fueron desembarcados en tierra y la flota continuó viaje hacia el norte.

A los días, la flota llegó al Canal de Chacao y se resguardó en Ancud, pues se desató una enorme tormenta que no le permitió avanzar más, ya que ésta duró varios días, siempre con lluvia constante, frío y viento del norte.

Esos días se dedicaron a limpiar y aprovisionar los buques, se celebró un consejo de almirantes para el cual Brouwer utilizando sus últimas fuerzas se levantó y se decidió que una expedición con el yate Dolphijn y el buque Eendracht, zarparan para Valdivia y se adelantaran a comunicar la noticia a los mapuche, que la flota los ayudaría en su lucha contra el español.

Por otro lado, se indicó que la ración de víveres se escatimaría a dos panes por marino. También se informó que algunos hombres les robaban la comida a los más débiles y que era necesario acercarse lo más pronto posible a los mapuche de Chile, para obtener alimentos como pan, verduras, etc.

Se decidió entonces que se haría una investigación entre la tripulación y que sería castigado con pena de horca el hombre que sea descubierto robando. A estas alturas, la tos y la fiebre en el viejo corsario ya estaban haciendo sus últimos estragos y la mayoría de las determinaciones las tomaba el consejo de Almirantes en pleno. En la bahía contigua a Ancud llamada por los corsarios Puerto Brouwer, estuvieron varios días producto de intensos temporales, por lo que el consejo en última instancia acordó que lo mejor que podían hacer era dirigirse a Carelmapu a capear el temporal, y así también buscar los tesoros de Osorno mencionados por la anciana.

La noche del 14 de julio se desató un temporal más grande de lo previsto, con fuertes truenos y relámpagos por lo que la flota no se pudo mover del Puerto Brouwer.

Por fin después de la tempestad llegó la calma, por lo que la flota pudo hacerse a la vela hasta Carelmapu. Al llegar, fueron recibidos por el lonko del lugar, su mujer y su hijo.

La audiencia se celebró en el despacho de Brouwer pues su salud continuaba muy delicada.

—Señor, primero quisiera darle las gracias por haber destruido el fuerte español y haber hecho que éstos se replieguen a Calbuco

—dijo el lonko que hablaba castellano, siendo interpretado por Herkmann—. En demostración de su gratitud y de su afecto por ayudarnos en la guerra contra el español, quiero mostrarle esto —dijo, y mostró una cabeza perteneciente a un católico que habían matado hacía 15 días.

El lonko le comentó a Brouwer, que su intención era preparar un ejército estable, para defender las ruinas de Osorno y Carelmapu, de los constantes ataques españoles, por lo que pedían armas a cambio de lo que les fuese necesario a los holandeses. Brouwer dio la orden de entregar una gran cantidad de lanzas, sables y escopetas, además de pólvora y plomo para la concreción de este plan. Luego comentó:

—Necesito a cambio de estas armas, hombres que se trasladen conmigo a Valdivia para levantar un fuerte definitivo allí, que actúen como soldados y agricultores y nos ayuden a conseguir el alimento.

—Tengo doscientos hombres dispuestos a ir con ustedes si así yo lo ordeno, para trabajar en conjunto contra el español y forzarlos a retirarse de Valdivia definitivamente —dijo el lonko, por lo que se retiró muy agradecido de la presencia del almirante e inmediatamente envió cinco vacunos hacia la flota, de regalo.

Para la gente de Carelmapu, era impresionante ver los cuatro buques y el yate de los holandeses, por lo que al saber que eran pacíficos con ellos, se acercaban y pedían conocer las embarcaciones.

Al otro día vinieron a la flota los familiares del brujo Jesucristo, haciéndose pasar como amigos del lonko, junto con una noticia que era lo que precisamente Brouwer quería escuchar. Ellos habían sabido que los extranjeros buscaban cosas enterradas por los españoles y que ellos sabían dónde encontrarlas.

El Mayor Blaeuwbeek, bajó con ellos a tierra en busca de lo que ofrecían a cambio de armas para defenderse de los continuos ataques españoles. Cerca de una casa, indicaron que se encontraba un cofre con objetos a los que los españoles daban gran valor, pero que ellos no lo valoraban así, porque se creía que el uso de estos objetos traía desgracias y mala suerte entre ellos. El Mayor se rió de esta historia y con otros marineros desenterró un cofre detrás de la casa. Ante las ganas de abrir el entierro, el Mayor se negó a abrir el cofre y dijo que ese era privilegio del Almirante por ser el

encargado de la flota y de la expedición, por lo que llevaron a los mapuche a la flota para retribuirles su atención. Grande fue el asombro de Brouwer cuando el Mayor llegó acompañado de los naturales, presentándole el pesado cofre recién desenterrado.

—Estos araukoes se presentan en paz y amistad con usted mi señor. Nos han indicado el lugar exacto donde se suponía había entierros de riquezas de los españoles y hemos encontrado esto —dijo el Mayor presentándole a Brouwer el cofre.

Tosiendo y con dificultades para respirar y mantenerse de pie, lo recibió y lo abrió. Tomando con sus manos las diferentes piezas de las 325 que traía en total, entre perlas, oro y plata.

Brouwer se sentó asombrado y meticulosamente revisó pieza por pieza y determinó que habían encontrado una fortuna.

—¿Hay más de estos cofres? —preguntó a los mapuche y ellos con señas indicaron que sí, que en las ruinas de Valdivia y Osorno había más. Al momento se despidieron y se fueron satisfechos con las armas que los extranjeros les dieron en recompensa. Brouwer sabía que los naturales no entregaban mayor importancia a las riquezas como joyas o perlas y que el valor de intercambio por esas armas estaba muy por sobre lo estimado.

Durante esos días se corrió la voz entre los mapuche, que los holandeses pagaban en armas cualquier favor y que estaban preparando un gran contingente para trasladarlos a Valdivia, por lo que todos los días llegaban mapuche de diferentes partes, a hacer amistad con los marinos y solicitar su protección.

El día siete de agosto, mientras la flota se preparaba para zarpar a tomar Valdivia y establecerse allí, Brouwer desde su cama llamó a sus principales almirantes, Herkmann y Crispijnsen a escuchar su última voluntad.

—Señores almirantes —dijo con una voz que apenas se escuchaba—. Prométanme que mi cuerpo será enterrado en Valdivia y se levantará un fuerte como avanzada de una futura colonia holandesa en estas tierras, ahora pertenecientes al Imperio Español —y antes que los almirantes pudieran decir algo, Hendrick Brouwer murió y con él, uno de los corsarios más intrépidos y temidos que pasaron por las aguas de Chile.

Al otro día, se realizó en la flota unos funerales breves, porque el difunto quería que los verdaderos funerales se realizaran en

Valdivia. Se dispararon 12 cañonazos, lo que produjo gran admiración y temor en los naturales, y cada marino pasó por el féretro a rendirle honores a su difunto Almirante General. Su cuerpo fue conservado sin las vísceras, la que fueron enterradas en Puerto Brouwer y posteriormente su cuerpo fue enterrado en Valdivia.

Ahora la flota, ya sin su principal líder e impulsor, pasó a ser dirigida por el almirante Elías Herkmann por disposición de los pergaminos sellados, que para tal efecto había depositado su alteza el príncipe Mauricio. Con los días recibieron una carta del Gobernador de Castro que decía:

> *Al almirante Elías Herkmann, teniente general de los buques holandeses, en el Puerto Inglés, que Dios los guarde.*
>
> *Señor Teniente General:*
>
> *He recibido la carta de usted y he sabido por ella, que vuestra excelencia desea recobrar al marino capturado don Joost Lamberst, en lugar de uno de nuestros hombres capturados por ustedes. No me extraña que V.E. me pida esto, ya que es común en tiempos de guerra obrar así. Si lo tuviera conmigo de buena gana se lo enviaría, porque es mi obligación, aunque ambos seamos enemigos.*
> *Le informo que han transcurrido varios días desde que lo envié en una barca a Concepción a informar al Marqués de Baides de la dolorosa situación de esta parte sur del reyno.*
> *Ruego a usted comprender, sabiendo que si estuviera en esta situación obraría del mismo modo.*
> *Sírvase excusarme, sabiendo que soy súbdito del Rey de España, mi amo natural, por quién quiero morir.*
> *Que dios lo guarde.*
>
> *Fernando de Alvarado, Gobernador de Castro.*
> *6 de agosto de 1643.*

Con esta información proporcionada por el mismísimo enemigo, Herkmann supo de la fluida comunicación que los españoles aún tenían sobre el territorio austral. De lo perentorio y a la vez peligroso que era establecerse en Valdivia.

Ante lo cual, trasladaron a 200 mapuche con ellos a Valdivia desde Carelmapu, y construyeron un fuerte de piedra, del que hasta los días de hoy aún queda un muro en pie.

Con el transcurrir de los días, los mapuche descubrieron que los corsarios extranjeros no tenían intenciones de ayudarlos en su lucha con el español, y que sus verdaderos motivos eran la búsqueda de oro, tanto de los famosos lavaderos, como de los tesoros de las ruinas de Valdivia y Osorno, para lo cual continuamente pedían referencias para efectuar exploraciones en su búsqueda, por lo que los mapuche decidieron abandonar a los corsarios y dejarlos sin su ayuda para la obtención de víveres. Con todos estos contratiempos y sin la verdadera voluntad de su difunto almirante, Elías Herkmann, al cabo de unos meses, dio orden a la flota de zarpar y volver a Pernambuco en Brasil, sin querer volver a estas tierras ni a estas aguas, ni saber de estos hombres, ni de su frío.

Capítulo XX

De cuando Alvarado sorprende al Cura Bruno en la Parroquia de Queilén

Pasaron los días desde los sucesos de Quicaví y Alvarado volvió a casa donde la mamá. Se enteró de la muerte de su padre y contó acerca de la muerte del Tosca y del Vikingo.

Se enteró de la destrucción de Castro y supo que, por días, la ciudad ardió y que ellos pudieron ver desde Llau-Llao como se había consumido por ese incendio. La María lloró eternamente la muerte del Tosca y con el tiempo reconoció que él era el padre del hijo que traía en su vientre.

Ahora los miedos volvieron a la familia Alvarado.

—No vaya ser que este bebé nazca y los brujos lo roben también —dijo la mamá asustada en aquellos días que Alvarado y sus hermanos el Cholga y Luisito se dedicaron a la pesca.

—Menos mal esos extranjeros en sus barcos no entraron más al norte de la Bahía de Castro, hubiesen llegado hasta
Llau-Llao
y quemarnos la casa —dijo la mamá.

—Eso sería lo único que nos faltaba —dijo la María, mientras comían todos en familia, siempre extrañando al Alvarado Viejo y a la niña Rosita, así como a las visitas del Tosca.

—Ese Cura se hizo brujo —dijo Alvarado—. Lo vi con mis propios ojos —contó—. Tenían el cuerpo de nuestra difunta hermana en un altar y él dijo que no me conocía, pero yo lo vi y logré escapar antes que él me hiciese algo.

—Él tiene que haber sido el que exhumó el cuerpo de tu difunto padre —dijo la mamá. ¿Y para qué iba a querer desenterrar un muerto? —preguntó el Cholga.

—Para hacerse su macuñ de brujo —dijo la mamá—. Ese se transformó en un Pelapecho.

—Pero ¿por qué un curita tan bueno iba a querer volverse malo y convertirse en brujo? —dijo María.

—Alguna razón tendría ese. Esas cosas ustedes no las entienden —dijo la mamá—. El error lo cometió este cabro, que sin permiso de nadie lo llevó donde la vieja Chifla.

—Yo lo hice para ayudar, nunca iba a imaginar las cosas malas que ese viejo iba a hacer. Y nuestro tío Fernando ¿no podrá ayudarnos a hacer justicia? —preguntó Alvarado a su mamá.

—No creo hijo. Ese viejo nunca quiso saber más de tu padre ni de nosotros, ni de ustedes. Nunca le perdonó a tu padre que se haya casado conmigo, por ser mapuche, lo desterró enviándonos aquí lejos de Castro y sus riquezas. Durante años hemos vivido bien, de nuestro trabajo, del mar y de la huerta y nunca con su papá lo molestamos, así que no quiero tampoco que alguno de ustedes lo moleste —dijo la mamá muy enojada.

Como todo hijo, Alvarado no obedeció las palabras de su madre y un día partió a Castro. La ciudad se hallaba en ruinas, pero rápidamente los españoles y chilenos, ayudados por sus mapuche de servicio levantaban la ciudad.

Se presentó ante la guardia que resguardaba un fuerte de madera y les dijo que era sobrino del gobernador. Al momento, uno de los guardias, volvió dándole permiso de entrar a la empalizada. Alvarado subió unas escaleras, todo de madera y entró en el despacho de un anciano, flaco y canoso, con una barba delgada y unos bigotes puntiagudos.

—Así que tú te presentas como mi sobrino —dijo el viejo con acento español. ¿Qué os trae por aquí? Sobrino —le dijo en tono irónico.

—Mi padre ha muerto don Fernando, mi nombre es Fernando Alvarado igual que usted, soy hijo de Martín de Alvarado Figueroa, su hermano.

—Mira jovencito, antes que todo me guardas respeto, hace años que mi hermano murió para mí, desde que desertó del ejército español luego de la destrucción de Osorno.

Cerca de Carelmapu se robó una india, era apenas una niña y de ahí se vino a Chiloé. Hace años no he tenido noticias de él, y si se murió, bueno se murió no más, ya estamos viejos y a mí también un día de estos el señor me va a llevar.

—Él cometió traición al rey de España y debes dar gracias que por mi influencia no lo mandaron a matar, si no tú ni su descendencia hubiera existido, además él traicionó a la familia. ¡Mira que irse a casar con una india! Mi santa madre debe estar dándose vueltas en su tumba todavía de escuchar esto, así que nunca más digas que eres mi sobrino, eres hijo de un traidor, de un doble traidor, así que mejor devuélvete por donde viniste y no quiero verte nunca más por aquí, mira que harto trabajo me han dejado estos corsarios que destruyeron esta hermosa ciudad.

—Mi padre fue traicionado por un Cura llamado Bruno, Bruno Kulczewski. ¡Le exijo a usted que haga justicia! —dijo Alvarado valientemente, antes que el viejo ordenara sacarlo de su despacho —. Ese Cura llegaba a nuestra casa con mentiras y luego de un tiempo, pidió información para contactarse con una vieja bruja. Yo lo vi en la Cueva de Quicaví donde asesinaron a mi hermana de tres años.

—¿Estuviste en la Cueva de Quicaví?

—Sí mi señor, esos brujos raptaron a mi hermana y ese Cura mató y exhumó el cadáver de mi padre, de su propio hermano.

—Jajaja, ¿tú quieres que te crea que estuviste con los brujos en su cueva? Jajaja, permíteme que me ría —dijo el viejo en forma sarcástica—. Has perdido la cabeza, niño, todos sabemos que la Cueva de los Brujos no existe, son leyendas, patrañas que inventan los indios para entretenerse.

—Aquí todos mis hombres ahora creen esas mentiras, historias de brujas, baudas y Volaoras, solo falta que me digas que anduviste en el Caleuche, jajaja, puras patrañas.

Luego de reírse un momento, el viejo gobernador agregó.

—Claro que conozco a ese Cura Kulczewski, si ese estuvo aquí en Castro y fue dado de baja de la Iglesia y del Ejército como capellán, porque se volvió loco. Ahora que recuerdo, había sido enviado a un monasterio a Santiago, porque durante los procesos de la Santísima Inquisición aquí en Chiloé, él se detenía a estudiar las hechicerías de los indios, pero en el viaje de ida el buque naufragó en el canal de Chacao y se escapó. Esa es toda la información que tengo de él, ahora déjame seguir trabajando, adiós —dijo el gobernador y los guardias sacaron al pobre Alvarado del despacho. Uno de ellos, sin embargo, había escuchado la conversación en

secreto, lo llevó a las afueras del fuerte y dijo:

—Mire amigo, yo he escuchado hablar de ese Cura. Búsquelo en Queilén, allá lejos en el sur se ha refugiado para que no lo encuentren, tiene una capilla, a lo mejor es el mismo Cura Bruno que usted busca.

—Gracias amigo, no sé cómo pagarle —dijo Alvarado sorprendido por la noticia y emprendió el largo viaje hacia el sur, al caserío de Queilén y después de varios días de viaje entre la tupida selva húmeda, llegó a la capilla.

El Cura estaba oficiando misa una oscura tarde cuando Alvarado llegó. Queilén estaba sumido en una intensa lluvia con neblina, frío y viento. Entró a la capilla tapado con un sobrero y sus ropas negras todas mojadas, se sentó detrás de las últimas personas que había presente en la misa. El cura estaba concentrado dando su sermón y hablaba cosas intrascendentes para Alvarado.

Terminó con los ritos de santificación del vino y el pan, y pidió que los parroquianos se acercaran a recibir la comunión. La religión católica avanzaba rápidamente entre los mestizos y mapuche, y Alvarado se ocultó en la fila de creyentes que iban a recibir la hostia. Queilén era una pequeña caleta de pescadores y el Cura Bruno gozaba de gran popularidad y respeto entre las personas que se congregaban en su pequeña parroquia. Nadie sabía qué era lo que éste había hecho en su doble vida y existían también en Queilén los comentarios e intrigas, respecto que cada cierto tiempo desaparecían niños que eran raptados por los brujos.

Alvarado llegó a estar a dos personas del Cura que levantaba las hostias y repetía: «Cuerpo de Cristo, cuerpo de Cristo» —depositándolas en las bocas de los feligreses.

Cuando estuvo frente a él, levantó la mirada y lo vio. En eso Alvarado se lanzó sobre el religioso y de un solo y rápido movimiento le cortó la garganta. La gente respondió convulsionada, algunos salieron corriendo de la capilla, otros trataron de ayudar, lo que fue imposible porque el corte fue tan efectivo que el brujo Chuno se desangró en el lugar. El cuchillo estaba preparado con sal y ajo y era de plata. Alvarado sabía que tenía que ser así, rápido y preciso, si no lo era, la ventaja del Cura brujo era demasiada. La gente que trató de ayudar al religioso no pudo evitar que Alvarado se fuera de la parroquia y escapara a través de los bosques hacia el

norte, perdiéndose en la espesura del bosque, la neblina y la impunidad.

Se alejó en su caballo entre la lluvia y el frío, olvidándose en la inmensidad del monte chilote. Nunca lo buscaron, ni siquiera fue declarado prófugo de la justicia. Alvarado había cerrado el ciclo de la venganza, pero no podía pedir justicia ante las autoridades, eso de llevar a los brujos ante los tribunales y juzgarlos por los códigos occidentales, todavía no podía ocurrir en Chiloé.

Cartas encontradas en la cueva de los Brujos de Quicaví

Queilén, 6 de agosto de 1643.

Tribunal de la Santísima Inquisición.

Bruno Kulczewski da cuentas de sus servicios a esta institución por mandato del santísimo padre en Roma y de sus planes futuros.
En tiempos del Incendio de Castro por parte de la compañía del corsario Hendrick Brouwer.
Me encuentro en Queilén escribiendo un libro de mis crónicas sobre los hechos sucedidos últimamente en Chiloé al que pienso llamar El Levisterio. Resulta que estando yo prestando servicios para su majestad en Castro, resolvimos esconder a la gente de la ciudad al interior de la selva húmeda, para salvar nuestras vidas del invasor corsario que venía en sus buques rápidos a esta misión.
Estando en consejo de cabildo resolvimos en la ciudad que nos ocultaríamos para que el enemigo de su católica majestad no nos encuentre y se le presente la ciudad vacía para que decida retirarse.
Dejamos soldados de vigilantes y el cuerpo de unos indios muertos por traición a nuestro Rey, para que el enemigo escarmiente y decida volverse por donde vino.
Más los enemigos de nuestro reino, desembarcaron en la playa cercana con gran munición y abrieron fuego a todos los flancos de la ciudad ardiendo ésta por días.
El intrépido almirante Brouwer ya muy avanzado en su edad, se presentó en persona en la incendiada ciudad de Castro y sin poder ponerle resistencia nos refugiamos en las casas de los pobladores de las lomas cercanas y en algunas reducciones de indios que nos prestaron ayuda, no sin su

conocida mezquindad y desconfianza.
También en la presente misiva, debo dar cuenta de mis servicios como espía de los brujos de la Cueva de Quicaví, logrando con artimañas aprendidas en este reino, la forma secreta de entrar en sus dependencias brujeriles, haciéndome pasar por brujo y logrando la categoría entre ellos de Pelapecho, logré acceder a sus más intrincados secretos para transformarme en uno de ellos, no sin antes fingir mi condición de traidor a su majestad y a nuestra Santa Iglesia.
Cosa muy por menos comentada en contra de mi persona, y es que he escuchado comentarios que mis servicios se han transformado contra nuestra institución, y muy por el contrario en la presente carta de servicios, doy cuenta que todo y cada una de las cosas que he hecho han sido siempre únicamente para luchas contra el demonio que tal como lo sospechaba antes de entrar en esta empresa, habita en los corazones de esta gente sin Dios ni ley.
Más, he logrado conocer sus secretos los cuales estoy escribiendo en una crónica de más de mil páginas titulada El Levisterio, donde rebelo las minucias con que estos naturales producen agentes con las plantas que logran sanar o enfermar, según sea su voluntad, logran volar o aparecer como muertos según les convenga y administran justicia desde su cueva en Quicaví de la que adjunto un mapa muy preciso de su secreta ubicación, más en las crónicas que estoy escribiendo y que enviaré en su oportuna necesidad para España, el santo y seña con que es necesario entrar a esta diabólica cueva para lograr apresarlos en el futuro, en nombre de nuestra iglesia y nuestro Santo Tribunal de la Inquisición.
Las crónicas que estoy escribiendo, para informar a nuestras autoridades eclesiásticas serán enviadas de mano en mano para que no caigan en manos extranjeras y sus conocimientos no sean utilizados en contra de nuestro reino, ya que es grande la forma en que estos brujos y hechiceros han alcanzado poder sobre las cosas y las plantas, los animales y los pájaros, más todo este

conocimiento adquirido por mí persona en estos años de investigación, no hacen más que asombrarme del poder, con que actúa el diablo en estos australes y desolados lares, donde tanto arrecia el viento, el frío y la lluvia y que tanto esfuerzo han concertado a vuestro reino, sin tener la posibilidad de terminar la guerra contra los naturales en la zona, debido al uso temerario que dan tanto indios como chilenos de sus novedosas artimañas.

Personalmente, pido perdón a vuestro santo tribunal de las cosas malas que he hecho en nombre de la investigación de las ciencias del enemigo, más he debido desenterrar muertos y hacerme el que le he sacado la piel del pecho, más al no poder hacerlo y no poder cargar con mi culpa de los hechos relativos a la Destrucción de Osorno, caí en cuenta que si Dios no me perdona las acciones en su nombre y en nombre de nuestra lucha contra el demonio, pido perdón en esta misiva, más recomiendo no creer todo lo que se dice de mí persona detrás de los muros de la ciudad, y me he exiliado en la caleta de Queilén, para celebrar misa en mi pequeña capilla que he levantado con mis propias manos, escapando del qué dirán de mis vecinos de Castro, ahora que trabajan concentradamente en la reconstrucción de la ciudad después de haber sido destruida por los corsarios holandeses.

Mañana me preparo para servir la misa y entregar la sagrada comunión a los pescadores que se han convertido al evangelio de nuestro señor Jesucristo, en su mayoría mestizos de las encomiendas cercanas que se han dedicado a vivir de los productos que ofrece el mar, intercambiándolos con los leñadores que bajan a las Guaitecas en busca del preciado ciprés.

Sin más se despide su fiel servidor, terminando en pocos meses la crónica de mis investigaciones, quedo a merced de lo que su santa voluntad se apiade de mi persona, espero mañana reanudar con una misa mi estancia en esta caleta, tan lejana y azarosa comarca al sur del Reyno de Chile.

Se despide atentamente

Bruno Kulczewski
Sacerdote de su Santa Iglesia Católica Apostólica Romana

Valdivia, 7 de septiembre de 1643.
A su majestad Príncipe Juan Mauricio de Nassau-Siegen,
Pernambuco, Brasil.

Por medio de la presente misiva, informo del lamentable suceso de la muerte de nuestro querido y admirado almirante Hendrick Brouwer, el pasado 7 de agosto del presente año por enfermedad natural producida por la inclemencia del rudo clima de estas aguas australes, extremadamente húmedas y las desventajas de su avanzada edad, en el viaje desde la Península de Lacuy, en el norte del archipiélago de Chiloé ad portas del océano abierto, hacia nuestro derrotero final, en las ruinas de la ciudad de Valdivia, donde hemos enterrado sus restos, después de haberlos embalsamado por voluntad suya, para descansar en paz por la eternidad en lugar tan lejano.
Sus entrañas fueron sepultadas en bahía Brouwer en una caja el pasado 15 de agosto. Hemos levantado un fuerte con apoyo de los 470 naturales traídos por nuestra expedición y trasladados desde Chiloé hasta estos lluviosos parajes valdivianos lejos del dominio español, pues esta ciudad de Valdivia fue destruida y despoblada en la Gran Rebelión del pueblo araukoes llevada a cabo en 1604 contra el imperio español, los que se trasladaron de mucho gusto en cuatro barcos junto a abundantes provisiones de cebada, arvejas, habas, papas, ovejas y cerdos para el sustento de todos nosotros y ellos.
Así mismo, informamos que nuestra expedición al llegar a la austral ciudad española de Castro, ésta se encontraba en llamas las que terminaron por destruir toda la ciudad.
El Almirante Brouwer todavía con vida, dio orden de desembarcar en tierra al mayor Blaeuwbeek con todas sus

fuerzas militares y las formó en la orilla de la playa para enfrentar en batalla a los españoles, pero estos cobardes, escaparon de la ciudad y no presentaron resistencia alguna.
Así mismo, los españoles escaparon a los bosques cercanos siempre verdes y lluviosos, por lo que nos fue imposible encontrar su paradero, a pesar de haber preparado una excursión en búsqueda de sus rastros, la cual solamente encontró el cuerpo de algunos naturales qué habiendo sido escarmentados, fueron adrede dejados desangrarse para crear temor en el ánimo de nuestra expedición al mando del teniente Croeger, la que al recorrer las inmediaciones de la ciudad de Castro, no bajaron en su animosidad para atacar a los españoles, solamente escuchando algunos disparos intimidantes, pero no encontrando huella alguna de su posición, por lo que la ciudad se ha dado por despoblada, abandonada y destruida, y se le ha entregado un alto valor estratégico por su ubicación interior en el archipiélago y la mansedumbre de sus aguas, lo que permite contar con un puerto de buen fondeadero, el más austral del Reyno de Chile.
Lamentablemente no hemos podido capturar prisioneros de quienes recoger informes, pues los cobardes españoles escaparon teniendo mejor conocimiento del lugar. De todas maneras les dejamos un cartel en latín, lengua por todos conocida que dice; «Vuestra fama, decían, llegará a oídos de vuestro Rey», para que se sepa en la posteridad de su cobardía.
Sin más y con mucho sentir por tan semejante pérdida para nuestro reyno, se despide de su excelentísima persona.

Elías Herkmann
Almirante Expedición
Compañía Holandesa de las Indias Occidentales

Excelentísima Real Audiencia del Reyno de Chile. A través

de la presente informo a ustedes que encontrándonos en Valdivia con una guarnición de mil soldados y más de veinte barcos, hemos dado por redundado el Fuerte de esta ciudad despoblada en 1603 por violencia y maldad de los naturales bajo el mando del legendario guerrero Pelantaru.
Encontrándonos entre las ruinas de la destruida ciudad, hemos encontrado el Fuerte levantado por los corsarios holandeses en su expedición de 1643 y hemos dado con los restos del almirante neerlandés Hendrick Brouwer, quien ha sido exhumado de su tumba y no pudiendo cumplir con su descanso eterno, hemos quemado sus restos por ser hereje e infiel a nuestra Santa Iglesia Católica y enemigo de nuestro excelentísimo Rey Felipe IV.
En más informo que hemos comenzado a llevar a efecto el plan de repoblar las ruinas de Valdivia, con un sistema de fuertes y castillos que permitirán su mejor prestancia ante ataques de los corsarios holandeses o cualquier otro enemigo de su católica majestad, que ose acercarse a las costas del sur de este Reyno, el cual ha pasado por tantas vicisitudes y despechos, tanto en la guerra contra los neerlandeses, como contra la guerra contra los naturales, la cual se prolonga demasiados años y que estará pronta a acabarse gracias a la pronta celebración del pasado parlamento en la parcialidad de Quilín.
Es de regocijo de nuestros corazones informar que estas tierras del Reyno nuevamente se encuentran a salvo de externos invasores y que la instalación de los herejes neerlandeses no ha prosperado, para su fortuna de nuestra empresa en estas tierras.
Lo saluda siempre a sus desinteresadas órdenes.

Alonso de Mujica y Bruitrón
Capitán del Real Ejército del Reyno de Chile Carelmapu,
30 de julio de 1643

Estimado Presidente de la Recta Provincia Rey Sobre la Tierra.

A través de la presente informó que los tratamientos para contra los invasores holandeses han sido exitosos en nuestro cometido, pues llegando los corsarios a tierra firme, desembarcaron el pasado día 11 de julio cerca de las ruinas del fuerte de Carelmapu, destruido por ellos mismos a los españoles unos meses atrás, cuando fueron vistos por primera vez en estos años, y desenterraron el obsequio que le hicimos creer que era un tesoro, más era un entierro que prepararon mis familiares cumpliendo las órdenes que su excelencia nos ha enviado, de presentar estratagemas para confundir a los extranjeros con regalos de entierros de tesoros infestados de artimañas de brujería para dar muerte al corsario invasor.
Desta manera hemos cumplido con su misión encomendada de hacer llegar con engaños estos entierros de Chaquihua a los extranjeros enemigos de su majestad el Rey de España, y con ello librarnos de sus siniestros planes de colonización. Esperamos que con los días siguientes mueran tanto su almirante Hendrick Brouwer, como su vicealmirante el nombrado poeta Elías Herkmann a causa de los artilugios contenidos en los entierros que le alterarán enormemente su salud.

N.N.

Ancud, 19 de noviembre de 1880
Señores Juzgado de Ancud
(segunda declaración).

Eso que dicen que yo alimenté al Chivato y al Invunche no es na verdá. Ese juicio no es naĺa verdá absoluta. En realidá ese escrito está en contra de las verdaderas cosas

que ocurrían en la Cueva de los Brujos, de las que yo sé poco menos que nada.
El Picochihuin es realmente usado por los brujos esos, pero yo declaro en esta nueva confesión que todo lo que se ha dicho de mí persona, hasta aquí y hasta ahora, no es más que producto de la imaginación febril de un poeta chilote borracho y envidioso, que en sus horas de embriaguez con el vino de los españoles, no hace más que inventar pretextos para que yo y mi familia Coñuecar nos veamos involucrados en sus historias, porque él nos tiene envidia y a mí personalmente por mi mayor jerarquía como poeta, no como brujo que se me acusa en ese sacrílego documento.
Su merced, puede creer lo que quiera más yo ni me doy por enterado del uso malicioso del Quilmay, y de todas esas cachañas que se me acechan. Si yo supiera realmente convertir la salú de un cristiano en enfermedá así como se me acusa injustamente, no estaría escribiendo yo aquí encerrado en un calabozo por los crímenes que nunca he cometido, sino estaría volando por los aires libre gracias al uso de mi propio macuñ, y más que no tengo ni declaro que nunca me he presentado de pelapecho, pues en mi familia no se ha podido nunca entrar en aquellas artes.
Yo no soy ese Huairabo, más bien esas son artes de mujeres chilotas bien entrenás en esos oficios.
Tampoco es cierto lo que se me acusa de haber guardado El Levisterio y El Revisorio hechos de tapas de cuero. Esos libros demoníacos nunca estuvieron en mi poder, mas yo no he vivido nunca en la cueva que se me acusa. Si bien es cierto que vivo en Quicaví, nunca he tenido contacto con las gentes que de mí se dicen ser beneficiario, ni para cobrar alguna moneda de oro ni de plata, ni un peso en ningún metal.
Esos libros perdidos no los he leído yo, nunca no los conozco ni los he visto, más he escuchado de su existencia, de los poderes que les confiere al que los lee y de las artimañas que se valen los brujos para protegerlos. Todo lo que se ha dicho en contra es falso y no permitiré más atropellos a mi moral de buen cristiano, que aunque no voy

a la iglesia en persona soy amigo personal del Cura Bruno y conozco todas las cosas buenas que ha hecho entre los familiares que lo reciben en Chiloé.

Declaro que desconozco también saber traducir los maleficios que canta el Chonchón por las noches de lluvia y tempestad. Mucho menos la posibilidad de transformarme en Deñi, ni en Huelco ni en ningún otro tipo de pájaro de mal augurio. Así mesmo procuro estar más lejano de ese tipo de creencias supersticiosas de la existencia de esos libros y esos personajes, quienes no son más que la febril imaginación de la gente ignorante que no conoce al Cristo.

Lo único que puedo contar es que una vez el Ñanco, si una vez se paró frente a mi casa y no pudo entrar porque dejé inteligentemente las tijeras abiertas debajo del sillón junto a la puerta de entrada de mi casa. Por eso estoy convencido que no pudo entrar y se contuvo observando desde lejos haciéndose el leso con su pecho blanco y sus plumas plomizas. Ese día murió mi bisabuela Chifla que vivió más de cien años tranquilamente alimentándose de hierbas y frutos del bosque y la enterramos en un cementerio familiar secreto para que los pelapechos que moran la casa no la puedan encontrar y la despellejen como acostumbran a hacer con todos los muertos.

Por último, soy pleno conocimiento que no sé dónde se encuentra el Chayanco del que me hablan los fiscales, ni conozco sus cualidades mágicas ni su ubicación. No conozco sus formas, ni sus poderes, desconozco sus travesuras ni sus cualidades brujeriles.

Sin más, ruego a ustedes no tengan a consideración mis declaraciones anteriores basadas en supersticiones y calamidades, producto de la pobreza material y espiritual que se ha ocurrido al insertarse en una sociedad moderna en las ciudades, son las riquezas que le atañen a la modernidad y con la lastimera noticia de haber perdido el conocimiento ancestral que no permita salir de esta pobreza de espíritu.

Es cierto que la pobreza está en el espíritu, pero con todas las sorpresas y calamidades que las empresas de los brujos

han traído hasta Chiloé, les ruego dejen mi anterior declaración inválida y se restrinjan a leer acuciosamente esta nueva declaración y me tengan en su presente menester y en su magnificencia y magnanimidad.

Sin más que confesar, les ruega por su vida.
Mateo Coñuecar Coñuecar

Queilén.
Querida familia.

Con los años he aprendido que las cosas que se ocultan en la Cueva de Quicaví son falsas y que todo el cuento de los brujos de Chiloé, la Recta Provincia, la Mayoría, los Traukos, las baudas y Volaoras, todo eso es un invento de la mentalidad enfermiza de los naturales de la zona que creen en supersticiones y seres mitológicos como las propiedades curativas del cacho del Camahueto o la riqueza o infortunio que trae encontrarse con la Pincoya en la playa.
Creen en barcos fantasmas llamados Caleuches, y una serie de artilugios de brujería ancestral que no es más que el resultado del pacto con el diablo. Simplifico que todas las confesiones hechas en este expediente judicial son falsas y son puras porquerías.
De la única cosa cierta que puedo dar cuenta, es respecto de las situaciones ocurridas tras la llegada de Satanás a estas tierras australes, porque así como llegaron los Curas y sus iglesias, con sus misas y biblias, así mismo llegó el maligno enemigo de mi señor Jesucristo.
Doy fe que todas las maléficas actividades realizadas por los brujos contadas en este proceso, son solo producto del mismísimo demonio que le gusta tentar la carne y los vicios de las personas alejadas del Señor.
En ese sentido, solicito no creer las antiguas hechicerías

transmitidas por las incultas personas que hablan la lengua de la Tierra, pues en su desconocimiento del idioma español y menos del sagrado latín, todavía piensan en supersticiones.

Del único hecho del que puedo dar fe, es de aquella noche de invierno en que el temporal soplaba un viento que parecía que se iba a llevar todos los techos de las casas, y el curita Bruno vino corriendo a solicitar el socorro de hombres fuertes, mientras sujetaba su sotana.

Dijo que el mismísimo demonio Satanás, se había apoderado de una niña en el sótano de su parroquia en Queilén.

Yo andaba por esos lugares buscando mi destino ya grande. Había escapado del lado de mi familia y estaba aprendiendo el oficio de la pesca con cercos en el agua.

Acompañamos todos al curita y entramos en el sótano de su parroquia. Inmediatamente escuchamos horribles ruidos provenientes de una voz que no era natural. La niña estaba con la cabeza dada vuelta para atrás, y tenía las pupilas enormemente dilatadas sobre los ojos inyectados en sangre.

Estaba posesa por un antiguo espíritu babilónico que llegó con la iglesia a estas tierras desoladas por la lluvia y el frío y faltas de fe.

Inmediatamente, el curita comenzó a hacer el rito para el que nos necesitaba, pues él solo no podía sostener las débiles manos de la niña, la que a pesar de su extrema flacura, tenía más fuerza que la de cinco hombres.

Sus gritos eran horripilantes y estaban dichos en varias lenguas a la vez. Parecía que la hubieran poseído varios demonios, porque no se le entendía nada de lo que hablaba, solo el curita que sabía aquellos idiomas desconocidos para nosotros aquí en Chiloé.

Al entrar en la pequeña celda del sótano, donde el curita la tenía encerrada, la niña estaba sujetada de los hierros de la celda en la parte superior y tenía la cabeza dislocada hacia atrás. Mirándonos con la cabeza dada vuelta y escupiendo vómito por la boca.

Nuestra misión era sujetarla fuerte y no dejar que nos

dañen sus afiladas uñas, pues podría producirnos una ponzoña que nunca iba a sanar. Había que tener cuidado. El curita era muy diestro en las artes exorcistas, lo que le faltaba era fuerza muscular. Nosotros lo ayudamos en lo que pudimos, pero cuando traté de bajarla ella saltó sobre mí y comenzó a comerme los ojos.

Me arrancó los ojos de un cuajo y no pude ayudar más, solo caí tendido a un costado sujetando mi sangre mientras trataba de salir de la jaula de hierro forjado.

El curita le tiraba agua bendita, pero nunca logró que se tranquilizase la posesa, sino solo lograba quemarla y hacerle más daño al ya dañado cuerpo de la niña que contenía el espíritu maligno. Mientras me desangraba en un costado de la jaula, la niña consiguió cortar al curita en su cara, con sus uñas y mantenerse firmemente sujetada de los barrotes.

Hubiera podido salir si hubiese querido, pero seguramente no estaba en sus planes escapar para ningún sitio, sino más bien lo que pretendía era consumir ahí el cuerpo de la joven.

Comenzó a articular lascivos movimientos que yo solo escuchaba, pues mis ojos se apagaron aunque yo nunca perdí el conocimiento de la situación.

De pronto, entró al que llaman el Brujo Chacho. El que supuestamente es el presidente de esa Mayoría de brujos en Quicaví. Llegó rápido no sé si volando, pero no lo sentí caminar por el piso sobre nuestras cabezas. Llegó y sin previo aviso, sacó una espada y le cortó la cabeza a la pobre niña, la cual cayó muerta inmediata e irremediablemente.

La escena se llenó de sangre, la que me alcanzó tibia y me inundó la pierna, mientras tenía mis manos en mis ojos para evitar que se me derrame la sangre. Luego de eso me desmayé.

Desperté no sé dónde ni cuándo, pero me cuidaba una anciana que no hablaba casi nada y que se dedicaba todo el día a hilar lana de oveja y a tejer. Me dijo que me habían llevado unos amigos del curita y que le habían

pedido que me cuidara y me diera medicinas para que no se me infecten las heridas en los ojos y logre salir con vida de ese infortunio.

Les juro que la posesión de la niña era real, eso no puede ser causado por un llancazo tirado por envidia o venganza.

Estoy seguro de lo que estoy diciendo, allí en sus ojos hinchados vi el rostro perturbador del diablo. Ese día, Satanás estuvo presente y me arrancó los ojos para que no viera las injusticias e inhumanidades que cometen los hombres por maldad.

He quedado ciego, es cierto, pero he aprendido a ver con el ojo del Espíritu Santo y me he sentido llamado a contar estas cosas para la salvación de las almas atormentadas por los mismos demonios. La maldad anda suelta allá afuera y acecha como un lobo hambriento.

La anciana no me dijo nunca su nombre, sino más bien un buen día me llevó en carreta hasta la parroquia del curita Bruno, y me dejó sano y salvo, con las hemorragias controladas, pero sin mis ojos para ver.

Desde ese día me encargo del aseo y ornato de la parroquia. De cerrar y abrir para que entren los feligreses. De mantener siempre una velita prendida a la santísima Virgen María, y de ayudar en todo lo que pueda al curita. Él es bueno y me ha ayudado en todo, aunque a veces se resiste a escribir las cartas que le quiero dictar para ustedes, no sé si siempre les haga llegar mis cartas, quiero que sepan que estoy bien.

Agradecimientos

A los amigos que corrigieron este libro; Eduardo Gallardo y Makarena Arancibia. A los escritores Mario Contreras Vega y Luis Fernández, por sus reseñas que utilizamos de prólogo y presentación respectivamente. A ellos mi más sentida gratitud. A la gente del PEDCH, que permitió conocer en sus libros, y becas de estudio, estas historias que fueron dando forma a esta novela. A todos los amigos chilotes, que con sus mitos, contribuyeron a que los personajes cobren vida dentro de la Historia. A los escritores Francisco Coloane Cárdenas y María Asunción Requena, que con sus novelas y teatro, nos permitieron saber más del universo chilote. A Mauricio de la Parra, que con su teatro me permitió interpretar al Viejo Catrutro, en los Temporales de Teatro de Puerto Montt, por allá por los años 93-94, con su compañía de Teatro Experimental, y conocer sobre la soledad de los que se fueron y los que se quedaron. A Ernesto Segovia, que con su música les dio movimiento a los personajes que salieron del teatro, en aquella época del colegio. A todos los amigos que leyeron esta novela en su versión inédita, especialmente a la familia Ramos Fuentes de Chillán. A Editorial Austrobórea y todos los amigos que compraron la novela antes que se vaya a imprenta, gracias por su confianza. A mi familia y compañeros de Historia y mis amigos poetas, gracias totales.

Este libro fue terminado gracias a la Beca de Creación del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile «CNCA».

JAVIER ALEJANDRO SOTO CÁRDENAS, escritor chileno.

Persus Nibaes es el pseudónimo del escritor chileno Javier Alejandro Soto Cárdenas, (n. Puerto Montt, Chile; 30 de marzo de 1977). Poeta, cuentista, novelista, profesor e investigador en temas históricos y literarios.

Profesor de Historia y Geografía por la Universidad de Los Lagos de Osorno, obtiene en esa misma casa de estudios el Magíster en Ciencias Humanas mención Historia, y el Magíster Latinoamericano en Estudios Culturales y Literarios. Dr. en Ciencias Humanas mención Discurso y Cultura por la Universidad Austral de Chile, además ha desarrollado estudios en la
Friedrich-Schiller-Universität
Jena, Alemania.

Ha recibido premios y distinciones por su trabajo literario e historiográfico y expuesto en congresos y encuentros literarios en Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia, Costa Rica y Alemania. Ha desarrollado dos pasantías de investigación en el Archivo General de Indias de Sevilla, España. Una reseña de su poema El Hombrecaballo, aparece en el Diccionario Larousse La Mort, año 2007. Ha publicado diversos poemas, artículos, reseñas y crónicas

en libros, revistas científicas y literarias, sitios web y antologías nacionales e internacionales. Se ha desempeñado como docente e investigador en diversas universidades del sur de Chile.

OBRAS:

Subway to Heaven: Cuentos, 2017.

Piernas (poesia), 2017.

El Levisterio: Brujos y Corsarios en el Chiloé del siglo XVII, 2017.

El Ajedrecista de Hitler, 2019.

Los Viajes de Áurea: Libro Primero, Pirámides de Oro, 2019.

Huachihue, 2023.

Notas

[1] Cinto mapuche tejido de lana, que se usa en la cintura con diversos dibujos y colores. < <

[2] Cinto mapuche hecho de metal, que se usa rodeando la cabeza sobre la frente, especialmente por las mujeres. < <

[3] Guerreros mapuche. < <

[4] Costumbre colectivista de realizar actividades sociales propias de la cultura de Chiloé como trasladar una casa sobre troncos con la ayuda de familiares y amigos, entre otras. < <